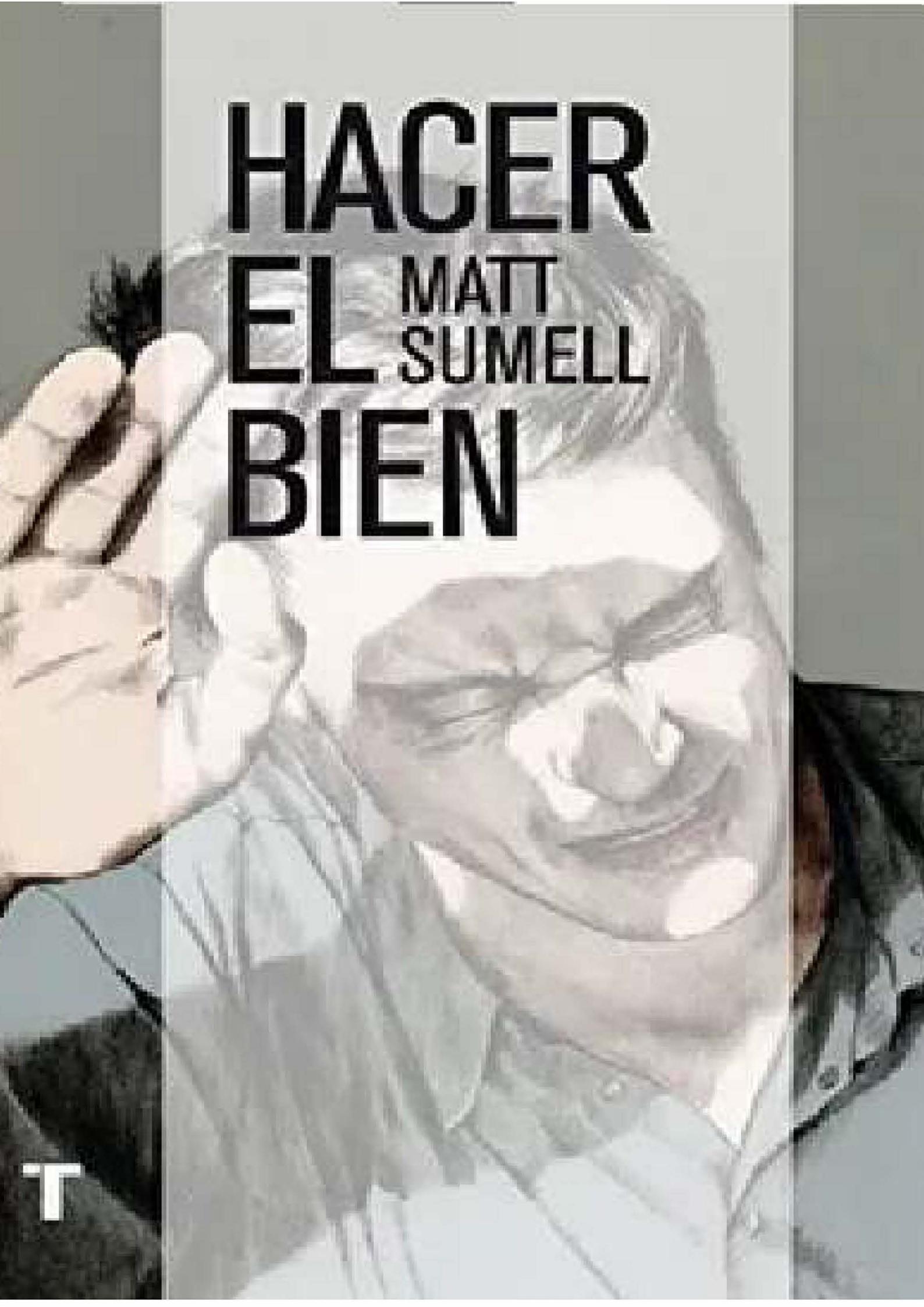


# HACER EL MATT SUMELL BIEN



T







EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS



# HACER EL BIEN

Matt Sumell

Traducción de Ismael Attrache



**Titulo original:**

*Making Nice*

© Matt Sumell

**De esta edición:**

© Turner Publicaciones S.L., 2014

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

**Diseño de cubierta:**

Estudi Miquel Puig

**Imagen de cubierta:**

Sergi Pérez Gómez

**Maquetación:**

David Anglès

**Impreso en España**

**Primera edición: septiembre de 2014**

**ISBN: 978-84-16142-00-2**

**Depósito legal: M-23496-2014**

**La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:**

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

*Este libro está dedicado a mi padre, Albert,  
que me enseñó a navegar.*



## Puñetazos a Jackie

La cosa es que a ella le parecía que las ollas y las sartenes no había que meterlas en el lavavajillas, así que le señalé que en el lavavajillas hay un botón para las ollas y las sartenes, fíjate, lo tienes justo ahí, abre los ojos, coño. Pero a ella eso no le hizo mucha gracia y empezó con el rollo ese de que soy un fracasado, de que voy sin rumbo por la vida y todo eso, que normalmente no me saca de quicio aunque puede que sea verdad, y además, como me lo estaba diciendo una persona que se supone que me quiere y a la que se supone que yo quiero y todas esas chorradas... Bueno, la verdad es que la he admirado toda la vida, para mí ha sido como un hermano mayor, pero en chica.

En cualquier caso, seguramente no lo decía en serio, aunque a lo mejor un poco sí, porque lo que en realidad pretendía era darme donde más me dolía, y yo mentiría si dijera que no he hecho lo mismo en otras discusiones que he tenido. La otra noche, sin ir más lejos, estaba en un bar y una chica se puso antipática con mi amigo James, que es muy simpático, y yo le dije «jo, qué feo». Cuando ella me preguntó «¿qué es feo?», le contesté «tu cara. Déjanos en paz». No era verdad que fuese fea, pero estaba convencido de que eso la iba a ofender, y acerté. Supe que había

acertado porque la chica se puso a llorar y me dijo que era un cabrón y un gilipollas, aunque tal como lo soltó dio más bien la impresión de que había dicho «un cabrompollo», y luego me hizo el gesto de levantar el dedo corazón y se marchó al baño de chicas supertambaleante, por culpa de los tacones.

Ya que estamos con este tema, me pasa también lo mismo con todos los comentarios de tintes raciales que salen de mi boca: cuando no los suelto para dármelas de gracioso, los digo únicamente para hacer daño. Por ejemplo, una vez vi a un asiático que cruzaba de lo más lento un paso de cebra, bajé la ventanilla y le dije «oye, date un poco de prisita, ninja de mierda. Tengo cosas que hacer, por si no lo sabías». Lo de «ninja de mierda» no iba en serio, pero el tío me estaba tocando los huevos, así que yo quería tocárselos a él. Sé que en ese caso jugué con la susceptibilidad racial, que, si se le quita el adjetivo, es exactamente igual que todas las susceptibilidades: es muy fácil explotarla. Nadie la utiliza con sinceridad, sino con mala uva, que es justo lo que sospecho que mi hermana hacía cuando me llamó fracasado, aunque a lo mejor un poco en serio sí que lo dijo. No estoy seguro.

En cualquier caso, sus palabras me molestaron, y cerré la nevera de un portazo tan fuerte que volvió a abrirse de golpe y el cartón de leche explotó; me di la vuelta y le dije que cerrara el pico, porque si no le iba a arrancar el bigote de un puñetazo y contemplarlo mientras cruzaba volando la cocina, como si fuera un bicho peludo. Luego moví los brazos hacia arriba y hacia abajo haciendo que volaba, como un bicho, como su bigote. Sé que en ese momento me pasé de la raya, pero espero que haya gente capaz de valorar hasta qué punto tuve que frenarme para

no darme la vuelta sin más y soltarle un guantazo. Como soy consciente de que habrá gente a la que le cueste valorarlo, voy a recurrir a una analogía guay: mi mal genio es como una inclemente oleada de armamento, y mi yo es como el dique que contiene esa inclemente oleada de armamento para que no deje arrasada la población o a la persona más cercana, en este caso mi hermana. Aunque a veces esa oleada de armamento es demasiado grande o demasiado potente o demasiado lo que sea, y algunas armas se cuelan por una grieta o saltan por encima del muro o por donde pueden. Es una pena, desde luego, pero ¿no merezco al menos cierto reconocimiento por frenar el noventa y nueve por ciento de toda esa ola de armamento con la que podría haberla dejado hecha una mierda si yo no fuera una buena persona|yo|dique? Y lo más importante es que ella se estaba burlando del yo|dique, consiguiendo que se viniera abajo, por decirlo de algún modo. Así que, en cierto sentido, estaba saboteándome, como cualquier puto saboteador. Puta, asquerosa, inútil saboteadora que no lava las ollas y que tiene caspa. Adonde quiero llegar es a lo siguiente: ¿acaso ella no se había pasado de la raya antes, en algunas cosas? Yo creo que sí; ése es el número 1 de mi lista de siete motivos por los que estaba justificado que le diera un puñetazo en las tetas a mi hermana.

1. Empezó ella. Sé que es un argumento infantil, lo que me lleva al motivo 2, pero...
2. Cuando unos hermanos adultos vuelven unos días a la casa en que pasaron su infancia y adolescencia, es frecuente que sufran una regresión y se comporten como niños.

3. La condición de hermana se antepone a la condición de chica. Las hermanas no cuentan como chicas.
4. La producción de testosterona guarda una relación directa con la agresividad y fluctúa en respuesta a situaciones competitivas, tales como un partido de tenis o discusiones sobre lavavajillas o cambios en la percepción del estatus propio dentro de una jerarquía social, como por ejemplo la jerarquía entre hermanos, o la jerarquía a la hora de tomar decisiones relativas al lavavajillas, o la más *peligrosa* jerarquía relacionada con los bigotes, (donde ella lleva todas las de ganar). Cuando se me falta el respeto, se produce una reacción biológica en el interior de mis pechugas, que segregan más cantidad de esa sustancia, que se gregua más agresividad. Por mucho que lo intente, es algo que no puedo controlar. Reconozco que este argumento puede considerarse endeble, pero tiene la misma lógica que comportarse como una gilipollas y luego echarle la culpa al síndrome premenstrual.
5. La violencia brinda cierta claridad. En la violencia no hay nada retórico ni impreciso, solo significa lo que significa, y ese significado, si me viera obligado a traducirlo, vendría a ser, aproximadamente: «Ahora me caes mal, pero que muy mal». Una traducción menos aproximada dependerá de los casos particulares, lógicamente, y teniendo en cuenta este particular caso particular, yo lo expresaría del siguiente modo: «Que estés insultándome, aparte de que seas más inteligente, más serena, más triunfadora, de que no se te haya caído ni un solo pelo, de que tengas un apartamento y un trabajo que de hecho te gusta, me produce tantísima frustración que te voy a dominar físicamente porque ése es el único ámbito de la vida en el que creo que te llevo ventaja». De todas formas,

lo traduzcas como lo traduzcas, tampoco es algo tan cruel ni que dure tanto. Según mi experiencia, el dolor físico es más transitorio que el emocional. Las palabras, por otro lado, pueden causar un daño permanente. No hay forma de retirarlas. En realidad no se puede.

6. En cierta ocasión le di varios puñetazos en la cara a un novio de mi hermana porque ella me dijo que le había pegado. Años después me confesó que se lo había inventado porque estaba muy enfadada con él. El chico se murió en un accidente de tráfico antes de que yo pudiera pedirle perdón. En otra ocasión, en un bar, un gilipollas se puso a decirle gilipolleces a mi hermana, y yo le pedí que dejara de hacer el memo. Él me hizo bastante caso, pero mientras yo volvía a la mesa ella se me acercó corriendo y dijo «fulanito cree que te faltan cojones para soltarle un guantazo». Yo era más joven (más imbécil), estaba borracho (lo que me hacía aún más imbécil) y tenía un sentido perruno de la lealtad, cosas de las que ella era consciente, por lo que estoy seguro de que adivinó que mi reacción consistiría en soltar algo del tipo «ah, ¡así que ésas tenemos!», que fue lo que hice. Me di la vuelta, regresé adonde estaba el tío ese, le di un golpecito en el hombro, le solté un puñetazo en el oído, etcétera. Eso equivale a dos de los aproximadamente cuarenta episodios de violencia en los que me he visto implicado a lo largo de mi vida incitado de un modo u otro por ella, lo cual representa, si mis cálculos son correctos, en torno a un cinco por ciento. Lo que yo me pregunto es: ¿cómo es posible que una persona que se ha aprovechado en más de una ocasión de lo que yo considero mi buena fe de hermano después se queje cuando se le dirigen a ella esas atenciones? Eso es algo que está mal desde muchos puntos de vista.

7. Literalmente, mi hermana estaba pidiéndolo a gritos. Después de que la amenazara se me puso delante y me gritó «¿crees que haciendo esto eres más hombre, eh? ¿Me vas a pegar, grandullón? Pues venga, joder, pégame. Pégame. Pégame. Pégame, cabronazo de mierda».

–Tengo muchas ganas –dije–. Muchísimas.

–Pues entonces hazlo, pedazo de gilipollas. Eres un puto fracasado de treinta años, joder, y ¿sabes qué más, puto fracasado de treinta años? Mamá no se equivocaba al hablar de ti: eres un gilipollas y un maltratador.

Ese comentario hacía referencia a cuando nuestra madre estaba a punto de morirse y nos pidió que fuéramos entrando uno por uno en su habitación del hospital para mantener una última conversación íntima: la última ocasión de decirle lo que quisiéramos decirle. Primero llamó a mi hermana; mi hermano y yo nos quedamos en el pasillo hablando en voz baja de Jennifer, una de las enfermeras. Yo le confesé a mi hermano que era tan guapa que quería verla desnuda y después meterle la polla. Con unas palabras parecidas, él dijo que quería hacer lo mismo, pero yo le contesté que había llegado primero y él respondió que no, así que nos pusimos a discutir sobre el tema. Después de pasarnos así unos diez minutos salió mi hermana con bastante cara de disgusto, de modo que nos acercamos a ella e intentamos por todos los medios, que eran escasos, consolarla; luego le preguntamos cómo había ido la cosa. Nos dijo que lo que habían hablado era privado, pero que en general no se habían dicho nada especial, básicamente se habían repetido que se querían y que se perdonaban y al final se habían despedido en plan emotivo.

–Esto no tiene buena pinta –dije–. Creo que voy a

follarme a Jennifer sin condón para poder aguantarlo.

—Mientras me dirigía a la puerta volví la cabeza, miré a mi hermano y añadí—: Seguramente tendré que chuparle las tetas...

—Ahora mamá quiere hablar con A. J. —dijo mi hermana.

—... así que se las comeré. ¿Cómo?

—Que ahora mamá quiere hablar con A. J. —repitió.

—Ah, no pasa nada —mentí.

Después de que A. J. y yo nos dirigiéramos unos gestos exagerados e histriónicos, él entró en la habitación y una vez dentro cerró la puerta. Evidentemente, aquello me había molestado un poco, porque yo había supuesto, creo que igual que todos, que como a Jackie la había llamado la primera la cosa iba a ir por orden de nacimiento, lo que implicaba que yo iba a ser el segundo, si teníamos en cuenta que había sido el segundo en salir de nuestra madre, algo que había hecho como hay que hacerlo, por cierto, con la cabeza por delante. Así que cuando pasó al siguiente hermano en vez de llamarle a mí, aquello me escoció. Pero bueno, soy adulto, bebo café y esas cosas; a veces incluso soy capaz de comportarme con cierta elegancia. Y eso fue lo que hice. Esperé en silencio en el pasillo, junto a mi hermana; después esperé también en silencio junto a las máquinas de refrescos, al lado de un hispano que llevaba unos pantalones de chándal rojos de los Rangers y unos tubos metidos por la nariz; luego esperé en el baño, ya de forma menos silenciosa, y a continuación otra vez en silencio con mi hermana. Cuando al fin salió A. J. fui el primero que le puso las manos en los hombros para animarlo, el primero que movió la cabeza en plan comprensivo mientras le decía cosas como

«qué chungo, ¿eh?», y «qué duro es esto», «lo sé», y «bueno, bueno...».

—Ahora mismo no quiere hablar contigo —me soltó mi hermano.

—Anda ya.

—De verdad. Me ha dicho que está demasiado cansada.

—Entonces ¿cuándo va a querer hablar conmigo?

—Yo qué sé, tío, igual mañana.

Pensé que a lo mejor la cosa iba de coña, pero después de insistirle a lo bestia para que me lo aclarase acabé aceptando lo que pasaba.

Mi madre siguió demasiado cansada para hablar conmigo durante varios días, y en líneas generales creo que lo llevé de forma comprensiva, paciente y madura, si exceptuamos un incidente en el Wharf, cuando le di el puñetazo a la hamburguesa de un tío.

Al tercer día a mi madre le entraron ganas de hablar conmigo.

—Por favor, no llores, que si no no terminaremos nunca —me pidió—. Por favor. Mejor nos limitamos a decirnos lo que queremos deciros, ¿vale?

—Vale —contesté llorando.

—Vale —dijo ella.

—¿Empiezo yo?

Cerró los ojos y contestó que sí con la cabeza.

—Bueno —accedí—. ¿Y en estos casos qué hay que decir?

—Lo que creas que tienes que decir.

—Bueno —repetí—. En realidad tampoco es que me haya molestado demasiado el detalle, pero no tenía mucho sentido que le pidieras a A. J. que pasara antes que yo, por ser yo el mediano y A. J. el último, y además nacido por

cesárea, así que... y luego he tenido que esperar tanto que he acabado poniéndome nervioso, pensando que a lo mejor nunca llegaríamos a hablar, y le he dado un puñetazo a un dispensador de toallas de papel y otro a un tío en el restaurante y... ¿Te has dormido?

—No.

Pero los ojos no los abría.

—¿Y?

—No sé por qué lo has hecho —respondió—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Esto... pues que te quiero, creo...

Entonces me puse a sollozar.

—¿Nada más? —preguntó.

—No, nada más.

Pellizcó la sábana con los dedos índice y pulgar y después la soltó.

—Entonces ¿no tienes quejas sobre mi papel de madre ni nada de eso?

—No. Has sido muy buena madre. No podría haber deseado nada mejor. Tuve una infancia genial.

Ella esbozó un gesto de comprensión y me apretó la mano.

—Muy bien —añadió—. Pero bueno, hay una cosa de la que me gustaría hablar contigo.

—Vale. ¿De qué?

—De la vez aquella en que me tiraste un libro. Habías venido de la universidad y estabas pasando unos días en casa; te enfadaste mucho conmigo por no sé qué y me tiraste un libro a la cabeza.

Yo no recordaba aquello en absoluto. Pensé que a lo mejor la culpa de esas palabras la tenían los analgésicos.

—¿Y te llegó a dar? —le pregunté.

–No. Lo esquivé y dio contra la pared.

–Jo, la verdad es que no me acuerdo. –Nos quedamos mirándonos unos instantes–. En serio –insistí mientras negaba con la cabeza–. No lo recuerdo.

–Pues yo sí. Y te lo comento porque no quiero que nunca más vuelvas a ponerte agresivo con una mujer, jajá. A las mujeres no puedes maltratarlas, Alby. Tienes que prometerme que no vas a hacerlo.

–Vale. Te lo prometo.

–¿El qué, prometes?

–Prometo que no voy a ponerme agresivo con las mujeres.

–Nunca –insistió.

–Nunca –repitió–. No voy a ponerme agresivo con las mujeres nunca.

–Muy bien –contestó mientras me acariciaba un poco la mano, le daba unos golpecitos y un pellizco.

Entonces me dijo que estaba cansada y me pidió que me marchase. Me levanté, le di un beso en la frente y me dirigí a la puerta.

–La verdad es que no me acuerdo de eso.

–Te creo –afirmó–. Ahora vete. Y apaga la luz, por favor.

–Vale –dije, y apreté el interruptor.

Nada más cerrar la puerta me acerqué corriendo adonde estaban mi hermano y mi hermana y se lo conté todo; luego les pregunté si ellos recordaban que alguien hubiera mencionado ese incidente. Mi hermana contestó que no, pero añadió que le parecía algo muy propio de mí, y yo le dije que se callara la puta boca.

Mi hermano comentó que la cosa le sonaba de algo, que le parecía recordar que en algún momento nuestra madre se lo había contado por teléfono. Le pedí que me

diera más detalles, en ese momento y en muchos otros posteriores, pero lo único que añadió al respecto (años después, mientras nos tomábamos unas cervezas y una botella de bourbon, después de que yo insistiera a saco) fue que él se lo había creído porque en esa época yo estaba en el punto culminante de mi etapa de cabronazo. Entonces hizo una pausa, apartó la mirada y aclaró: «El primer punto culminante».

Nuestra madre murió poco después, y tras pasarme años estrujándome el cerebro, al final acabó viniéndome a la mente un vago recuerdo del incidente. Nada muy definido, solo que yo estaba sentado delante de la mesa de la cocina, que tenía un libro al alcance de la mano, que ella estaba enfrente y que los dos gritábamos. Nada más. Claro que aquello podía haber pasado una de las muchas veces que nos habíamos gritado en la cocina, o podía ser una auténtica fantasía, algo que había soñado, llevado por toda la situación. De todas formas, fuera una cosa o fuera la otra, me lo creo. Me creo que llegara a tirarle el libro. Tiene que haber pasado.

Y ahora mi hermana lo estaba utilizando en mi contra, porque suponía, y suponía bien, que eso me iba a doler. La mejor réplica que se me ocurrió soltarle fue «a ver si aprendes a poner un lavavajillas, mongola». Ella esbozó una sonrisilla burlona y asintió con la cabeza.

—Ah, otra cosa —añadí—, ya vale de dejar en el lavabo las puntas abiertas de tu pelo de bollera cuando te las cortas, porque es asqueroso, joder, y tu caspa también lo es. Deberías probar el T/Gel, porque el vinagre de sidra no te está funcionando, hippy de mierda, que eres una mamarracha. Y de paso deja de tirar a la papelera del baño el papel higiénico lleno de sangre con el que te has

limpiado las piernas asquerosas después de depilártelas, porque la puta Chispas huele la sangre, coño, y luego vuelca la puta papelera y se come el papel de mierda. ¿Vale? Y a nadie le apetece meterse en el baño y ver papel higiénico lleno de sangre en la puta papelera, joder. Así que vete a tomar por culo.

Mi hermana me soltó unos cuantos insultos más, y yo me burlé de ella con mi voz de burla. Le dije:

—Ésta eres tú: «Estoy demasiado ocupada creando obras de arte para tener consideración con los demás y recoger lo que voy ensuciando, así que me dedicaré a cubrir todas las superficies lisas con mis cochinadas para que los demás no puedan comer en la mesa sin tener que quitar mis cochinadas. Además, soy una lerda y una gilipollas». Sí, hablo de ti, lerda gilipollas.

Cuando le dije eso empezó a darme empujones para echarme de la cocina mientras aullaba «¡fuera! ¡Fuera! ¡Lárgate, coño!». Y no bromeo cuando digo que es muy fuerte y que casi consiguió sacarme de allí, aunque yo no estaba oponiendo demasiada resistencia, estaba a punto de marcharme voluntariamente; pero entonces pensé «no, que se vaya ella». Y mientras seguía empujándome, le agarré la camisa, y lo que pasó, sinceramente, es que soy más fuerte de lo que me pienso, porque ella salió casi volando por los aires y aterrizó de espaldas en el suelo. Los dos nos quedamos a cuadros, seguramente yo más que ella. Pero ella se levantó enseguida, embistió contra mí y empezó a darme puñetazos a diestro y siniestro –hay que añadir esto a la lista: 8. Ella me pegó primero–, aunque tampoco con eso consiguió gran cosa, solo que yo retrocediera unos centímetros y me adentrara algo más en la cocina. Al fin paró para examinar los daños y yo le dedi-

qué una gran sonrisa. Ella volvió a embestir contra mí, moviendo los brazos de un lado a otro como una loca; rechacé todos los golpes que pude y me la quité de encima de un empujón. Cuando se abalanzó sobre mí por tercera vez, le di un puñetazo de potencia media en el centro del pecho que le pasó más o menos rozando la teta derecha y acabó dándole de lleno en la izquierda y lanzándola hacia la puerta del lavavajillas, que quedaba a sus espaldas y en el que todavía había mucho espacio vacío para meter ollas y sartenes. Sin embargo, sí había unos cuantos cubiertos en la cosa esa donde se ponen los cubiertos, y entre ellos había un cuchillo en el que quedaban unos restos de queso para untar, creo, y que ella cogió mientras se levantaba. Yo me di la vuelta y eché a correr. Acababa de salir fuera cuando oí que el cuchillo se estrellaba contra la parte de atrás de la puerta trasera.

Estuvimos evitándonos durante el resto de la noche y casi todo el día siguiente, hasta que nuestro padre volvió del trabajo puestísimo de Rubifen y comportándose como un imbécil, una situación cuyos detalles no recuerdo y que tampoco importan. Lo que sí importa es que el sufrimiento compartido puede generar una sensación de solidaridad, quizá falsa, indudablemente temporal, así que formamos una piña y nos enfrentamos a él hasta que acabó huyendo, subiendo las escaleras y metiéndose en su cuarto para hacer un sudoku o jugar a alguna gilipollez en su ordenador. Mi hermana y yo nos pasamos las horas siguientes en torno a la mesa de la cocina, echándonos al coleto todo el alcohol que quedaba en casa, jurándonos lealtad, prometiéndonos que no volvería a pasar, que lo sentíamos, que lo sentíamos muchísimo.



## Cositas

Crucé los brazos. Los notaba grandes, capaces de cualquier cosa. De levantar objetos, de llevarlos, de cavar, de inyectarles fenciclidina a las vacas para que se agitasesen con una virulencia inesperada y tremenda: de cualquier cosa. De envolver regalos en papel de seda, de dejar a algún cristiano sin dientes de un puñetazo, de pintar cosas de color rosa y de plantar hierbajos para compensar lo mucho que los maltratan. De inflar ruedas de bicicleta, de echar gasolina a un coche, de ponerme cachas, de hacer la compra yo solo y de atravesar todo el estrecho de Long Island, esquivando las rocas, hasta llegar a Connecticut. De romper huevos con una mano y doblar la ropa limpia. De empujar el destortalado coche de mi vecino mexicano los jueves por la mañana para que no le pongan una multa por dejarlo en la calle e impedir el paso del camión barredor, de lanzarle el móvil a un amigo que tiene que llamar a su madre por un asunto importante. De abrirles todos los tarros a todas las damas. De ayudar. Tenía ganas de ayudar. Tenía la sensación de que podía ayudar.

Lo primero que hice fue limpiar el microondas. A partir de ahí pasé a otras cosas. En algunas ocasiones triunfó, en otras ocasiones se dieron otras situaciones. He visto a la gente desmoronarse, llorar, desmayarse, matarse, ser víctima de un asesinato, envejecer. He visto a la gente quedarse calva, quedarse majareta, quedarse sin carné de conducir. Mi padre se quedó sin vesícula biliar por hacer la dieta del Nutrisystem. ¿Qué podía hacer yo? Me dediqué a barrer el suelo de la cocina, salí a dar un paseo, vi un gazapo muerto con la huella de una rueda de bicicleta en medio del cuerpo. Eso me llevó a acordarme de un amigo mío, Nicky, que tenía las piernas peludas y a quien le gustaban los fuegos artificiales. Un verano pilló a su novia poniéndole los cuernos con otro, salió corriendo de casa de la chica, se dirigió al bulevar Vanderbilt y se tiró delante de un monovolumen en cuyo asiento trasero iban dos niños.

He visto, en el 7-Eleven, a una señora mayor que llevaba un camisón y unas manoplas rojas en los pies y a la que se le veían unas venas azules en los tobillos. He comprado patatas fritas. La gente se ha casado. Hay personas que se han comprado casas y se han comprado muebles y han confiado en el gobierno y han engordado. He visto a un sin techo con el pelo largo, una cazadora de cuero negro, unos vaqueros cortados de color verde, y un problema mental que intentaba resolver dando muchos paseos, como si aquello fuera una pequeña lesión contraída en una liga de béisbol. Paseando, paseando, siempre estaba paseando. Estaba muy moreno. Los residentes de la zona lo llamaban «el hombre del millón de kilómetros en los pies». La policía le pegó un tiro en la espalda una vez que no se dio la vuelta para responder a unas preguntas.

Me acuerdo de estar en el asiento del copiloto del diésel de mi padre, después de comer en un restaurante de la cadena Roy Rogers. Mi hermano iba en el asiento de atrás. Uno de los coches que iba delante de nosotros viró bruscamente a la izquierda, luego hizo lo mismo el siguiente, luego el siguiente, hasta que el que teníamos justo delante no viró. Bajo la luz de los faros, vimos tres cachorritos que salían rodando de debajo del vehículo, nos inclinamos para verlos mejor mientras mi padre frenaba, los sorteaba, los adelantaba y se detenía. En la cuneta, dos de ellos no tenían mal aspecto, solo que estaban muertos. El tercero sangraba, costaba saber exactamente por dónde, pero siguió respirando unos minutos antes de dejar de hacerlo y morirse bajo el resplandor naranja e intermitente de las luces de emergencia de mi padre.

La gente comía ternera lechal. Estuve saliendo con una católica regordeta que me contó que sus padres nunca la habían acariciado, que de pequeña tenía tantísimas ganas de que la acariciaran que esperaba con ilusión las inspecciones de piojos y las pruebas de escoliosis del colegio. Al empezar la secundaria conocí a un tío que iba diciéndole a todo el mundo que tenía una cría de elefante; años después mató a su madrastra abriéndole la cabeza con una lata de sopa de pollo y estrellitas. He visto gatos, perros, zarigüeyas, mapaches y ardillas, un zorro, un canguro, un oso, ciervos, conejos y pájaros, sapos, ratas y ratones y serpientes a los que les había aplastado y arrancado las tripas, con lo de dentro por fuera, con las cabezas reventadas, muertos en soleadas cunetas. Mi madre tuvo cáncer.

Yo volvía a casa, le daba la mano, apretaba el botón de los analgésicos, le arreglaba las uñas y le ahuecaba las

almohadas, le lavaba los dientes y le vaciaba la bolsa del pis. Le compraba animales de peluche, regaliz y pajitas largas para que pudiera tomarse el zumo en la cama. Ella se dedicaba básicamente a dormir y vomitar. En su habitación del hospital había mucho ruido, muchos gemidos, muchos crujidos de camas, pitidos del dispositivo que regulaba los analgésicos, enfermeras que entraban y salían y se reían y preguntaban que cómo se encuentra usted en una escala del cero al diez en la que el cero significa ausencia de dolor y el diez el dolor más intenso que ha tenido nunca. Doce.

Al cabo de tres meses de aquello, mi hermano y yo estábamos observando cómo iban cayendo las gotas de hidromorfona y cómo ella, dormida, susurraba «ay, ay, ay», cuando los ojos se le abrieron mucho, luego muchísimo, y después se le fueron entrecerrando muy lentamente, como hace alguien que está drogado hasta las trancas. Entonces tiró la sábana al suelo, se subió el camisón del hospital y se tapó la cabeza con él.

—Estoy hasta el higo de agua.

—¿Quieres que me acerque a la máquina de coca-cola?  
—le propuse.

—¿Por qué intentáis matarme?

—No estamos intentando matarte.

—¿Sois conscientes de que estoy aquí tumbada y completamente desnuda?

—Sí.

—¿Y os parece bien ver a vuestra madre completamente desnuda?

—La verdad es que no.

—Pues salid.

Nos quedamos sin saber muy bien qué hacer ni adón-

de mirar. Ella dijo a gritos que tenía sal en las piernas, luego añadió no sé qué de un revisor y de los trámites y que no le tocáramos la cubertería antigua. Se arrancó las sondas intravenosas de los brazos y el catéter del pecho. Salió un chorro de sangre disparado. La sujeté mientras mi hermano se acercaba a todo correr al mostrador de las enfermeras, chillando. La mantuve tumbada asiéndola por la muñecas, no me costó, ella llevaba tiempo sin comer, en aquel momento pesaría en torno a los cuarenta kilos. Cuando dejó de oponer resistencia se hizo una especie de ovillo y se echó a llorar. Le dije «mamá», en un tono de pregunta.

Luego, después de que la ataran a la cama, la vendaron y le inyectaran tanta cantidad de no sé qué sustancia fuerte que perdió la conciencia, de que volvieran a ponerle las sondas en los pies, para que no pudiera alcanzarlas, después de llamar a nuestro padre, de mentirle y decirle que todo iba bien y que se tomara la noche libre, después de llamar también a nuestra hermana y contarle lo que había pasado, y luego lamentar haberlo hecho, nos fumamos un par de pitillos en la puerta del hospital junto a un camionero que se había quemado la mano al tocar el glaseado de un bollo de canela y decidimos quedarnos los dos esa noche. Ya en la habitación, después de estar observando cómo caían las gotas de hidromorfona y de pasar media hora sin hablar, oyendo cómo nuestra madre musitaba «ay, ay, ay» mientras dormía, me volví hacia mi hermano y le dije:

—Tronco, tiene la vagina en un estado mucho mejor del que esperaba.

Reflexionó sobre la cuestión un instante y luego asintió con la cabeza.

A morir vino a casa. Los del hospital de enfermos terminales nos trajeron una cama, el equipo, cajas de medicamentos y a una doctora que nos dijo que de uno a tres días. La instalamos en el cuarto de estar, debajo del ventilador de techo, del que mi hermana había colgado unas diminutas luciérnagas de cristal con unos hilos. Daba la impresión de que a mi madre le gustaba contemplar cómo iban describiendo un círculo, por los aires, dentro de la habitación, pero a mí no me gustaba. Desarrollé una gran habilidad para poner masilla, acabé impresionado por la enorme capacidad que tienen los chicles de no descomponerse, me tomaba los orfidales de mi madre como si fueran aspirinas. Le dije que la echaría de menos, que estaba muy cabreado con su cuerpo por haberse puesto enfermo, que tenía ganas de agarrar del cuello a Dios o al destino o al universo y obligarlo a que la dejara en paz. Ella reaccionó con una carcajada. Las escaras le supuraban un fluido que olía fatal. Mi hermano, mi hermana y yo nos turnábamos para cambiarle las vendas y las sábanas, nos bebíamos su Valium líquido y jugábamos al Uno. Veíamos cómo nuestro padre la veía morir, y aprendimos cosas al observar el dolor de su rostro cada vez que cruzaba la sala, en la que nunca pasaba más de diez minutos. Vino un sacerdote a darle la extremaunción y yo lo miré con el mayor desprecio posible. Me preguntó si quería comulgar, lo volví a mirar con el mayor desprecio posible, pero de otra manera, y me fui del salón. Una semana después regresó la doctora, volvió a decir que entre uno y tres días. Mi hermano y yo nos escribíamos notas en servilletas marrones para que no nos diera un bajón:

¿TE PREOCUPA QUE MAMÁ TE VEA DESDE EL CIELO CUANDO TENGAS FANTASÍAS DE MARICA?

**NO. ¿TE PREOCUPA A TI QUE LE ACABEN SALIENDO RAYOS X  
POR LOS OJOS Y QUE VEA QUE TU NOVIA TIENE EN EL ABDOMEN  
UNOS TESTÍCULOS QUE AÚN NO LE HAN BAJADO?**

Esa novia, Tara, se presentó en casa ese mismo día y anduvo por allí como si formase parte de la familia; luego nos preparó un pollo para comer. Mientras nos sentábamos a la mesa, mi hermano dijo que luego me tocaba fregar los platos. Le contesté «estás de coña, ¿no?». Me respondió que no. Le dije que no pensaba fregar ni un maldito plato hasta que él no limpiara toda la metralla de mierda que había dejado en el retrete por culpa de su colon irritable. Se puso rojo. Añadí: «Parece que tienes ganas de darmelos un guantazo. Si lo haces, te clavo el tenedor en la cabeza». Entonces me metí en la boca un trozo de pollo (que estaba bastante bueno) y él me lo sacó de un puñetazo. Me quedé tan flipado que estuve dos segundos enteros sin reaccionar, como todos los demás. Luego me abalancé sobre él, le apreté el cuello y le estampé la cabeza contra la encimera de la cocina. Por algún sitio del pelo empezó a salirle sangre, su novia comenzó a tirarme del mío y mi hermana se interpuso entre los dos. Creo que a ella también le cayeron accidentalmente un par de tortazos antes de que nos desplomáramos todos encima de las botellas de cerveza vacías que había sobre el radiador. Mi padre vino corriendo y bamboleándose como un gorila mientras chillaba algo que no entendí muy bien porque Tara me estaba clavando las uñas en los oídos.

Ya en la calle, en el camino de entrada, recuperé el aliento, me fumé un pitillo, di unos pisotones a un redondel de hielo que se había formado en la tapa volcada de un cubo verde de basura, estuve temblando. Unos instantes después salió mi hermana con mi cazadora y me pre-

guntó si estaba bien. Le dije que sí y le pregunté si mi hermano estaba bien. Contestó que tenía un corte bastante gordo en la cabeza pero que daba la impresión de que sí. Por primera vez desde hacía mucho tiempo me entró una sensación de alivio, como si hubiera acabado de follar o de llorar o de dejar un empleo. Sienta bien que te den un puñetazo en la cara o dárselo tú a otro. Me acerqué al muelle y estuve un rato contemplando los barcos, y luego fui al restaurante mexicano de la otra esquina y pedí una Budweiser. Al cabo de veinte minutos apareció mi padre; dijo que había seguido mis pisadas en la nieve. Le pregunté si quería un chupito de algo, lo que fuera. Respondió «si empiezo a beber ahora no pararé». Justo entonces me llamó mi hermano por teléfono.

—Qué hay, tío —me dijo.

—Qué hay, tío —contesté.

—¿Me has llegado a clavar algo?

—No.

—¿Vas a fregar los platos?

—Sí, voy a fregarlos.

—Guay.

—¿Mamá sigue viva?

—Sí.

—Guay.

Murió una semana después. Conseguí un empleo de demoledor de casas.

Trabajaba con un tipo muy interesante que fumaba cosas utilizando papel de plata; había tenido una infancia dura y la edad adulta es dura para todo el mundo. Estábamos arrancando baldosas de vinilo de una cocina cuando me contó que a una chica de veintiocho años a la que conocía le había estallado el corazón mientras curraba en

los grandes almacenes Lord & Taylor. Me lo contó como si tal cosa, sin darle importancia, sin alterarse en absoluto. Yo le conté que una chica de quince años de Bayport se había colocado delante de un tren de la línea de Long Island y había dejado que la atropellara.

—Ya me lo habían contado —dijo—. El tren arrastró su cuerpo más de un kilómetro.

Además, un coche había matado a dos ciclistas en la autopista Sunrise y una chica de veinte años se había muerto de sobredosis en la manzana de al lado de casa; tenía una hija de tres años. Cada año se ahogan al menos dos personas en el lago Ronkonkoma, y miles de sapos en las piscinas. Al hermano pequeño de un buen amigo lo habían matado en Irak, una chica guapísima que me habían presentado en San Francisco se fue a dormir una noche y no se despertó, y a un tío al que conozco le diagnosticaron esclerosis múltiple y no tenía seguro médico. A los dueños del restaurante en el que trabajaba se les ocurrió el detalle de organizarle un acto para recaudar fondos y consiguieron más de ocho mil dólares. A él le dieron seiscientos.

Unas semanas después fui a comer con mi familia y le pregunté a mi hermana que cómo estaba desde lo de nuestra madre. Ella se limitó a mirarme mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. A mi padre le hice la misma pregunta, y señaló a mi hermana como diciendo «yo también me siento así». Mi hermano puso cara de indiferencia. Les aseguré que yo estaba bien, lo cual podía ser incluso verdad, y me declaré dispuesto a ayudarlos aunque no sabía cómo hacerlo. Vino la camarera, toda vestida de negro, incluido el delantal, y me dijo «señora... señor... señora». Yo le solté un «¿qué, le parece que tengo

aspecto de señora?». Ella se disculpó atropelladamente, respondió que no se había fijado bien, lo que quedó raro porque mientras hablaba había rehusado mirarme. Apenas comí, fui picando algunas patatas fritas y bebiendo agua con hielo mientras ellos comían y discutían por el testamento y por temas de dinero. Yo no sabía cuál era mi opinión sobre esa cuestión y no me apetecía discutir por eso. En nuestra familia no somos muy de postres pero nos gusta el café solo. Estaba a punto de acabarme el mío cuando mi hermana nos contó que había ido al cementerio y se había comido unas briznas de la hierba que hay en la tumba de nuestra madre. Mi padre metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera.

Cuando llegamos a casa nos encontramos en el camino de entrada una cría de pájaro, tumbada, sin plumas. Era minúscula. Tenía la piel casi transparente. Nos colocamos todos a su alrededor y nos pusimos a mirar. Yo dije que iba a entrar para meterla en algún recipiente y me dirigí a la casa. Mi padre dijo que igual lo mejor era poner la marcha atrás del coche y atropellarla.

# Si P, entonces Q

Mientras estaba resolviendo una ecuación, a mi profesor de cálculo integral del undécimo curso, el señor McGar, se le cayó la tiza, que se hizo pedazos en el suelo. Estuvo mirando esos pedazos durante unos segundos, luego miró a la clase y dijo:

—De pequeño atrapaba abejorros con un cazamariposas. Cuando cogía uno lo metía en un tarro puesto del revés y luego deslizaba un paño empapado en alcohol por debajo del borde del tarro, lo que dejaba inconsciente al bicho. Después intentaba, con mucho cuidado, atar un hilo en torno al cuello del abejorro, que al cabo de unos minutos se despertaba, y yo podía llevarlo por ahí como si le hubiera puesto una correa.

Entonces se acercó a la ventana y dirigió la vista a un punto situado detrás del aparcamiento lleno de coches que parecían iguales.

Bueno, pues antes de licenciarme estuve estudiando matemáticas hasta que intenté demostrarle a Kate Damon, utilizando un razonamiento indirecto, que tenía que salir conmigo. No funcionó, y me di cuenta de que con las matemáticas no iba a conseguir lo que quería, así que dejé los estudios y empecé a beber un montón

de whisky barato de Pensilvania en un bar que quedaba detrás de la esquina del apartamento del que terminarían desahuciándome. El dinero se me acabó rápidamente pero, más por aburrimiento que por costumbre, seguía yendo al cajero a ver si, por el motivo que fuese, me aparecía un saldo positivo en la cuenta. Eso nunca pasaba, así que aprendí bastantes palabras españolas que aparecían en verde y también me pasé horas haciendo figuritas con los dedos frente a la cámara del cajero. Se me acabó dando superbien.

Ahora sé hacer un perro, un conejo, una lagartija, un halcón y un águila (que se diferencian por la posición de los pulgares). También un burro, una ardilla, una vaca, una cobra, un caballo y un cerdo. Y también un ratón que suelta chillidos del tipo «iiiiiii», y luego hago de mí mismo, y pregunto:

-¿Qué dices? No te oigo, mamá.

Mi madre, la mano izquierda, pregunta:

-¿Qué te pasa, Alby?

La mano derecha responde:

-Lo que me pasa es todo lo que sucede en la vida, mamá: esto es agotador.

-¿Por qué estás tan enfadado?

-No lo sé, mamá, no lo sé.

-Perdone -dijo una voz detrás de mí-, me gustaría utilizar el cajero.

Yo no contesté nada, me limité a meterme las manos en los bolsillos de los pantalones y a echar a andar por la calle mientras pensaba en qué hacer a continuación.

## La violación en el reino animal

Lo que hice fue mezclar una taza de comida para gatos con un cuarto de taza de compota de manzana, un comprimido de Tums Smooth Dissolve machacado, un huevo duro y agua hasta que todo adquirió una consistencia similar a la de unas gachas. Lo hice porque era lo que ponía en internet que había que hacer. En internet también ponía que había que cortar el extremo de una pajita para formar una cuchara diminuta, darle de comer cada catorce o veinte minutos desde el amanecer hasta la puesta de sol, no meterle líquidos directamente en la boca, porque podía ahogarse, no dejar que pasara frío, y que, por mucho que te esforzaras, entre el noventa y el noventa y cinco por ciento moría, así que buena suerte. Ante este panorama, al principio no lo bauticé. Cuando hubo sobrevivido una semana, lo llamé Gary.

Gary era, en gran medida, al menos al principio, casi transparente. Parecía un corazón de perro al que hubiesen pegado una cabeza de pájaro, una cosa amorfa con pico, y en una ocasión en que me acerqué mucho para verle mejor las venas por las que le corría la sangre debajo de la piel, se despertó, me dio un picotazo en la nariz y empezó apiar como un condenado. Lo tranquilicé y le

di de comer hasta que dejó de piar como un condenado, cerró los ojos y se durmió otra vez. Luego me dediqué a observarla respirar durante un rato, para asegurarme de que no se había muerto.

Una mañana, mientras me aseguraba de que no se había muerto, llamaron a la puerta de mi habitación y asomaron la cabeza de mi padre y su tupé.

—Te he preparado el desayuno —me dijo—. Carne de ternera con huevos.

—Carne de ternera no tenemos —repliqueó—. Ni huevos. Así que sé que te lo estás inventando.

—Que sí —insistió.

Aunque lo cierto era que no, porque lo que me había preparado en realidad era un rollito congelado Hot Pocket de pollo y queso que él creía que era un Hot Pocket de ternera y huevo, porque por algún motivo había tirado las cajas y todos los Hot Pockets tienen la misma pinta. Todo eso da igual. Lo que no da igual es que cuando mi padre medio majareta vio la casa que le había montado a Gary en la mesa, me dijo que estaba volviéndome majareta.

A lo mejor era verdad. A esas alturas yo ya había descartado el cuenco forrado de pelusas sacadas de la ropa, porque la pelusa se quedaba pegada a las plumas incipientes de Gary, así que preferí meter unas toallas de papel arrugadas en una cestita de las de recoger huevos de Pascua, que después colgué con una cuerda de otra cesta de Pascua más grande. Para que quedara bonito y no oliera mal, le pegué con cinta adhesiva varias piñas y ramitas de pino; luego puse por encima, atada con un nudo, una enorme hoja de roble para proteger al pájaro de la luz de la lámpara. Por último, compré una enorme letra ge de madera en la tienda de manualidades de la zona, la

pinté del mismo tono verde que tiene el ojo de un tábano y la pégue al asa de la cesta grande.

—¿Qué pasa? —me preguntó mi padre con la mitad de la cara iluminada por el sol que se filtraba por la ventana—. ¿Es que ahora te has vuelto majareta?

Si pudiera ir para atrás, habría respondido otra cosa. Le habría mentido y le habría dicho que no me pasaba nada, o le habría gastado una broma, o le habría contado la verdad: que me limitaba a intentar superar la situación. Que lo estaba pasando mal. Que (y sé lo hueco y cursi, lo inconsistente que puede sonar esto) echaba tanto de menos a mi madre que sentía algo anaeróbico dentro de mí. No me entraba el aire; en una ocasión saqué literalmente la cabeza por la ventanilla del coche y abrí la boca para obligarme a respirar.

—¿Cómo que «ahora»? —dije.

Mis palabras no tuvieron la menor gracia para ninguno de los dos, quedaron muy tontas, y él no tuvo más remedio que acercarse cojeando para mirar aquello con más detenimiento. Después me miró a mí con más detenimiento, y luego otra vez, todavía con más detenimiento, la casa de Gary.

—Mira —le dije—, está indefenso y me necesita, y les tengo cariño a las cosas indefensas que me necesitan, ¿vale? Así que pienso estar a su lado hasta que se muera o se convierta en un puto halcón y se dedique a ir todo el día volando por el barrio comiendo mapaches, perros y niños pequeños, para después volver a posarse en mi brazo y ponerse a cagar. Ya he comprado el guante, colega, por internet, porque Gary va a tener aterrorizado a todo el condado de Suffolk, cazará mamíferos y dará por culo a las gaviotas.

-¿Por qué hablas así? -me preguntó-. Pareces tonto.

-Ya, eso me dice la gente, pero la gente también esgilipollas y se equivoca. Te voy a decir otra cosa que te va a parecer una tontería: ahora mismo, las células madre de Gary están generando bastoncillos y conos para darle una mejor visión nocturna, que después le servirá para arrancarle la polla a la gente de un picotazo, por las noches. Papá, las pollas de los tíos corren peligro. Y si no lo crees, ¡ya puedes ir saliendo de mi cuarto, coño!

Me dijo «tranquilo, tranquilo», en un tono serio; luego «claro que corren peligro», en un tono nada serio; después «¡y qué tal está?», otra vez serio.

-Fenomenal -respondí-. Ya levanta la cabeza como si llevara haciéndolo toda la vida. Mira.

Los dos avanzamos un poco para acercarnos más a las cestas de Pascua, puse un poco de la pasta alimenticia en la pajita y la coloqué cerca de la cara del pajarito. «Amigo, ha llegado el momento de demostrar tus habilidades. ¡Come, que tienes que crecer!» Pero Gary no se movió nada, ni siquiera cuando le di unos golpecitos en el pico con aquel utensilio.

-¿Seguro que no está muerto? -preguntó mi padre.

-Pues claro que no está muerto -aseguré, ofendido y señalando al bicho con la pajita-. Si te fijas verás que respira. Seguramente está soñando con cosas que podría violar. Este tío es un monstruo. Un pervertido de tomo y lomo.

-Por Dios -soltó mi padre.

Una vez dicho eso se encaminó a la puerta; después se detuvo y, sin darse la vuelta, añadió:

-Baja cuando tengas hambre.

-Ya tengo ahora -declaré-. ¡Hambre de desayuno y hambre de venganza!

Él hizo un gesto de resignación y dijo una sola palabra: «idiota»; a continuación se fue y bajó pesadamente las escaleras, arrastrando la mano por la barandilla de hierro unos instantes después de cada pisada (paso, mano arrastrada, paso, mano arrastrada), cosa de la que me enteré porque me llegaba el sonido. Comprobé que Gary seguía respirando antes de taparlo con un paño limpio y dejarlo bien arropado; entonces me reuní con mi padre en la cocina, donde nos quedamos encorvados y sosteniendo unos Hot Pockets tibios con servilletas de papel, sin hablarlos. No sé en qué pensaría él, pero en mi cabeza solo había pájaros, muchos pájaros. Tipo halcón. Asesinos.

Aunque no tenía ninguna forma de saber cuántos días de vida tenía Gary cuando lo encontramos, me convení de que las plumas le habían empezado a salir tres días antes de lo habitual. Sentí un orgullo tan imbécil como el de esos padres fanfarrones que tanto desprecio me inspiran cuando su hijo de pocos meses aprende a darse la vuelta, comerse un plátano o lo que sea. Todo lo que hacía (y algunas cosas que no hacía) se me antojaba una señal de progreso. Lo que comía o no comía, lo que dormía o no dormía, lo que piaba o no piaba: todo aquello era motivo de celebración y merecía alabarse. Por eso, el hecho de verlo asomar la cabeza por encima del mimbre de la cesta y contemplar el escritorio, una mañana de luz muy intensa, me dio tanta alegría que me levanté de la cama bruscamente y tiré un taburete. «¡Toma! –pensé mientras cerraba los puños–. ¡Toma, toma!»

–Venga, hermano, te voy a enseñar el cuarto –le dije–. Eso de ahí es la mierda de mi grapadora, que es vintage, y

más allá tienes unos lápices en un tarro. Pero tú de todo esto no te preocupes. Solo tienes que preocuparte de tres cosas: aprender a volar, a cazar y a follar. –Di una palmada y después lo señalé–. También a comunicarte con otros pajaritos amigos tuyos y a arrancarles la polla a los tíos de noche, así que son cinco cosas. Habrá que ponerse manos a la obra.

Y entonces empecé a mostrarle vídeos de YouTube en los que salían águilas que tiraban cabras al vacío desde un acantilado, y halcones que bajaban en picado para comérse una serpiente. Una mañana le estaba enseñando un clip en el que aparecía un delfín empalmado que estaba violando a un tío que buceaba con tubo; Gary ladeó la cabeza mientras lo contemplaba, salió del nido-cesta dando un saltito, se puso en el escritorio y cagó al lado del bote de pegamento para madera.

–Presta atención –le dije–. Esto es importante.

Sobre las once mi hermana me avisó, sin abrir la puerta, que me había llegado un paquete. Le dije que pasara.

–Seguramente es la dote de unas chicas que quieren que las deje embarazadas. He leído no sé dónde que si te metes una clara de huevo por el chocho, el esperma avanza mejor: se desliza como si fuera en trineo.

Ella bajó la cabeza para leer la dirección del remitente:

–No, es de guantesdecetreria puntocom.

–Mejor aún –dije mientras se lo quitaba–. Y ahora lárgate de aquí. Gary y yo tenemos una larga sesión de entrenamiento por delante.

–¿Entrenamiento de qué?

–Bueno –contesté–, Gary está ahora mismo atravesan-

do la pubertad, y dentro de poco comenzará a gozar de los frutos de la edad adulta: ir volando por ahí, comer bayas, obligar a los asiáticos a llevar mascarilla, esas cosas. Ahora mismo estamos acabando de ver los tutoriales en vídeo de la mañana y después vamos a hacer una excursión al jardín. Gary tiene que aprender a defenderse solo en libertad, así que voy a dejar que dé unos pasitos por el césped durante un rato.

Ella empujó con el índice la cesta de Gary, que empezó a mecerse como si fuera una cuna, y dijo:

—¿Nada más?

—No, a lo mejor también lo pongo en una rama. Toda-vía no lo sé.

—Qué guay —dijo mientras le daba otro empujón a la cesta—. Quiero ayudar.

Le estudié la cara para ver hasta qué punto era sincera, pero me distrajeron los minúsculos pelillos rubios que le salían a lo largo del mentón.

—Vale. Pero si molestas, te prohíbo que vuelvas a hacer cosas conmigo.

Ni siquiera sé por qué le solté eso. Decirle que le prohibía que hiciera cosas conmigo era absurdo. Cuando yo tenía unos diez años, mi hermana, que tendría trece, me contaba chistes después de cenar porque aspiraba a que soltase tales carcajadas que acabara vomitando. Era un truco que descubrió por accidente una noche, cuan-do mis risitas se convirtieron en unas carcajadas llenas de resoplidos y jadeos, después de las cuales me entró la tos, después de la cual unos nuggets de pollo masticados acabaron en el suelo. Cuando se dio cuenta de que el tru-co podía repetirse, lo hizo con frecuencia. Aquello duró unas cuantas semanas; ya le habían dicho que lo dejara,

la obligaron a prometer que no lo repetiría y la habían castigado, pero todas esas cosas solo sirvieron para que dejara de hacerlo el tiempo necesario para que nuestros padres bajaran la guardia. Una noche estaba yo en la litera de arriba, con la luz apagada, cuando oí «¡oye! ¡Chis! ¡Chsss!». Supe lo que iba a pasar y empecé a soltar risitas mientras mi hermano, desde la litera de abajo, le rogaba entre susurros que parase.

—No es un chiste. Quería preguntarte algo importante.

—¿Qué? —dijo.

—Si sabías qué le dice un árbol a otro árbol... —dijo ella muy bajito.

—¡Fuera! —exclamó A. J.

No me hizo falta más y mi cuerpo se puso a jadear y resoplar como solía; entonces un plato entero de Hamburger Helper cayó en cascada por encima de la barandilla mientras mi hermano se agazapaba en la esquina de atrás de la cama y pedía auxilio a gritos. Mi madre entró corriendo con una botella de limpiador Windex y unos trapos y le chilló a mi hermana que le prohibía volver a contarme chistes después de cenar. Jackie me soltó la última frase del chiste tres noches después, mientras pasaba por delante de la puerta: «Nos han dejado plantados». Espaguetis.

Y ese día del jardín, con Gary, fue así. Ahora éramos adultos, pero seguimos teniendo la risa fácil. Mi padre trajo sándwiches y refrescos de la tienda de comida preparada y nos sentamos los tres al sol a mirar cómo Gary iba dando saltitos por la hierba, como un sapo, entre nosotros. Nos repantigamos, nos apoyamos primero con las manos y luego con los codos, después nuevamente con las manos, arrancando briznas de césped y tirando-

las por ahí mientras recordábamos viejas anécdotas y nos reímos, y me refiero a reírnos de verdad, por primera vez desde hacía meses. Empezó a dolerme la cara. Estaba contándoles lo que había descubierto que hacen los pingüinos matones y homosexuales cuando se ponen a violarse los unos a los otros, en grupo, cuando apareció el coche de A. J., que venía a pasar un fin de semana largo, y entonces nos quedamos sentados allí, pasándolo bien todos juntos al lado de unos capullos de tulipán que se abrían en medio de un estallido morado. Señalé los estambres amarillos y dije que eran la polla de las flores, mientras Gary seguía dando saltitos como un robot palurdo. A A. J. le parecía increíble que siguiera vivo.

—¿Qué tipo de pájaro crees que es? —me preguntó.

—Un dragón —contesté—. O un ave rapaz.

—Un gorrión —propuso mi padre.

—A lo mejor es un águila pescadora —insistí—. De las que matan peces.

—Pues es verdad, parece un gorrión —dijo mi hermano.

—Y tanto que parece un gorrión —dijo mi hermana.

—Y vosotros parecéis mamarrachos que no tienen ni idea de lo que hablan —dije—, porque los gorriones son como los Toyota Camry de los pájaros: todos los coches se parecen a ellos y ellos se parecen a todos los coches, a veces incluso también a las furgonetas.

—Eso es una chorrada —dijo mi hermano.

—De eso nada. Ford Taurus. Honda Accord. Mercedes Benz... Para mí son todos iguales.

—Alby ha escondido en su habitación unas pastillas de mamá —dijo mi hermana.

—Las he heredado —repliqué—. Me las legó en un momento en que vosotros no estabais, pero lo que estaba

intentando aclararlos es que muchas veces las cosas se parecen a otra cosa que no son. Aún es pronto para saber qué es Gary, pero además es que eso da igual, porque me va a tomar como modelo. Soy su tutor, su confidente y mentor...

-Tú eres marica -dijo mi padre.

-... y el ejemplo que le estoy dando es el de un pingüino-cisne-halcón que, además, es un macho alfa. Si cumple con mi propósito, será capaz de cometer actos violentos, tanto sexuales como de los corrientes, en tierra, mar, aire, hielo y cables del tendido telefónico. Será una criatura transgresora pero también monísima. Identificará a la presa y se abalanzará sobre ella. Se dedicará a la búsqueda y destrucción. ¿Verdad, Gary?

En ese preciso instante el pequeño Gary subió a mi rodilla dando otro saltito y movió la cabeza de un lado a otro de una forma rara, parecida a la de un egipcio, y entonó una melodía que sonó un poco así: «¡Pit, pit, pit... fiu, fiu, fiu... pi-pi, pi-pi, pi-pi... pío, pío, pío!».

Todos soltamos exclamaciones de asombro.

Gary tardó otra semana en descubrir cómo emprender el vuelo para después chocar contra una pared; luego su sentido de la orientación mejoró y descubrió cómo emprender el vuelo y chocar contra mi cara. «Cuidado con las garras», le decía yo. También intentó posarse varias veces en la cara de Chispas, pero a ella le daba miedo y salía corriendo. A mí me divertía ver cómo a una bulldog obesa le aterrorizaba un pájaro que no alcanzaba el tamaño de una mandarina. Sin embargo, después de cuatro o cinco veces quise que se hicieran amigos, solo por si acaso, así

que llamé a Chispas y sostuve a Gary para que lo examinara. Ella estuvo unos segundos olisqueándolo, me miró, volvió a olisquearlo y le dio un lametón. Además de las pastillas, yo también bebía todas las noches porque sentía en el corazón lo que se siente cuando pierdes para siempre a alguien a quien quieras, pero cuando Chispas hizo aquello noté en el corazón un dolor completamente distinto y que no puedo explicar si no es diciendo que sentí como si se me partiera un diente: el gesto había sido tan bonito que un dolor eléctrico y metálico me recorrió todo el cuerpo. «Joder –dije mientras me secaba los ojos–. Me cago en la puta.» Luego emití un atisbo de gemido, como hacía mi madre en la última época. Acaricié a Chispas, metí a Gary en la cesta, salí a toda leche de la habitación, bajé las escaleras, crucé la puerta, bajé los escalones y atravesé el jardín, y allí me lancé entre los arbustos que delimitan la finca y me quedé bocabajo un rato, hasta que salió mi padre, me vio y me preguntó si me pasaba algo.

–Estoy muy preocupado –dijo–. ¿Qué coño haces?

–Nada, solo... necesitaba pasar un par de minutos en medio de estos arbustos, ya me encuentro mejor.

–¿Y cuánto piensas quedarte ahí? He oído que Gary está piando. Si quieres le doy de comer.

–Ah –dijo–. No, no te molestes. Ayúdame a salir de aquí y ya está.

Sin añadir nada (cosa que agradecí mucho), mi padre me agarró por los tobillos y dio dos fuertes tirones hasta que salí de entre los arbustos y me quedé bocabajo en el césped. Hice una flexión con los brazos para incorporarme, le di las gracias y un manotazo en el tripón, entré a toda prisa en casa y subí al piso superior para dar de comer al pájaro, que cuando me vio llegar extendió el cuello

como una tortuga, abrió el pico todo lo que pudo y se puso a piar como un condenado. Estaba a punto de empezar cuando apareció mi padre y dijo:

—Quiero hacerlo yo.

Lo miré; se había quedado en la puerta, con su camisa y sus pantalones vaqueros, y una actitud sumisa que casi se palpaba. Tenía los ojos vidriosos y del mismo azul desvaído que un lavavajillas que suelo comprar.

—OK —dije—. Vale.

Él se acercó y yo le tendí la pajita y le di las instrucciones («Pon un poco de pasta ahí y llévaselo a la cara»); él obedeció y Gary dio un picotazo y después otro, y otro, hasta que se hartó de comer, se hizo un ovillo y se volvió a dormir; entonces nos inclinamos y lo contemplamos mientras dormía para cerciorarnos de que no se había muerto. Al cabo de un rato, más para sí mismo que para mí, mi padre dijo:

—Cómo mola.

Estaba desayunando cuando mi hermana entró como un vendaval en la cocina y puso en la mesa, con un ademán muy brusco, la foto de un pájaro que no es que se pareciera a Gary, es que casi era idéntico: el color marrón grisáceo con un punto rojizo en las alas y las plumas de la cola, la cresta levantada y el pico en forma de cono y de un tono coralino, la parte inferior propia de un maricón y la mirada de pervertido. Debajo de la foto: **CARDENAL ROJO, HEMBRA**.

Ni siquiera me terminé el Hot Pocket.

Mientras subía las escaleras me planteé cambiarle el nombre, pero decidí que no porque me pareció que un

cambio de nombre podía traer mala suerte, igual que les pasa a los barcos, y en cualquier caso Gary pensaba que yo era su madre o algo así. Cuando llegué a mi cuarto me lo encontré pasando el rato debajo de la cama, al lado de un calcetín hecho una bola que yo creía haber perdido para siempre.

–¿Por qué estás siempre en el suelo? –le pregunté–. Es la mejor forma de que te coman, mongolo. Además, te vas a hacer daño si estás siempre revoloteando por la habitación y dándote golpes contra las paredes como si fuieras una pelota de pádel. Creo que ha llegado el momento de fabricarte una pajarera. Pero antes hay que documentarse.

Extendí el brazo y Gary se posó en mi mano. Lo dejé en lo alto de la pantalla del portátil y luego leí todo lo que pude encontrar, dos veces. Taxonomía: *Cardinalis cardinalis*; nombre común: cardenal rojo; oriundo del sur de Canadá, las costas orientales de todo el continente norteamericano hasta México, Guatemala y Belice, puede encontrarse ocasionalmente en las islas Caimán, que no parece un mal sitio en el que pasar temporadas ocasionales, por mucho que tomar el sol en topless esté prohibido por ley. Casi siempre vive en la linde de un bosque, un matorral, un campo o un marjal, y se alimenta de lo que encuentra por el suelo, le gusta comer insectos palurdos y también frutos silvestres, bayas, avena y semillas. Por otro lado, se bebe la savia de los arces, que sale por los orificios que practican los pájaros carpinteros, lo que constituye un ejemplo de comensalismo (buscad lo que es). Los cardenales rojos no migran y tampoco mudan de plumaje y no les salen otras plumas feísimas, así que los muy hijos de puta siguen teniendo buen aspecto cuando llega la nieve. Entre sus depredadores se encuentran los búhos y

los halcones, las serpientes, los mapaches y las ardillas, los zorros rojos, los mocosos agilipollados que van por ahí con escopetas de aire comprimido, y un poco, aunque no del todo, los tordos, que son los padres pasotas del mundo de las aves, porque ponen los huevos en los nidos en forma de cuenco de los cardenales rojos y desaparecen para siempre. Los cardenales rojos se aparean una sola vez en la vida y no violan a nadie. Lo bueno que tienen es que los machos son sumamente agresivos a la hora de defender su territorio, hasta tal punto que muchas veces atacan a su propia imagen reflejada en una ventana y se parten el cuellecito rojo. Son tan y tan guays que son los pájaros oficiales de siete estados norteamericanos, que no voy a mencionar porque no me apetece. Además, los ejemplares jóvenes, tanto machos como hembras, tienen unos colores muy parecidos a los de la hembra adulta hasta el otoño, momento en el que los machos mudan de plumaje y les salen las plumas de adulto, que son chulísimas.

Me quité a Gary del regazo, le clavé la mirada en el globo ocular derecho y luego lo puse boca arriba, pero no vi nada. Así que lo dejé sobre el escritorio e hice una búsqueda para ver qué me salía sobre pollas de pájaros, y me enteré de que muy pocas especies de ave tienen una polla de verdad, y cuando la tienen es retráctil. No sé qué les pasará a los avestruces, a los emúes, a los casuarios o a los kiwis, pero a veces los patos y otras aves acuáticas follarán en el agua o se meten en ella nada más hacerlo, y tener polla ayuda precisamente a que el agua no se lleve el esperma; tienen el rabo en forma de sacacorchos, y los patos hembra tienen unos genitales adaptados a él. Las relaciones sexuales que mantienen se describen como un acto coercitivo, es decir, tirando a la violación, que es

exactamente el tipo de relación sexual que mantienen un elefante y un rinoceronte en un vídeo que Gary y yo vimos unas cien veces. Ése y otro en el que sale un burro con un rabo todo tieso y morado y tira al suelo a un sudamericano que está cagando en un prado. Está muy bien.

Fabriqué la pajarera en el porche cubierto; utilicé una mosquitera que mi madre había montado alrededor de su cama aunque no le hacía ninguna falta, anclas de hormigón hexagonales y las piedras más grandes que pude encontrar. Cuando todo estuvo colocado mi padre y yo nos acercamos a una pajarería de Sayville, en la que compré dos casitas y tres perchas, que clavé en el estuco a distintas alturas, a dos metros y un metro de altura, más o menos. A continuación llevé hasta allí, a rastras, el ficus dentro de su maceta, y lo dejé justo en medio para que Gary aprendiera a posarse en los árboles. Aquello me preocupaba; no pensaba dejarle salir al exterior hasta que aprendiera a pasar menos tiempo en el suelo y a alimentarse por sí mismo. Las primeras noches no dormí bien porque me preocupaba que se sintiera solo o le pasara algo peor, y cuando llegó la cuarta, llevé el saco de dormir y la almohada a la pajarera y me hice un ovillo en el frío suelo de cemento, al lado de la cesta de Gary. Me despertó al amanecer al estrellarse contra mi cara.

Durante una semana o por ahí, la situación no cambió. En cierto sentido las cosas se estancaron. Gary no se alimentaba solo, no se quedaba ni en la casita ni en las perchas ni en la planta. Se limitaba a pasearse por el cemento todo el día, a saltitos, soltando aquellos gorjeos y trinos metálicos mientras esperaba a que alguno de nosotros le

llevara comida. A mí no se me ocurría qué hacer aparte de darle tiempo y espacio para que fuera ganando confianza. De todas formas, comencé a notarme un poco enciulado y también me entró la alergia, tras haber pasado seis meses digiriendo el diagnóstico de mi madre y cinco viendo cómo se moría, y ya habían pasado dos desde que finalmente se había muerto. Salir a la calle me ayudaba a encontrarme mejor, si no bien, y las chicas cada vez llevaban menos ropa a medida que iba haciendo más calor. En un determinado momento, mientras pedía un café en un 7-Eleven, se me puso morcillona cuando contemplé el hombro recientemente enrojecido de la mujer que tenía al lado; también al verle unas cuantas pecas, el blanco del tirante del sujetador. El pelo le olía como el hormigón de un túnel de lavado. Tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no apretarle con el dedo la piel quemada del hombro y ver cómo pasaba del tono blanco al sonrosado.

Empecé a salir a hacer footing durante mucho rato, a cenar con amigos, a tomar copas después. Entre mi hermana y mi padre, siempre solía haber alguien en casa, y a ninguno de los dos le importaba en absoluto echarle un vistazo a Gary, comprobar que estaba bien. Siempre lo estaba, incluso cuando Jackie y yo lo sacamos al jardín de atrás para grabar un vídeo en el que saliera volando hacia mí y posándose en mi guante de cetrería. La idea era doblarlo después con el archivo de audio del chillido de un águila crestada, o quizás con el de un cóndor andino. Hicimos tres tomas y las tres salieron mal. En la primera chocó contra mi pecho y cayó al suelo; en la segunda, contra mi pelo, y la tercera vez me pasó por encima de la cabeza y acabó en la rama de un pino, a unos seis metros de altura; no quería bajar, así que tuve que coger una es-

calera y una red de pescar cangrejos para poder atraparlo. Fue entonces cuando instauré la Ley de la Cuerda: Gary no podía salir sin llevar atado a una pata el cordel de una cometa. Mi hermana empezó a llamarlo Tampón.

Esa misma semana me encontré con una exnovia borracha en el Wharf y, en cuanto se me presentó la ocasión, me la llevé de la mano al aparcamiento y a mi furgoneta, en cuyo capó nos apoyamos y estuvimos dándonos besos de tornillo y de tuerca y de rosca y de escarpia durante unos minutos, antes de subir al interior. Estuvimos enrollándonos hasta que los faros de alguien nos enfocaron y ella me pidió que dejara de hacer lo que le estaba haciendo, que era calentarla en plan «no sabe usted lo que le espera, Vagina. Ahora viene lo bueno». Pero no paré, y ella volvió a pedirme que parara, y le dije «¿en serio?», y ella contestó que sí, que en serio, y yo «no», y ella me repitió que parara, y yo «porfi...», y ella respondió «¡que pares ya!», y yo «vale». Y entonces paré. Quitó el tacón del posavasos y se le quedó pegado un centavo. Decidimos ir a su casa, donde la desnudé y la calenté un poco más, al estilo máquina expendedora, como si intentara sacar el cambio de una máquina expendedora, antes de poner en práctica el Cambiazo, una postura en la que voy alternando muy rápido los dedos y la polla dura, esperando que ella no se dé cuenta, pero se dio cuenta pues no me había puesto condón, porque no llevaba ninguno encima, y me dio un manotazo en la polla y vi cómo se me bamboleaba, igual que un limpiaparabrisas. Volví a calentar a la chica el tiempo suficiente para que empezara a pasárselo bien y después le hice el Calzador, una postura en la que, en vez de alternar entre dedos y polla, me pongo por encima, luego bajo un poco y se la meto

«con calzador», y fue superbien y estuvimos follando sin protección entre diez y quince minutos; luego me corrí sobre su vello púbico castaño claro y sobre su ombligo y me dormí, no mucho rato, porque me despertó una llamada de mi padre a las seis. A pesar de lo atontado que estaba, supe lo que había pasado antes de coger el teléfono. Solo dije «voy a casa», y colgué.

Cuando llegué me indicó un agujero de la mosquitera.

—Sobre las cinco oí que Chispas empezaba a ladrar—me dijo—. Y unos gorjeos. Cuando bajé ya había desaparecido. Habrá sido un gato callejero, un mapache o algo así.

—A lo mejor ha conseguido salir —dijo—. A lo mejor ha escapado.

—No creo, chaval.

—Bueno, tú no tienes que creer nada, solo ayudarme a buscar.

Y nos pusimos a buscar; rastreamos todo el suelo, los arbustos y los árboles que rodeaban la casa mientras lo llamábamos. Silbando, como si estuviéramos contentos.

Esa tarde no me emborraché. No sé muy bien por qué, pero me fui al centro comercial, donde recorrió con las manos la ropa colgada en los grandes almacenes y cogí las escaleras mecánicas, en cuyos cepillos me limpié el calzado mientras miraba con mala cara a la gente. Terminé en la zona de restauración y me compré un refresco, apreté las burbujitas esas de la tapa donde aparecen escritos los diferentes tipos de bebidas que se pueden servir en el vaso (coca-cola normal, light, zarzaparrilla, otros), di unos cuantos sorbos y lo tiré en una papelera rebosante mientras me dirigía a la tienda de delicatessen. Merodeé un

rato por la tienda, después me quedé toqueteando unas bandejas de carne mientras pensaba todo tipo de cosas. Por ejemplo, que no le había enseñado a ser lo bastante malo. Lo bastante agresivo. A tener lo bastante de esa combinación idónea de miedo y ausencia de miedo. Que le había fallado. Que tenía que haber estado a su lado. Que soy un tordo. Un hombre vestido todo él de blanco ensangrentado me preguntó si podía ayudarme en algo y le dije «no, no puede».

Más tarde sí me emborraché, en la sala de atrás del Wharf, mientras contemplaba las gotas de lluvia que discurrían por la ventana: caían, se detenían, caían, a un lado, a otro. A través de ellas veía la Gran Bahía del Sur; las gotas formaban los típicos círculos concéntricos en la superficie marrón azulada del agua mientras dos cisnes blancos nadaban en ella. En Norteamérica los cisnes blancos son una especie invasora, y en general son unos pájaros antipáticos, con muy mala leche, gilipollas. Muchas veces se utilizan como perros guardianes, por decirlo de algún modo, para que los gansos y otras aves acuáticas no entren en estanques privados. Pero su comportamiento agresivo no se da únicamente en el agua. En tierra firme no resulta infrecuente que extiendan las alas y se dediquen a perseguir a la gente por caminos o jardines. Silban y ladran. Incluso han matado a personas, más o menos, tirándolas de una canoa o un kayak y después dándoles picotazos en la cabeza hasta ahogarlas. En mi infancia y adolescencia los odiaba, pero ahora sé de qué van. Su actitud les funciona. Los cisnes blancos no hacen más que proliferar.

Apuré la copa, me dirigí a la parte más oscura del aparcamiento y le di unos puñetazos a la ventanilla de un coche hasta que se me rompió la mano, pero el cristal

no. Luego empecé a caminar; las carreteras secundarias estaban en silencio y resbaladizas, los charcos parecían pequeños soles bajo las farolas. Cuando llegué a casa no tenía ganas de entrar; me senté debajo de un arce en el descuidado jardín y estuve escuchando el tamborileo que la lluvia producía al caer en las hojas, abriendo y cerrando la mano hinchada, tratando de no llorar. Sé que solo era un pájaro. Lo sé. Pero era la primera cosa buena que nos había pasado en un año.

Mi hermana cree que mi padre, en su sopor etílico, no vio que Gary estaba en el suelo y lo pisó, y tiró el cuerpo al río.

—Ya sabes que es un mentiroso —me dijo tras colarse en mi cuarto y despertarme—. Es un puto mentiroso que estropea todo lo que toca, y pienso poner eso en su lápida.

Siguió señalándome lagunas en la versión que nos había contado nuestro padre y habló de una mancha que había en el porche y de otra que tenía él en la suela de la zapatilla. Mientras tomábamos un café, mi hermano añadió que lo más probable era que nuestra hermana hubiera acertado, y supongo que lo más probable es que fuese así. Pero al menos quiero concederle el beneficio de la duda a mi progenitor, porque él sabe, mejor que cualquiera de nosotros, a lo que te arriesgas cuando quieras a alguien. Porque estaba al tanto de lo que le podía pasar y decidió querer a otra persona. Sus sentimientos son tan nobles y tan idiotas como los de cualquier otro. Además, que sea muy probable acertar no equivale a saber con certeza; esa probabilidad de acertar no excluye otras opciones. Siguen existiendo las opciones necesarias, por lo que se ve,

para que cuando me encuentro con un poste telefónico en el que han pegado la imagen de una mascota perdida, o cuando veo el aviso de que ha desaparecido alguien en un letrero electrónico de la carretera, mi compasión inicial acabe dando paso a una sensación más buena que mala, como si en el tonto de mi corazón hubiera aparecido una sonrisita, y me imagino a Gary en plena madurez, deslizándose por las corrientes térmicas, patrullando el mosaico que forman los campos, por el estrecho de Long Island y la Gran Bahía del Sur: gigante, y rojo, y temible.



## Todo es muy importante

Salimos a dar un paseo en coche por la autopista Ocean y, como siempre, nos dedicamos a contar los conejos que había en la cuneta. Veintisiete, veintiocho, veintinueve. Soplé en el agujero para la boca de la tapa del vaso de café, metí la lengua en el interior, alcé el vaso hasta que me toqué la punta de la nariz con la X de la palabra «dixie» que aparecía en la tapa y di un trago largo.

—Treinta, treinta y uno.

—Los muertos no cuentan —dijo mi padre.

—Entonces, treinta.

Los números treinta y uno y treinta y dos aparecieron en el lado más alejado de la glorieta de Jones Beach, mientras rodeábamos el depósito elevado, describíamos el movimiento de algo lanzado con tirachinas y volvíamos a la dirección de la que habíamos venido, como si estuviéramos haciendo una especie de asistencia gravitatoria, como si las fuerzas contrapuestas de mi última cagada nos obligaran a volver al este. Tenía que estar ahí a las nueve. Estaba nervioso. No dejaba de preguntarme si me mirarían con desprecio, si me juzgarían, si me obligarían a fregar los baños. En esa época tenía un amigo que trabajaba de ayudante de camarero en un restaurante de

la zona y me contó que una persona había cagado en un urinario y se había limpiado el culo con pan italiano. No sabía qué esperar.

Cuando salimos a la carretera elevada Robert Moses ya habíamos llegado a los cincuenta y siete conejos. Mi padre me dejó delante de la reserva natural Cutting House diez minutos antes de tiempo, y mientras bajaba del coche me dio un golpecito en el hombro; yo bajé, cerré la puerta y lo miré por la ventanilla abierta. Me estaba mirando, directamente a los ojos.

-Llámame si tienes algún problema.

-Gracias -dije

Di un golpecito en el techo del coche y entré. Tras cerciorarme de que mi padre se había marchado, volví a salir, me fumé un pitillo y me terminé el café, que se había quedado frío porque se me había olvidado tomármelo. Luego entré otra vez, recorrió un pasillo y me dirigió a la oficina de Jim Chapin, el director del parque, un hombre bajo, grueso, que fumaba puros, tenía el pelo de un color entre plateado y amarillo y llevaba una pierna ortopédica, y que (como acabé averiguando tras ver varios boletos de apuestas en el suelo de su furgoneta) se pasaba casi todo el día en el hipódromo de Bay Shore. No levantó la vista del periódico cuando llamé a la puerta ya abierta.

Carraspeé. Nada.

-Hola -dije.

Nada. Nada. Algo. Jim se removió en el asiento, me recorrió de arriba abajo con la mirada y volvió a fijarse en el periódico. Sin alzar la vista de nuevo me preguntó:

-¿Eres Albert?

-Sí, señor.

-Servicios comunitarios, ¿verdad?

-Eso es.

-¿Quinientas horas?

-Sí.

Dobló el periódico y lo dejó en el escritorio con gran estruendo. Las cenizas salieron del cenicero como si die- ran volteretas.

-¿Me quieres contar qué te ha pasado?

-La verdad es que no -contesté, pero se lo conté igual- mente.

Tuve mi primer coche dos semanas antes de cumplir los diecisiete: un Toyota Land Cruiser FJ40, de 1978 y oxida- dísimo, de seis cilindros en línea, cuatro velocidades y cambio de marchas manual, al que cuatro litros de gaso- lina solo le daban para recorrer quince kilómetros y que tenía en el suelo unos agujeros lo bastante grandes para poder tirar vasos de café frío a través de ellos, el vaso in- cluido, y por donde perdí centavos y cigarrillos y, en una ocasión, un pez de colores que había ganado en una feria y que iba en una bolsa de plástico. Lo que no golpeteaba, chirriaba; el anticongelante y el aceite goteaban; al poner una marcha más corta se producían explosiones en el mo- tor; y en el parabrisas había una grieta que me habría gus- tado que se pareciera a algo (la costa este de Irlanda, una vena del antebrazo de mi padre, incluso una telaraña), pero no se parecía a nada, no era más que una enorme lí- nea sinuosa y negra, que iba de la parte superior a la infe- rior y por la que a veces se colaba la luz del sol bajo de la mañana, cuando iba al instituto, o del sol poniente cuando volvía a casa, o los faros de un coche que venía en direc- ción contraria. Se me daba mal acordarme de ponerme el

cinturón y aparcar, el coche se me calaba cuando el tráfico se paraba con frecuencia y en las cuestas ascendentes, y cuando llovía me entretenía comprobando cuánto tiempo podía pasar sin utilizar los limpiaparabrisas. Maldecía a los hombres y al sol, los semáforos y las señales de girar a la izquierda, las pegatinas de los Yankees que la gente llevaba en los parachoques y los conos de tráfico de color naranja. Les hacía el ademán de sacar el dedo corazón a las señoritas que iban lentas, y la cagaba lo bastante para que también me lo hicieran ellas.

Tenía dos asientos independientes en la parte de delante y dos bancos corridos, uno enfrente del otro, en la parte trasera, y mi madre me obligaba a llevar al instituto a mi hermano y a una chica muy simpática que vivía a pocas casas, Kristy Klein, una regordeta que iba al primer curso y que a la hora de la comida se sacaba un dinero vendiendo caramelos Jolly Rancher a cinco centavos la unidad. Para pagar la gasolina, les cobraba a los dos seis pavos a la semana, que en realidad me gastaba en minidonuts de chocolate y pitillos. Casi había llegado el verano y en el pronóstico meteorológico del periódico aparecían cinco soles risueños y otro con una nubecita por delante, así que quité la capota dura y le robé las gafas de sol a mi hermana. A. J. iba en el asiento del copiloto y Kristy detrás, recogiéndose el pelo oscuro con una goma rosa; acababa de girar a la derecha y de entrar en la avenida Idle Hour cuando unos ánades reales que formaban un triángulo torcido nos sobrevolaron mientras se dirigían al río, y uno de ellos soltó una cagarruta de color verde chillón en el capó. Del lado del conductor.

Todos nos reímos, pero al cabo de un rato les dije a mi hermano y a Kristy que lo dejaran, que no tenía gracia,

pero como siguieron riéndose, se lo ordené a gritos, y, como tampoco sirvió de nada, di un volantazo y pasé por encima de unos cubos de basura, porque entonces era joven y tenía más dificultades que ahora para controlar los impulsos, y también porque los cubos estaban delante y porque fue lo que se me ocurrió hacer en ese momento de una mañana de miércoles; era una mañana de miércoles porque eran cubos blancos de tapa verde, día de reciclaje.

De uno de ellos salió un estallido de periódicos volando por los aires. El otro estaba lleno de botellas y latas, y se quedó enganchado debajo del parachoques y lo arrastré unos treinta metros, más o menos; entonces di otro volantazo hacia el otro lado de la calzada para intentar que se soltara, y poco me faltó para aplastar una valla de troncos partidos en la otra acera; cuando los rocé, los troncos partidos hicieron un ruido parecido al de una persona que escupe pipas: pf, pf, pf. Eso me llevó a acordarme de un día de verano, hacía muchos años, que estuve en el banquillo de un campo de béisbol, rodeado de amigos, todos morenos y felices, dedicados a imitar a nuestros jugadores favoritos, lo que supongo que tuvo algo que ver con que no me diera cuenta de que Kristy se había caído del coche hasta que mi hermano me pegó en el brazo y se puso a llamarla a gritos. Miré por el retrovisor justo en el momento en que ella dejaba de rodar por la calzada; luego se dirigió a la acera cojeando y agarrándose el hombro y se desplomó bocabajo en el jardín de alguien. Yo seguí avanzando una manzana y media más antes de parar; mi hermano y yo nos quedamos en silencio unos segundos, mirando hacia delante, y entonces él dijo:

—Tenemos que volver.

Me di cuenta de que tenía razón casi enseguida, pero

me quedé un ratito pensando en cómo era posible que una chica se acabara de caer de mi coche, también en la culpa y los cinturones de seguridad y las cosas a las que podría haberse agarrado pero no se agarró: el asiento, la barra antivuelco, la puerta trasera. Imaginé que debía de haber salido disparada como una persona que estuviera imitando (mal) a un salmón, que había volado por los aires con los brazos pegados a los costados, que había caído en silencio.

Pero no, claro, A. J. no se equivocaba, había que volver. «Tenemos que volver», insistió. «Pero», pensé yo de nuevo, aunque después no se me ocurrió nada. Me resigné, miré por los retrovisores, di marcha atrás, puse las luces e hice un giro en tres maniobras lento, esmerado, perfecto.

Primero la oímos, y luego, cuando estuvimos lo bastante cerca para fijarnos, vimos que tenía rasguños en el lado izquierdo de la cara, pero todavía no había empezado a sangrar; parecía como si alguien le hubiese garabateado algo con una piedra, o hubiese querido garabatear algo en una piedra utilizándola a ella. En el brazo derecho tenía una herida lo bastante seria para que me temblaran las piernas; me senté en el césped y observé las ramas que se mecían levemente en la leve brisa. Los vecinos salieron enseguida de sus casas y se apiñaron a nuestro alrededor; alguien me dijo que era un imbécil y un hijo de puta, y una mujer que llevaba unos pantalones de color rosa se puso en cuclillas. Un utilitario se detuvo delante de nosotros; después aparecieron dos coches de policía y, al cabo de un ratito, una ambulancia. Pedí disculpas y pedí más disculpas y contesté preguntas y dije que lo sentía, y ellos anotaron cosas en cuadernos mientras unas páginas de

periódico daban volteretas en la calzada, a pocos metros, para después volver a posarse en el suelo. Entonces me arrestaron.

-¿Está bien? -dijo Jim-. La chica, me refiero.

-Sí. Tiene algunos rasguños, nada más.

Él puso cara de satisfacción.

-Muy bien. Así que va a pasar usted aquí quinientas horas. Preséntese a las nueve y, siempre que no se dedique a dormir debajo de un árbol, puede marcharse a las tres y yo lo contabilizaré como si hubieran sido ocho horas.

-Gracias -contesté-. Se lo agradezco mucho.

-Supongo que está usted esperando a que le enseñe todo esto -dijo.

Se puso en pie, pasó cojeando por delante de mí y salió por la puerta. Yo lo seguí por el pasillo y lo contemplé mientras salía renqueando y se acercaba a una camioneta blanca aparcada en la plaza de minusválidos. En el lateral del vehículo se veía la hoja verde de un arce, y debajo decía DEPARTAMENTO DE PARQUES, OCIO Y PATRIMONIO HISTÓRICO DEL ESTADO DE NUEVA YORK. Unas llaves tintinearon. Rodeé la furgoneta, me dirigí al asiento del copiloto y, al abrir la puerta, un vaso de poliestireno salió disparado y echó a correr y dio saltos y rodó por el vacío aparcamiento de asfalto. Lo localicé, lo cogí, subí al coche y vi los boletos de apuestas ilegales de carreras de caballos por todo el suelo; me fijé en el ambientador en forma de pino naranja que oscilaba colgado del retrovisor, en el techo amarillo después de muchos años de humo de puros. Le pregunté si podía fumarme un pitillo. Él me miró de reojo, calculó la edad que tenía y dijo que vale, siempre que

le diera uno. Le di un cigarrillo, y él lo encendió, dio una calada, sacó el humo por la nariz y dijo:

—Antes me dedicaba a matar patos. Empapaba trozos de pan en cerveza y se los daba de comer. Al cabo de unos minutos ya estaban demasiado borrachos para volar. Y entonces solo tenía que acercarme a ellos y partirles el pescuezo.

Fue mi padre quien vino a buscarme a comisaría. No dijo ni mu, ni siquiera me miró, se limitó a firmar unos documentos y a cruzar las puertas dobles. Yo lo seguía a una distancia prudential. Hacía mucho tiempo que no aparecía ante mis ojos tan corpulento; no sé muy bien cómo, pero el lío en que me había metido había vuelto a instaurar su autoridad y gran volumen, o había vuelto a instaurar mi falta de ambas cosas. Parecía enorme. Fuerá, en el aparcamiento, se detuvo y esperó a que lo alcanzara; me puso la mano en la nuca, dio un apretón, me acarició un poco la cabeza y me dijo:

—Dile a tu madre que te he echado la bronca.

En vez de echarme la bronca me llevó a comer a la cafetería Sayville Modern, donde hay máquinas de discos pequeñitas en todas las mesas, y me contó que cuando él era pequeño su amigo Ernie Fifer y él robaron unos caballos de los establos Ryan, en Bergen Beach. En Flatbush se dirigieron al norte durante unas cuantas millas hasta que se decidieron por Florida, por lo del tiempo y las chicas. Los pillaron antes de que hubieran acabado de atravesar el puente de Brooklyn. Ambos terminaron en el instituto de formación profesional William E. Grady, rodeados de ladrones de coches y de gente que había apuñalado a

gente. El sitio les encantó. Tras graduarse se alistaron juntos en la Marina. Ambos hicieron las pruebas para entrar en la escuela de submarinos, pero a Ernie le entró miedo, acabó de segundo contramaestre en un portaaviones, y cuando tenía diecinueve años se cayó de la cubierta arrastrado por una ola, en alta mar.

Bayard Cutting ocupa unas doscientas ochenta hectáreas y por un lado limita con la orilla occidental del río Connetquot, el mismo río en el que aprendí a navegar. Jimmy y yo hicimos tres recorridos lentos por todo el perímetro, por los caminos de grava blanca que lo rodean, mientras él me iba contando la historia de aquel lugar. Se me ha olvidado casi todo, menos el detalle de que una gran parte del parque quedó devastada por el huracán Gloria en el 85, y que tardaron más de dos años en reparar los destrozos. A mí me interesaba más saber cómo se había fastidiado la pierna y en cuanto pude se lo pregunté.

—Antes trabajaba en los remolcadores de Jamaica Bay —me contó—. Un día estábamos remolcando una barcaza de aguas residuales al vertedero de esa zona, pero iba sobrecargada, la barcaza, digo; flotaba demasiado poco y embarrancó. La cuerda se rompió, y una soga que sale así disparada puede dejar a un hombre partido en dos. Tengo suerte de no haberme quedado sin ella.

—¿Cuántos años tenía usted?

—Veintitrés. Ahora el vertedero lo han convertido en el campo municipal de golf de Riis.

Estaba a punto de contarle que mi padre había perdido la pierna en un accidente de motocicleta cuando, de repente, Jim se acordó de adónde íbamos y por qué.

—Ese árbol de ahí es una de las tuyas de Canadá más grandes del mundo —me indicó—. Y ese de ahí es un haya llorona.

Seguimos circulando en ese plan como una hora, durante la cual él me fue señalando esto y lo otro, lo otro y lo de más allá, el pinar, los acebos y las lilas. Entonces, sin decir nada, se dirigió a la verja, giró a la izquierda y se metió en la autopista Montauk, en dirección a East Islip, para almorzar temprano en un sitio de bagels de una zona comercial, en el que pedí un sándwich, no me acuerdo de qué, y le di al empleado un billete de diez dólares.

—¿No tienes nada más pequeño?

Me limité a mirarlo hasta que me dio el cambio y poco después el sándwich, que venía envuelto en ese papel blanco de cera y tenía uno de esos mondadienes a los que ponen en la parte de arriba una peluca de celofán rojo. Regresamos, aparcamos la furgoneta en la esquina del suroeste del parque, cerca de un estanque en el que había una cascada artificial que desembocaba en el río. Comimos con las puertas abiertas y la radio puesta, y observamos los ánades y los gansos canadienses; también vimos varios cisnes blancos, algunos de los cuales tenían el emplumado culo en pompa mientras comían plantas subacuáticas. Cuando acabamos, Jim me enseñó dónde estaba el cortacésped de arrastre, de color naranja, me dio una lata roja de gasolina y me mandó a un campo gigantesco en el que había varios robles negros desperdigados. Empezaron a obsesionarme las líneas que el cortacésped dejaba en la hierba, y me daba cierta alegría eso de que hubiera un verde oscuro, luego un verde claro, luego un verde oscuro. Me puse a hacer las líneas todo lo rectas que podía y, si no quedaban lo bastante rectas, después las re-

pasaba, algunas incluso dos veces. Alrededor de los robles negros intentaba trazar círculos perfectos de la misma anchura que tres cortacéspedes.

Cuando me cansé me acerqué a la orilla del río y miré con envidia las lanchas a motor que iban pasando; luego me dirigí a un banco que estaba junto al estanque y contemplé los patos, los gansos y los cisnes durante unos minutos. Al cabo de un rato empecé a angustiarme al pensar qué podía decir Jim si me veía ahí, así que me levanté, llevé el cortacésped a la siguiente franja de hierba y tiré del cordón que lo ponía en marcha.

Lo curioso de un tribunal de menores de delitos contra la seguridad vial es que puedes ver a una mujer blanca contándole a un juez que, mientras iba en bici, de repente le golpeó en la cara un filete crudo que habían tirado por la ventana del copiloto de un monovolumen Chevrolet marrón que avanzaba en dirección contraria. Por culpa del impacto del filete, la mujer chocó contra los palos de golf de madera que tenían expuestos en la puerta de la tienda de antigüedades Baker's, y después de adecentarse un poco, volvió a montarse en la bici y continuó el trayecto hacia el este, por Montauk, para llegar a la tienda de regalos y tarjetas Hallmark, en la que trabajaba y en la que –en ese momento hizo una pausa y empezó a frotarse la barbillita a lo bestia– se lavó la cara y llamó por teléfono a la policía. Alguien anónimo ya había dado el número de la matrícula, lo que llevó a la detención de dos chicos de diecisiete años, con los que me fumé un pitillo en las escaleras de los juzgados, antes de entrar. La conversación que tuve con ellos fue anodina en todos los sentidos, menos

cuando le pregunté al más alto de ellos en qué trabajaba y me respondió que era dueño de un señor retrasado de sesenta años. Su amigo (a quien puse el apodo de Ojo Caliente porque llevaba empañados los cristales de las gafas), le dijo al juez que no lo había hecho adrede, eso de darle el golpe en la cara a la señora con el filete crudo, a lo que el juez replicó, en un tono muy firme, «paparruchas».

También fueron muy anodinos los otros casos a los que asistí ese día, el mío incluido. La declaración del agente de policía no pudo ser más rollo, solo contó los hechos, y cuando terminó me dieron la ocasión de pronunciar unas palabras en mi defensa. Solo dije una, en voz baja y mirándome los zapatos, «perdón». La única reacción a esas disculpas fue un silencio; cuando al fin me armé de valor, levanté la vista y miré al juez, que me estaba observando con los ojos entrecerrados. Luego observó del mismo modo a mi padre, que estaba a mi lado, y le preguntó si quería añadir unas palabras para explicar mi conducta. Esto no nos lo esperábamos y nos causó una gran inquietud. A mi padre nunca se le han dado bien las palabras; a veces incluso las trata bastante mal. En él no es raro que, cuando se le pregunta qué quiere, le cueste tantísimo formular una respuesta que empiece a revolverse y a mover las cejas de manera extraña, y que acabe poniéndose tan nervioso que se muerde la lengua y se ruboriza un poco, aunque finalmente, para alivio y júbilo de todos, consigue pedir una hamburguesa.

De todas formas, no sé muy bien cómo, pero sin la menor duda ni mueca, mi padre miró al juez y dijo:

—Sí, su señoría, esto... bueno, no es más que un chaval, pero es que se ha metido en una camisa de unas varas de... es... saca buenas notas.

Observé cómo el juez observaba a mi padre y me di cuenta de que lo había dejado un poco perplejo lo que aquel hombre acababa de decirle. Entonces puso cara de paciencia, me retiró el carné, me condenó a quinientas horas de trabajos comunitarios, dio un martillazo con el martillo y me recomendó que me buscase un terapeuta.

—Es perfectamente normal —comentó esa noche mi madre mientras limpiaba la mesa del comedor con una esponja de fregar los platos azul y sucia—. Hay momentos en los que todos necesitamos ayuda.

Pero yo me negué a ir a terapia, y así seguiría hasta unos años después de su muerte, cuando otro juez de otro estado ya no me lo planteó como una posibilidad.

Me desperté sobre las ocho y media de la mañana siguiente y, aunque íbamos con retraso, mi madre me llevó a la cafetería Idle Hour. Me compró un sándwich de bacon, lechuga y tomate y un refresco para la hora de comer, y un café para que me lo tomara inmediatamente. Me preocupaba retrasarme, pero, cuando llegamos, había una nota pegada con papel celofán a la puerta de la oficina.

Al:

Pasa el cortacésped.

Jim

Pasé el cortacésped. Sobre las doce me entró hambre; me senté en el banco que estaba delante del estanque y miré un rato más los patos, los gansos y los cisnes. Se me ocurrió darles un poquito y partí unos trozos de los extremos del sándwich. Acudieron corriendo a comer lo poco

que había; a los menos agresivos me puse a hablarles para darles ánimos. Hasta que un cisne vino a la orilla y los ahuyentó a todos. Le hice el gesto de enseñarle el dedo corazón en alto, volví donde estaba el cortacésped, tiré del cordón de arranque y seguí manchándome de verde las zapatillas.

Al día siguiente vi la misma nota en la puerta de Jim y me dediqué a lo mismo. Estuve toda la semana viendo la misma nota y estuve toda la semana dedicándome a lo mismo, aunque empecé a comprar un panecillo de más, de veinticinco centavos, para dárselo a los ánades y los gansos, y también a divertirme consiguiendo que las migas no les llegaran a los cisnes. Al poco empecé a comprar dos panecillos. Entonces me encontré con una nota nueva.

A.:

Sigue pasando el cortacésped.

J.

Seguí pasando el cortacésped, seguí alimentando a las aves a la hora de comer. Estaba en el banco con un sándwich cuando oí unos graznidos y unos chillidos, un movimiento de alas. Alcé la vista y vi unos ánades que avanzaban medio corriendo medio volando sobre el agua y luego volvían a meterse en ella entre un gran chapoteo. Las huellas de sus patas palmeadas se iban deshaciendo en círculos concéntricos en la superficie del estanque; las seguí hasta el punto en el que se iniciaban y vi que un pato se bamboleaba. Le faltaba la cabeza. Me acerqué a la orilla para comprobar si lo había visto bien, y así era. La cabeza le había desaparecido. Caminé por la orilla para verlo

más de cerca, y a continuación volví a mi banco y le di de comer a los patos y a los gansos e incluso a los cisnes antes de volver al trabajo.

Unos días después Jim apareció con la furgoneta, tocó el claxon y me preguntó qué tal iban las cosas.

-Bien -contesté-. ¿Usted dónde estaba?

-En mi oficina -dijo.

-Ah, vale -dije.

Entonces le conté lo del pato descabezado. Me miró fijamente la nariz durante un segundo, luego sonrió y dijo que seguramente lo habría hecho una tortuga caimán.

-Esos bichos son como dinosaurios. Crecen un montón, llegan a pesar hasta cuarenta y cinco kilos, y se pasan el día sin moverse, medio enterrados en la arena, con la boca abierta. De la lengua les cuelga una cosa pequeña para atraer a las presas, y si algo se les acerca, como por ejemplo un pato que está comiendo con el culo en pompa, le arrancan la cabeza de cuajo y, hala, el pato vuelve a la superficie.

-Hay que ver -dije-. Es tremendo.

-No, de tremendo no tiene nada -replicó él mientras soltaba el freno y se alejaba lentamente.



## Cómete la leche

Cuando mi hermano cumplió veinticuatro años le compré un muñeco de plástico en forma de caballo que venía con un peinecito de plástico naranja para que le pasaras el peinecito de plástico naranja por las crines, la cola y el reluciente pelaje, pero antes de que me diera tiempo de mandárselo por correo, mi abuela se quitó el parche transdérmico que llevaba pegado y se lo comió. Por culpa de eso tuvo que ir a urgencias y a continuación pasar seis semanas de recuperación en la residencia de ancianos Petite Fleur, en Bay Shore, así que conseguí que me dieran unos días libres en el puerto deportivo donde trabajaba, cogí el coche e hice el trayecto de diez horas, hacia el norte, para ir a casa de mis padres, pero a mi madre se le olvidó dejar la llave bajo la piedra del jardín, que en realidad nunca había llegado a ser del todo un jardín, sino que básicamente consistía en una piedra y una estatua de exterior, que representaba una rana con chistera, en medio de unos cuantos hierbajos. Al otro lado del sendero de cemento que describía una curva entre el camino de entrada y la puerta de atrás, cerca de un arbusto que, de algún modo misterioso, había sobrevivido a varias décadas de agua de lavadora, que manaba a chorros de

una tubería amarillenta de PVC que salía de una ventana medio enterrada del sótano, había un cuadrado grisáceo de contrachapado combado con un ladrillo rojo y roto encima. Debajo había varias lombrices, cochinillas y un filtro de pitillo aplastado.

Di una vuelta a la casa en sentido contrario a las agujas del reloj y encontré, en el porche, una nevera portátil de poliestireno en cuyo interior no había ninguna llave, y también, en los arbustos que hay cerca del camino de entrada, un sucio calcetín blanco en cuyo interior tampoco había ninguna llave, y la llave tampoco estaba en la barbacoa, ni en el buzón de cartas ni en el del periódico, ni en el comedero para pájaros que colgaba agrietado y torcido de una rama blanca y marrón del abedul agonizante que se alzaba ladeado detrás de la ventana del vestíbulo. La llave tampoco estaba en el desagüe de la esquina suroeste de la casa, que se había atascado por culpa de las incontables hojas de roble y agujas de pino que nadie debía de haber recogido desde hacía cinco otoños, ni tampoco debajo de la maceta de las margaritas que había delante del garaje. Encendí un pitillo, me tapé el ojo izquierdo con la mano izquierda y llamé mamarracha a mi madre. Entonces reventé una mosquitera y entré por la ventana abierta de la cocina.

La hebilla del cinturón no me ajustaba bien, y mientras intentaba volver a cerrarla apoyado en el alféizar tiré una figurita de cerámica de un niño de ojos exageradamente grandes que sostenía un letrero donde decía LAS MADRES SON LO PRIMERO, que yo le había comprado a la mía en la escuela primaria de Idle Hour, en cuarto o quinto curso, y se le rompió la cabeza cuando se estampó contra la encimera. Chispas entró dando saltos y, cuando

ya estuve del todo en el interior y en posición vertical, me agaché para acariciarla. La perra se incorporó, apoyada en las patas traseras, para darme lametazos en la cara, después se apartó, empezó a dar vueltas y se quedó con el culo en pompa, enseñándome todo el ojete. Como me quedé titubeando unos instantes, ella volvió la cabeza y me miró a los ojos, como si dijera «ya te vale, chaval», así que la acaricié y la rasqué alrededor del ojete mientras le repetía «holá, chica, sí, chica, sí...», hasta que a sus patas traseras les dio la flojera, la derecha empezó a temblar de forma involuntaria y las uñas comenzaron a dar golpes en las baldosas, formando un sube y baja sonoro: despacio, deprisa, despacio.

Me incorporé y saqué de un cajón una golosina para perros, que le di y que creo que se tragó entera; luego se quedó mirándome, esperando que le diera otra.

—Chispas —le dije—, yo te quiero mucho, pero no te puedo dar más chucherías. Has engordado demasiado. Como sigas así vas a acabar con diabetes. Vivirás sin catar ni una puta golosina, tía, y ¿a una vida sin golosinas se la puede llamar vida? Como te descuides, te acabarán amputando las piernas y te convertirás en una cría de morsa, y además hay que tener en cuenta que nadas de culo y que seguramente te ahogarías en el cuenco del agua. Seguramente tendré que amarrarte a un monopatín con una cuerda elástica y tendré que llevarte, con toda tu gordura a cuestas, al veterinario, que te echará un vistazo y dirá «supongo que tiene un problema de glándulas». Y yo le diré «fíjese un poco mejor, pedazo de lerdo. Lo que tiene es un problema de golosinería». Y él contestará «ay, ¡pues a ver qué le parece esta golosina!». ¿Y sabes a qué golosina me refiero, Chispas? A una jeringuilla llena de veneno.

Y estás muerta, colega. Para siempre. Y cuando te mueres, se acabaron las golosinas. Así que haznos un favor a los dos: lárgate.

Después de una breve pausa me dio otro lametón en la pernera del pantalón.

Así que le di otra golosina porque los perros me desarmán, y cuando se terminó la segunda quiso una tercera, y le di una tercera porque los perros me desarmán muchas veces. Estuve a punto de darle una cuarta, pero al final le eché humo en la cara y guiñó los ojos, se contorsionó un poco, se dio la vuelta y se marchó con toda tranquilidad, aunque de vez en cuando volvía la cabeza y me miraba, hasta que se puso debajo de la mesa, se tumbó y cerró los ojos para soñar con comida en blanco y negro. Apagué el pitillo en el fregadero y abrí otra ventana.

En la mesa de la cocina había una nota de mi madre en la que decía que esperaba que hubiera tenido un buen viaje, y que si tenía hambre había fiambre en la nevera, y que no fumara dentro de casa, y que había visto a Gloria Estefan en el auditorio de Jones Beach el fin de semana anterior y que había sido un concierto estupendo. Que iba a volver del trabajo sobre las cinco y que tenía muchas ganas de verme y que los médicos le habían detectado a la abuela un cáncer en un riñón, que no me preocupase y que muchos besos. Encendí otro cigarrillo. Eran las 15:32.

A las 16:16 ya me había comido todo el fiambre y el bacon, unos bagels con sabor a pizza, unas empanadillas y un yogur que tenía unas fresas en el fondo, y me encontraba un poco mal, así que me tumbé en el sofá del cuarto de estar y puse un programa de la tele donde salía una jueza a la que se le marcaban las venas de la frente al gritar. Mientras lo miraba, pensaba que la tía no habría sido

tan cabrona si no hubiera tenido al lado a un alguacil negro, con una pistola y un garrote, que la protegía. Después de estar tres minutos así, la inquietud se apoderó de mí. En algún momento de mi vida he perdido la capacidad de relajarme, de dejar que el cuerpo descance, de reposar. No es que tenga tanta energía que no sepa qué hacer con ella, porque no es el caso. Lo que pasa es que mi cuerpo se siente incómodo. No es que me duela necesariamente, sino que tengo una molestia, como un hormigueo, en los músculos, y cuando estoy quieto noto de forma dolorosa lo incómodo que me encuentro. Entonces tengo que moverme. Me levanto y me paseo por la habitación, sacudo la mano como si acabara de tocar algo demasiado caliente, voy de un lado a otro, doy golpecitos en una mesa o una encimera. Doy caminatas muy largas.

En el coche, en cambio, no tengo escapatoria, y todo el trayecto desde Wilmington fue una serie ininterrumpida de ajustes de asiento y movimientos de hombros, de abrir y cerrar ventanillas, y cambiar cedés y toquetear el mando del volumen, de frotarme los ojos y darme puñetazos en las piernas, como si hacerme daño en la pierna fuera dañar el dolor que siento en ella. Fumé mucho, me hice crujir los nudillos, los tobillos, la espalda y el cuello, hice que crujiera todo lo crujible, meneé la cabeza para que pareciera que un bicho aplastado del parabrisas estaba volando por encima de los árboles que bordeaban la interestatal, hasta que choqué con la barbillá contra el volante mientras intentaba ver bien un pino especialmente alto que había a las afueras de Richmond. Cuando me aburrí de todo eso busqué cosas en las que fijarme: el retrovisor, el retrovisor, árboles, un perro muerto al lado del cartel azul de un hospital y de otro que decía

BURRITO DE TERNERA «QUE DIOS BENDIGA A NUESTROS SOL-DADOS» 1,39 \$, el retrovisor: todo menos la autopista. Ya he tenido más de una docena de accidentes, y todos han sido por mi culpa. En cierta ocasión me di contra un puente. También he atravesado la puerta cerrada de un garaje. Lo que me cuesta es frenar.

Me levanté del sofá, escribí una nota en el reverso de la nota de mi madre, cogí el muñeco del caballo y me fui a ver a mi abuela.

El aparcamiento de la residencia de ancianos estaba lleno de coches que parecían iguales, menos una ambulancia con el motor en marcha y dos enfermeros de urgencias apoyados en ella. Me miré los zapatos con una sonrisa cuando pasé junto a ellos, rodeé el vehículo y me dirigí a la entrada, donde tres mujeres en silla de ruedas daban de comer a unas palomas de color morado y gris; me sentí un poco culpable cuando me llegó el ruido agudo de sus alas y me di cuenta de que las había espantado. Le pedí disculpas a la mujer que me quedaba más cerca, que tenía unos ojos que parecían dos monedas de cobre flotando en medio de la niebla.

Mientras avanzaba por un pasillo largo vi a un lado el tablón de actividades, esa semana había un montón de cosas programadas: Tenis con globos, Música y movimiento, Taller de abanicos orientales, Visitas de mascotas, El bolso de la abuela y ¡¡Elizabeth Rafter cumple 101 años!!! En el mostrador de recepción había abierto un libro con cuatro columnas: Nombre, Fecha, Hora, Paciente visitado, y detrás de él había una enfermera blanca que llevaba una bata rosa, que no sonreía y que tenía delante

un sándwich a medio comer. Le dije «hola», y le pregunté si era de pavo.

—Jamón —contestó.

No me lo creí. Después le pedí que me dijera dónde estaba mi abuela y ella me pidió que le deletreara el apellido de mi abuela. Eso hice, lo buscó en el ordenador: tecleo, tecleo, tecleo, enter; me contestó que la habitación era la B10 pero que a lo mejor estaba en el comedor, a continuación se comió la mitad del sándwich de un solo bocado.

B2, B4, B6, B8: me acordé del juego de Hundir la Flota, que era mi preferido de pequeño. A mi hermano le gustaba el Conecta 4 y también acostumbraba a rebañar a lengüetazos los restos de salsa italiana para ensaladas que le quedaban en el plato. Mi abuela no estaba en su cuarto, pero su compañera de habitación sí, en la cama, con el cuerpo doblado y retorcido por culpa de la esclerosis múltiple o alguna otra cosa horrible y la boca abierta en dirección a las grietas del techo. Le dije «hola», y ella no me dijo nada, y encima de la cama tenía un cuadro de Jesucristo subiendo al cielo, con el torso desnudo, mirando directamente a cámara y con los brazos extendidos, en plan «en verdad te digo, señor de la cámara... ¡que estoy volando!». También cabía la posibilidad, pensé, de que estuviera huyendo de algo, e imaginé que le tiraba una piedra y caía del cielo.

Clavado en la pared, encima de la cama de mi abuela, había un pequeño crucifijo de madera, y fotos de mi abuelo muerto y de los hijos de ambos y de los hijos de sus hijos: la misma foto que teníamos nosotros en el pasillo, de mi hermano, mi hermana y yo desnudos en la bañera, cosa que seguramente servía para ahorrar tiempo pero que en cualquier caso no parece una buena forma de

limpiarse. Le dije adiós a la compañera de cuarto de mi abuela, después me despedí con la mano, luego me sentí como un imbécil por haberlo hecho y me marché.

Mientras deambulaba por los pasillos oí que un anciano le contaba a una enfermera que otro hombre «me mató por la parte de atrás de la pierna hace seis días», y una mujer que iba con un andador medio desmochado se miraba en una pecera para pintarse los labios de rojo. Volví a detenerme en el mostrador de la entrada, y la enfermera, ya sin sándwich, me señaló el comedor, una habitación amplia en la que había unas seis o siete mesas alargadas. Estaba lleno y reinaba el silencio, excepto por el ruido de la tele y los aullidos bestiales de una señora que se mecía y que llamaba a alguien o algo llamado Mashtar, y al ir mirando todas las caras se me ocurrió que las mujeres cometían el error de vivir demasiado con mayor frecuencia que los hombres.

Mi abuela estaba en la mesa que quedaba más lejos de la ventana, dándole pellizcos al babero de papel que llevaba y mirando fijamente la pared. Me acerqué a ella y puse una sonrisa tan falsa que me temblaba. Tenía un bigote transparente con unos pelos más largos cerca de las comisuras de la boca. Le di un beso en la frente.

—Qué hay, abuela, me han contado que te has comido el parche médico.

—¿Sydney?

—No... Soy el hijo de tu hija. Alby.

Se produjo algún cambio en su cabeza, se puso a temblar y se quedó con la mirada perdida mientras seguía con la vista unas mariposas o unos periquitos, o la palabra «pijama» que iba apareciendo por un teletipo delante de ella, o un mono a lomos de un perro, o unos aviones

de combate de color rosa en una misión de destrucción, destrucción, destrucción. O, más probablemente, con la mirada no seguía nada de nada, una nada que en ese momento estaba situada en algún punto de la pared blanca, entre el reloj y un anuncio de desodorante de la tele.

«Huele a fresco.»

Abrió mucho los ojos y dijo:

—Todo se está volviendo muy raro.

—Siempre ha sido raro. Toma, un caballo de juguete.

Le cogí la mano temblorosa y llena de manchas; intenté que agarrara con ella el muñeco pero no lo conseguí, así que lo dejé en la mesa, delante de ella.

—No te comas el peine —le dije.

Extendió el brazo y tiró el caballo de juguete; luego retiró la mano temblorosa de una forma que me recordó el cable de una aspiradora al replegarse.

—No pasa nada —dije—. Solo es un juguete.

Ella desvió la mirada y al cabo de un rato le pasé la mano por delante de la cara y chasqué los dedos.

—Abuela. ¡Hola! ¡Yuju!

Me miró y me enseñó todas las encías al esbozar un gesto que creo que era una sonrisa.

—¡Ven corriendo a ver al Papa! —exclamó.

—Aquí el único que se va a correr va a ser él, y en la espalda de un niño.

Medio me arrepentí de mis palabras casi enseguida, porque ¿quién soy yo para insultar a alguien, o algo, que a ella le da consuelo? Estoy muy a favor de los analgésicos, aunque en mi caso prefiero los que vienen en frasco. O los vasos de cerveza o de whisky. O a las mujeres.

—Está diciendo que... que todo el mundo tiene que hablar en inglés...

–Pero ¿los papas no hablan en latín y se refieren a sí mismos utilizando la primera persona del plural? «Nosotros soy la Harriet Tubman de los pederastas.» ¿Hemos explicado la hostilidad que nos inspiran las mujeres, los maricas y la ciencia? ¿Y qué pasa con esos temas de sentido común, por ejemplo los condones como medio de prevención del sida y también lo de impedir que los curas violen a los niños por la boca y el ojete? ¿Hemos dicho algo sobre eso, abuela? Porque creo que nosotros... Déjalo, da igual.

De decir esto también me medio arrepentí enseguida, pero antes de que pudiera disculparme empezó a cantar una canción en italiano o en el idioma de los disparates, no lo distinguí muy bien; me limité a permanecer sentado escuchándola hasta que empecé a notar en el pecho la sensación esa de hormigueo que me entra y tuve ganas de moverme otra vez. Me levanté para marcharme, pero hubo algo en la debilidad de su voz (el tono, mi incapacidad de comprenderla, la sensación de impotencia que generaba la situación) que hizo que me diera pena lo sola que estaba. Así que decidí quedarme al menos hasta que apareciera mi madre, y me senté otra vez mientras cuatro enfermeras que llevaban batas de color rosa entraban con cuatro carritos repletos de bandejas, de color naranja, de comida. Mi abuela no tardó mucho en dejar de cantar; entonces nos quedamos en silencio, ella contemplando su punto preferido de la pared, yo viendo en la tele el final de un anuncio en el que una chica que está en una playa dice «me hace falta un brownie...», y entonces todos sus amigos sueltan al unísono «¡eso es porque le ha bajado la regla!», y empiezan a reírse a carcajadas.

Acabaron poniéndonos una bandeja en la mesa, de-

lante de nosotros, en la que había un plato de puré de carne y lo que creo que era puré de arroz, un cuenco de algo naranja, gelatina roja, un vaso de agua espesada, un vaso de leche espesada y una taza de té espesado.

—¿Le va a dar de comer usted? —me preguntó la enfermera.

—Preferiría no hacerlo —contesté.

Me miró con cara rara, así que añadí:

—Es que sería peor para ella.

Me siguió mirando con la misma cara; de hecho, creo que no llegó a cambiar de expresión, así que dije que lo iba a intentar.

Empecé por la carne porque era lo más marrón de todo, cosa que parecía tener su importancia. Cogí una cucharada tremenda, le pregunté «¿estás lista?», y cuando me dijo que sí se la metí toda. Tosió y se le derramó un poco por la barbilla. Yo dije «uy», y se lo limpié con el babero.

Estoy convencido de que en algún momento dio la impresión de que estaba intentando alimentar su mejilla izquierda. Y en algún otro momento, su nariz. Le quité unas gotas de té del hombro. Pero no tardamos mucho en encontrar el ritmo, la abuela y yo, y empezamos a seguirlo. Yo cogía una cucharada tremenda de algo, se la sostenía delante para que la viese y luego le anunciaba lo que yo creía que era. «Arroz —decía—. Creo que esto es arroz.» Luego se la acercaba lentamente a los labios y esperaba a que los abriera. Le deslizaba la cuchara y el contenido en el interior de la boca y esperaba a que ella la rodeara con los labios. Luego sacaba la cuchara y me quedaba mirándole la mandíbula mientras ella hacía una bola con la comida antes de tragársela. Resultaba ex-

trañamente gratificante, nuestro método. Significaba que había un entendimiento. A veces pienso que lo único que quiero siempre es un entendimiento.

Al cabo de unos veinte sucios minutos ya se lo había dado todo a cucharadas, menos la leche. Aquello me inspiraba orgullo, tenía muchas ganas de contárselo a mi madre. ¿Ves, mamá? Sé colaborar. Soy un buen chico. Me acordé de la nota, miré el reloj, hice unos cálculos mentales. Ya tendría que haber llegado, pensé. Estará al caer.

Abuela, le dije. Cómete esto. Cómetelo. Es leche. Cómete la leche. A ti te hace falta la leche, la leche te conviene. Cómétela. Cómete la leche. Abuela. Abuelita. Va. Abuelita. Abuelita. Abuela. Abuelita. Cómete esto. Cómetelo. Es leche. Cómétela. Cómete esto. Cómete la leche. Cómete la leche, el Papa ha dicho que te comas la leche. Al Papa le encanta la leche. Cómétela. Cómete la leche.

Pero ella no dejaba de apartar la cabeza, de moverla de un lado a otro, y cuando alargó la mano temblorosa y llena de manchas para alejar la cuchara, fingí que la dirigía a la izquierda pero se la acerqué por la derecha y se la metí, por entre los labios y por encima de la lengua, sin que los dientes la frenasen. Ella rompió a toser, le entraron arcadas y empezó a vomitar un arcoíris de gelatina en el preciso instante en que mi madre cruzaba la puerta con una gran sonrisa en la cara con la que pretendía decir hola cómo estás te he echado de menos sé que has fumado dentro de casa y qué ha pasado con la estatua rota, pero luego, al ver que mi abuela vomitaba, dijo «ay, ay, ay», y las enfermeras se dispersaron, y alguien pidió a gritos unas toallas de papel y repitió «¡unas toallas de papel!», y otra persona empezó a darle golpecitos en la espalda a mi abuela, y otra persona no había podido en-

trar en su casa porque otra persona no le había dejado la llave, y otra persona trajo el desodorante y otra persona compró lo que vendía la chica de la playa, que seguramente eran tampones, y otra persona se está muriendo porque siempre hay otra persona que se está muriendo, la gente siempre está sufriendo y muriéndose, y yo me quedé sosteniendo la cuchara, luciendo una sonrisa nerviosa y después soltando unas carcajadas nerviosas y luego solo soltando unas carcajadas, y luego soltando tales carcajadas que los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas y todo acabó desdibujado, pero nada de aquello tenía la menor gracia.



## Una vuelta a la manzana, después otra

Durante una temporada estuve saliendo con una chica flaca, de poco pecho y que sabía bailar claqué. Se llamaba Carey y tenía la mandíbula enana. Unos años antes le habían tenido que quitar algunos dientes del fondo de la boca para que le cupieran los otros, que le salieron torcidos, apuntando en distintas direcciones, a lo mejor por eso abandonó la universidad. Trabajaba de camarera en un restaurante caro y ganaba bastante. Cuando hacía garabatos le salían establos. Tenía el pelo rubio, las cejas rubias, unos pelitos rubios en los dedos y un Suzuki Escudo azul. Cuando nos veíamos, le daba un beso en la boca embadurnada de brillo labial y le decía «¿qué hay, cómo estás?, ¿cómo está tu Suzuki Escudo? Tú eres mi escudo frente al mundo, así que ¿por qué no te dedicas a bailar claqué en mi cocina?». Ella soltaba unas risitas. «Lo digo en serio», le insistía, y era verdad. Me encantaba ver cómo lo hacía, cómo se ponían en movimiento sus piernecitas mientras sus zapatitos negros taconeaban más fuerte de lo necesario, como si no celebraran nada en particular o lo celebraran todo en particular.

Las noches de los fines de semana iba al restaurante en

el que ella trabajaba y me dedicaba a beber en la barra. Cuando terminaba su turno se sentaba a mi lado y hablábamos, nos pellizcábamos las piernas y la tripa, nos dábamos la mano, nos fijábamos en qué parte de la propina repartían los otros camareros con sus ayudantes, comentábamos entre susurros lo injusto que era que a algunos les hicieran un descuento en las bebidas y les dieran pollo gratis. A veces Joey, un chico blanco y larguirucho que era friegaplatos, venía un rato a la barra y nos rapeaba, y conseguía que rimasen palabras que no existían («Soy todo un malandrín, te como la vagina solo un poquirritín»). Nos quedábamos por allí hasta que cerraba el local, a las once, las doce o las cuatro de la madrugada, algo que dependía no sé de qué, a continuación nos íbamos a mi apartamento, donde yo ponía ragtime, me sentaba en el suelo y la contemplaba bailar claqué sobre las baldosas blancas de la cocina, la aplaudía y vitoreaba, me reía, le gritaba cosas bonitas. «¡Lo haces mejor que Ben Vereen!», exclamaba, me abalanzaba sobre ella, le quitaba la ropa y manteníamos relaciones sexuales sin condón durante un ratito.

El pastelero del restaurante se llamaba Billy No Sé Qué, y Billy No Sé Qué hacía una tortilla noruega de miedo, unas natillas quemadas pasables, y también hizo un gesto raro cuando abrí la puerta doble de la cocina a altas horas de la noche y lo agarré por el cuello de la bata blanca y lo estampé contra la pared y le pedí que dejara de acariciarle los hombros a mi novia, pedazo de gilipollas. Además, por su culpa Carey había empezado a meterse cocaína, pero eso me molestaba muchísimo menos que el hecho de que al tío no le planteara ningún problema acariciarle los hombros a mi novia delante de mí, y de que

a ella, por lo visto, eso le gustara. Yo todavía le estaba sacudiendo cuando Joey y otro tío que no recuerdo cómo se llamaba, pero que tenía unas pestañas muy espesas, me inmovilizaron cogiéndome por las axilas y me llevaron a rastras a la calle, mientras me repetían que no me alterara.

-¡No te alteres! ¡No te alteres! ¡No te alteres!

-¡No! -les solté-. ¡Estoy alterado! Dejad de decirme que no me altere, si me pedís que no me altere, me altero más.

Me encendieron un pitillo, ellos también se encendieron pitillos, me dieron la charla y me pidieron que esperara, se fueron y me dejaron sentado en un cuadrado de hormigón que rodeaba una magnolia. Me quedé hablando solo sobre *cannoli* e hijos de puta mientras iba lanzando trozos del mantillo colocado en torno al tronco a una pared de ladrillo. También escupí y me dediqué a subirme y bajarme la cremallera de la cazadora, a subirla y a bajarla, a esperar. Carey no llegó a salir.

La puerta principal del establecimiento era de cristal y estaba cerrada. Llamé dándole unos golpes. Hice viseira con las manos y contemplé el interior pero no vi a nadie. Pegué el oído. Di unos cuantos golpes más y esperé, volví a sentarme y esperé, volví a ponerme de pie y llamé otra vez a la puerta. Le di unos golpes tremendos. Le grité «¡eh!». Le grité «¡Carey!», hasta que el dueño y jefe de cocina, James Morris, que estaba delgado y a mí no me cabía en la cabeza cómo un cocinero podía estar delgado, se acercó al otro lado de la puerta y dijo:

-Alby, mejor vete a casa.

-¿Dónde está Carey?

Nos miramos fijamente a través de las manchas desdibujadas de unas huellas dactilares.

-Mejor vete a casa.

Sabía que lo decía por mi bien, pero le contesté que si no me abría iba a darle un puñetazo en la cara a todos los miembros de su familia, y que, cuando se lo diera a su madre, se lo iba a propinar en la frente mientras les hacían una foto de familia, y que la haría enmarcar por un profesional para poder colgarla en la pared de detrás del sofá y mirarla todos los días con una sonrisa. Se marchó. Seguí dando vueltas, hablando solo, me senté con las piernas cruzadas en el cuadrado de hormigón que rodeaba la magnolia. Me levanté, di unos golpes en la puerta y llamé a gritos a Joey hasta que asomó la cabeza por detrás de la esquina y se acercó.

—Qué pasa, tío.

—Qué hay, tío.

—Bueno, ¿ella qué hace?

—Pues nada —contestó—. Todos están tomándose una copa. Lo mejor sería que te fueras. Deja que las cosas se calmen.

Dije que vale, que me iba, pero que me había quedado sin tabaco y que me diera un pitillo. Dijo que sí y yo que gracias, tío, y metió la mano en el bolsillo de la camisa para coger la cajetilla, sacó un cigarrillo, descorrió el cerrojo, entreabrió la puerta y me pasó el pitillo por el hueco. Lo cogí, me lo llevé a la boca, me palpé los bolsillos, le dije que no tenía mechero. Sacó el suyo, abrió la puerta un pelín más, yo me abalancé y metí la cara en esa abertura, logré meter también la pierna izquierda antes de que él diera un tirón para cerrarla y de que empezara a pedir auxilio chillando. Entonces yo empecé a pedir auxilio chillando. Luego llamé a Carey chillando. Entonces le grité «¡dime algo!» y «¡por favor, no me hagas esto!» y «por favor» y «por favor» y «¡por favor!» y «ya» y «que te den por

culo, Billy, eres un gilipollas y tus postres no valen nada y te voy a asesinar». James y el otro tío de cuyo nombre no me acuerdo, el de las pestañas, se acercaron a toda prisa y ayudaron a Joey, que me estaba echando; cerraron la puerta y amenazaron con llamar a la policía si no me iba.

—Pues venga, coño —dije—, llamad a la policía, coño, que os voy a... Sois unos gilipollas.

Luego me senté en el cuadrado de hormigón para recuperar el aliento, me fumé medio pitillo, me fui a casa, llamé a Carey y le dejé un mensaje. Luego la llamé de nuevo y le dejé un mensaje de nuevo, la llamé de nuevo y colgué, cagué y lloré, la llamé de nuevo y le dejé otro mensaje. No me devolvió las llamadas.

Aún conservo un dibujo que me hizo con un rotulador cuando estábamos juntos. En él sale un jardín con flores y el sol en la esquina superior izquierda; en medio del aire me escribió en morado «¡que tengas un día estupendo, Alby! con todo mi cariño, Carey». Lo tuve pegado a la nevera con un imán durante unos meses, pero luego lo metí en una caja de cartón junto a viejos trofeos de fútbol y al diploma que me dieron de pequeño cuando estuve en un campamento espacial.

Mi hermana me llamó justo el día que tenía dolor de muelas, me dijo que había tropezado con Carey en la ciudad y que había estado hablando con ella. Al parecer trabajaba en publicidad y le iba de perlas, y se iba a casar con uno que era banquero. Le pregunté si le había preguntado por mí. Mi hermana dijo que no, que para nada. Después se tiró un rato hablando de política y de los medios de comunicación, en plan «la resistencia disminuye

a medida que aumentan las pausas publicitarias, coño... O sea... Nos están enchufando tantas gilipolleces que al final se convierten en una especie de ruido de fondo. La televisión, los satélites, los portátiles, las retransmisiones en directo por internet... Tenemos acceso a un montón de cosas pero como sociedad cada vez nos distanciamos más de la guerra y de la cualidad humana necesaria para experimentar las cosas de verdad, joder, es que... Hemos llegado a Marte pero desde un punto de vista intelectual no hemos avanzado mucho desde que pintábamos en las paredes de las cuevas».

—Sí, antílopes y cosas de esas.

—¿Qué?

—En las paredes de las cuevas.

—Como iba diciendo: la gran falacia de la era de la televisión es que estamos mejor informados, cuando en realidad lo que nos enseñan es lo que nos aseguran que es importante, y nosotros lo consideramos importante porque es lo que nos están enseñando.

—Es verdad —dije—. ¿Qué pinta tenía Carey?

—Ah, una pinta estupenda.

—Tú eres gilipollas —le dije, y le colgué el teléfono.

Luego di una vuelta a la manzana y después otra. Me fui fijando en cosas. Los coches tienen ruedas. La madera de una casa está pintada de rojo. La boca de incendios está ahí puesta por si se declara un incendio en las inmediaciones. Llevo dos años sin novia. Árboles.

En Biltmore había un aspersor del que salía por aspersión un arco de agua que caía en la calle y también una ardilla en la rama de un abedul. De ahí, el bicho pasó de un salto a la rama de un pino; recorrió toda la rama, luego bajó por el tronco, pasó a otra rama y saltó al tronco

partido de una valla. Recorrió la calle, a continuación se bajó y se posó en el suelo. Estuvo correteando un rato; entonces se detuvo, se incorporó apoyándose en las patas traseras y miró a su alrededor. Avanzó, se detuvo y miró; avanzó, se detuvo y miró. Avanzó unas cuantas veces más y se detuvo unas cuantas veces más. Salió a la calzada y un coche rojo estuvo a punto de atropellarla. El conductor ni se molestó en reducir la velocidad. Empezó a darme punzadas una muela. Me fui a un bar.

En el cristal había un cartel de papel que colgaba de una cuerda, que se mecía y daba vueltas, que oscilaba hacia delante y hacia atrás impulsado por el ventilador del techo y que no anunciaba nada en particular, solo decía ¡QUE TENGA USTED SUERTE! Me gustó. Entré en el local, me tomé unas cuantas copas, después otras cuantas más y luego vi a una chica que estaba en la barra, a mi derecha. Era de piel muy clara y tenía unas orejas rosadas por detrás de las cuales se sujetaba el pelo negro, llevaba las pestañas de blanco como en los años cincuenta. Cada vez que la miraba notaba en el pecho un dolor nuevo y emocionante. Seguí bebiendo y mirando y calibrando varias formas de abordarla:

- Mirarla fijamente. Seguir mirándola fijamente hasta que se dé cuenta. Saludar.
- Escribirle una carta de amor en tres servilletas. Empezarla así: «Querida dama, me gusta mucho su peinado y considero que luce usted un espléndido maquillaje». Luego decir palabras que demuestren simpatía.
- Esperar junto al baño de señoritas. Cuando ella se acerque, detenerla y decir «perdona, colega, pero esto es el baño de señoritas». Así tendrá menos confianza en sí misma.

- Esperar junto al baño de señoritas. Entrar detrás de ella. Besarla con ímpetu y pasión. Decir que sus labios tienen un sabor delicioso e inmovilizarla contra la pared. Quitarle la ropa, pellizcarle los pezones, lamerle los pezones, chuparle uno como si fuera un puro con sabor a limonada. Arrodillarme y hacer que me apoye la pierna derecha en el hombro. Preguntarle «¿eso es una marca de nacimiento?». «Es un lunar.» «Ah.» Besarle el coño, lamerle el coño, follármelo con el dedo como si le tuviera rabia, como si me encontrara en el otro extremo de la sala y tuviera que contarle un secreto, mientras doblo el dedo índice como diciendo «ven aquí, ven aquí, ven aquí». Parar, preguntarle cómo se llama, ¿y eso cómo se escribe? Escribir su nombre con la lengua hasta que se corra. Sacarme la polla, pajearme un poco, soltar un sonido de vaca herida, levantarme y follármela. Dejarla embarazada de gemelos mongolos, subirme los pantalones, irme echando leches. Volver a entrar y decirle que a lo mejor la quiero pero que seguramente no, lavarme las manos con jabón, revisarme el estado de pelo y dientes, irme otra vez a toda leche. Pasar por un 7-Eleven y comprar algo para picar.

En lugar de eso, me emborraché mucho y no recuerdo haber hablado con nadie esa noche, ni tampoco recordando cuándo me marché, y me desperté en el suelo de la cocina al lado de una caja sin abrir de palitos de pescado. Notaba unas punzadas intermitentes en la muela. Me levanté y me la toqué con la lengua. Me siguió dando punzadas intermitentes. Fui al baño y cogí un tubo sin tapón de la pasta esa que lleva flúor y el cepillo eléctrico que mi madre me había regalado por Navidad unos años antes. Lavarme los dientes no sirvió de nada. Utilizar enjuague

bucal no sirvió de nada. El hilo dental me hizo sangrar y no sirvió de nada. Escupí en el lavabo y la sangre entre roja y marrón que quedó en la porcelana tenía una forma parecida a la de América del Sur. Abrí el grifo y contemplé cómo se iba dando vueltas y desaparecía. Hice pis y tiré de la cadena, contemplé cómo se iba dando vueltas y desaparecía. Me tomé unas aspirinas y llamé al dentista, le dije que era una emergencia, y me contestaron que podía pasarme a las diez de la mañana siguiente. Preparé los palitos de pescado en el horno, me comí unos cuantos y eché una siesta. Esa noche volví al bar.

El cartel estaba en el mismo sitio, y la chica estaba en el mismo sitio, y tomé unas copas y de nuevo calibré varias formas de abordarla. Luego ya no calibré nada de nada y me acerqué a ella sin saber lo que iba a decir, que acabó siendo un hola. Se dio la vuelta y me dio la sensación de que tenía una manguera retorcida en el corazón. Después dejó de estar retorcida.

-Te encuentro muy guapa -le dije-. ¿Tienes novio?

Ella se echó hacia atrás y me miró de soslayo.

-No -contestó-, no tengo.

-Pues quiero salir contigo a saco -dije-. Quiero salir contigo hasta que no quede nada que sacar. Con tanta pasión que acabarás vomitando. ¿Quieres que salgamos en algún momento? Podríamos hacer algo.

Ella sonrió y parpadeó y removió la copa con la pajita.

-Te acuerdas de que ya me pediste una cita anoche -dijo-, ¿no?

-Ah. -La miré de arriba abajo-. Pues... ¿y anoche qué me contestaste?

-Que no.

-Ah.

Durante unos segundos me quedé sin moverme y muy incómodo, luego me disculpé por haberla molestado. Ya estaba yéndome cuando añadió:

—Eres mono, pero deberías beber menos.

Yo seguía avanzando y esquivando a la gente mientras me dirigía al baño de caballeros, donde hice pis agarrándomela con las dos manos y dibujando en el urinario unos ochos que creaban una intersección en forma de equis en la pastilla azul del inodoro. Entró un tío, se puso a mear en el inodoro contiguo al mío y se tiró un pedo que sonó como un susurro: «Pufpufpuf, psssst». Lo saludé con un gesto. En la pared, delante de mí, habían escrito con un rotulador negro CÓMEME LA HINCHADA PISTOLA DEL AMOR, MARICÓN. Por debajo alguien había añadido QUE TE DEN POR CULO, con una flecha que señalaba la palabra «maricón», y luego una tercera persona, con un rotulador azul, había borrado la punta de la flecha y la había alargado en la otra dirección, con lo que al final el QUE TE DEN POR CULO se señalaba a sí mismo.

Me meneé la cola, me la metí en los pantalones, me subí la cremallera, tiré de la cadena, me lavé las manos y me sequé las manos en la camisa y salí del baño y volví al bar y crucé la puerta de la calle.

Me fui a casa, dormí cuatro horas, me desperté a las seis. Hice café, di un sorbo, lo escupí en el fregadero y me pasé la lengua por la muela durante un rato. Estuve en el porche tomando el sol hasta las nueve, luego recorrió a pie los cinco kilómetros que había hasta la consulta del dentista. En el trayecto vi a una mujer que caminaba con un perro en dirección opuesta a la mía. Dentro de mi cabeza: «Ahí va otro organismo vivo atado a una cuerda».

La consulta del dentista estaba en un centro comer-

cial, entre un Mr. Video y el centro de manicura Angel Tips. Entré y había gente desperdigada por toda la sala de espera, leyendo revistas. *Better Homes & Gardens*. *Cosmopolitan*. *Us. Time*. Me acerqué al mostrador. La recepcionista estaba hablando por teléfono y me señaló un sujetapapeles, al que había atado un bolígrafo azul con un trozo de hilo dental verde, y mientras estaba poniendo mi nombre, me preguntó si era la primera vez que iba. Cuando le dije que sí, me alargó un montón de impresos para llenar: fecha, edad, sexo, altura, peso, persona de contacto en caso de emergencia, dos páginas de historial médico (Pregunta 9: ¿Se le forman moratones con facilidad?), una página de información para el paciente, una página con el convenio arbitral, otra página para la aceptación de las posibles consecuencias derivadas del tratamiento, otra página para la aceptación de las condiciones de privacidad. Estuve en el vestíbulo un montón de rato, hasta que una señora dijo mi apellido, aunque lo pronunció mal, y me llevó a una sala blanca en la que un mexicano que tenía los nudillos hechos trizas me hizo una radiografía de la cabeza. Cuando terminó, la misma señora me llevó a otra sala blanca. Estuve ahí un montón de rato, me quedé mirando una grieta del techo y preguntándome si Carey se acordaría de mí alguna vez. Me alegró que por fin viniera la dentista.

Tenía ya cierta edad, era guapa y de piel blanca, tan delgada que parecía delicada, y tenía un lunar en el párpado izquierdo. Una mujer con la que saldría, vaya que si saldría con ella... Me saludó y me preguntó cómo estaba, revisó los papeles de una carpeta y se puso unos guantes de látex. Era muy educada.

Se colocó bien la mascarilla y las gafas protectoras, y

mi silla y la luz. Ordenó unas cosas de metal en una bandeja de metal.

—Muy bien —dijo—, vamos a echar un vistazo. —Empezó a escarbar en la muela sin anestesia y a hurgar en ella con una broca mientras preguntaba—: ¿Esto le duele?

—Sí.

—¿Y esto?

—Sí.

—¿Y esto?

—Sí.

## El guerrero americano 2

Mi hermano apostó conmigo quinientos dólares a que no sobreviviría hasta el mes de enero. Acepté y gané: la abuela se murió el 3 de enero. Me tomé más días libres en el trabajo y fui a casa para ayudar a mi madre a organizar el funeral, aunque básicamente me dediqué a comer entre horas y a ver películas de mierda. Después de *El guerrero americano 2* me levanté del sofá y le di una patada a una bolsa de palomitas de microondas. Los granos que no habían estallado salieron disparados en todas direcciones.

Entré en la cocina dando una voltereta y abrí la nevera a ver qué comida había y me acordé de la dentadura postiza de mi abuela. Era fea, estaba amarillenta y se le movía en la boca, y me extrañaba que el dentista no se la hubiera hecho bonita y blanca. Una cuestión de realismo, supuse: tratamiento verosímil del material. Aquí van algunos ejemplos más: las novelas románticas de V. C. Andrews gozan de gran éxito popular, ir al dentista duele, los bastoncillos de algodón se ponen amarillos cuando te limpias los oídos. La perra pasó bamboleándose cerca de mí e imaginé que la partía en dos con una espada.

Cogí la botella de dos litros de coca-cola, la dejé en la mesa, desenrosqué el tapón, me acerqué al armario, sa-

qué un vaso del armario, dejé el vaso en la mesa, levanté la botella, vertí coca-cola en el vaso, hice una pausa, miré a la perra (que me miraba a mí) mientras esperaba a que desaparecieran las burbujas, cogí el vaso, me bebí la mitad, dejé el vaso, me acordé de mi abuela y tiré la botella al suelo de un puñetazo. Chispas se puso a lamer los charcos de refresco.

Me senté a la mesa, la misma en la que desayunaba cereales con azúcar y leche con un dos por ciento de grasa mientras me llegaba el chasquido de los tacones de mi madre, que me estaba preparando las cosas para el colegio. En esa época creía que las Poconos eran unas islas del Caribe. Después del colegio, mi hermano y yo calentábamos en el horno unas pizzas Ellios y hablábamos de las chicas guapas a las que nos gustaba ver masticar sándwiches y beber cartones de zumo con pajita. Todos los jueves por la noche las bolsas blancas de las hamburguesas de McDonald's, compradas desde el coche, se quedaban junto al fregadero, y todos los viernes por la noche, una caja grasienta de comida china del servicio de reparto a domicilio Wing-Wah. Fue en esa mesa donde le confesé a mi padre que me daban miedo las muñecas de porcelana, la mesa donde mi madre me confesó, después de tomarse una segunda taza de vino de ciruela Fu-Ki, que su padre era un cabrón y un gilipollas que se dedicaba a matar a palazos a los gatos callejeros cuando se le metían en el jardín.

Mi abuela murió en esa cocina, cerca de una tostadora llena de Pizza Bagels que aún no estaban hechos del todo, diez días después de que el gilipollas de su nieto, yo, le regalara por Navidad un vídeo de ejercicios de gimnasia titulado *Baila hasta que se te caigan los pantalones*.

Tenía la boca abierta y mierda en el pañal. La encontró mi madre.

Yo fui el primero en volver, dispuesto a ayudar, y me afectó menos la muerte de mi abuela (llevábamos años esperando esa muerte) que la nota que vi en la mesa en la que se me pedía que limpiara las migas y pasara la aspiradora por el cuarto de estar antes de que llegara mi hermano; su vuelo aterrizaba en el JFK y mi madre había ido a recogerlo. Esa nota me sacó de quicio, y mientras Chispas daba lametazos con su lengua rosa a los charcos marrones, me di la vuelta y lancé el vaso vacío contra la tostadora, lancé la tostadora contra el microondas, arranqué el microondas cogiéndolo del cable, luego entré en el salón mientras le daba vueltas por encima de la cabeza y lo estampé contra la estantería donde estaban los libros preferidos de mi madre: *Mujeres que aman demasiado*, *El poder del espíritu femenino*, *No es bueno ser tan buena*, *Hay que ser fuerte para sobrevivir*, *Si sufres, no es amor*, *Cómo amar a un egoísta...* No sé muy bien si los compró pensando en mí, o en mi hermano, o en mi padre, o en su padre, o en todos nosotros. Yo seguía dándole patadas al trasto cuando apareció Chispas con andares saltarines, se abalanzó sobre el microondas, le dio un mordisco al cable, movió la cabeza de un lado a otro y lo arrastró por toda la habitación. Estuvimos jugando a ver quién tiraba más fuerte del cable hasta que se puso boca arriba y me enseñó la tripa. Su vulnerabilidad hizo que algo dentro de mí anhelara causarle dolor.

Me pareció que lo más conveniente era marcharme a la calle.

Voy a describir las paredes porque no es nada complicado: eran blancas, y me hice una herida en el nudillo

del meñique de la mano derecha al darles puñetazos a algunas de ellas mientras cruzaba varias habitaciones y buscaba las llaves del coche. El no poder encontrarlas me frustró tanto que me lie a golpes con la puerta del baño, me alejé de ella medio cojo y amenacé alzando el puño a la estatua de escayola que representaba la cabeza de Beethoven, que estaba encima del piano que no habíamos llegado a saber tocar. Después de todo aquello encontré las llaves en el bolsillo de un abrigo que ya había revisado pero, no sé por qué, sin encontrarlas. Cogí el vídeo y me dirigí a la puerta de atrás, pero mientras me acercaba a ella vi que Chispas estaba agazapada y muerta de miedo debajo de la mesa de la cocina, temblando por el terror que yo le causaba. Me odié un poquito más, le di una loncha de queso de fábrica, le acaricié la cabeza y bajé los escalones traseros de tres en tres.

Al llegar abajo cogí un palo, levanté el brazo y le di vueltas porque me gustaba el sonido que hacía; luego lo lancé contra un árbol sin hojas, pero no le di. Abrí la puerta de mi coche (un Camry negro con el parachoques trasero rajado y una percha de alambre como antena), subí y la cerré a lo bestia. La manivela de la ventanilla se cayó. Al encender el motor, Justin Timberlake se puso a cantar *Cry Me a River* y me dieron ganas de darle un empujón para que se cayera desde lo alto de un rascacielos, como el hijo de Clapton, para contemplar desde muy lejos cómo se precipitaba, igual que las víctimas del 11-S.

En la avenida Woodlawn vi un buzón pintado como una vaca. En la avenida Idle Hour vi un buzón en forma de cisne. En la carretera Shore me dediqué a hacer operaciones matemáticas con los números de los buzones hasta llegar al 7-Eleven de la esquina de Vanderbilt con Mon-

tauk. Había un poste telefónico al que habían grapado dos carteles. En uno decía

¿NO TIENE USTED SEGURO MÉDICO?

DENTISTA ECONÓMICO

1-800-TODODIENTE

CARRETERA LINCOLN 1234

El otro era una invitación para asistir a una jornada de puertas abiertas en un templo mormón.

Me detuve en el 7-Eleven, pagué un café y unos pitillos, me senté en el bordillo, me fumé dos y le di vueltas al asunto. Iba a acudir a la jornada de puertas abiertas, a llamar a la puerta y saludar. Una vez dentro, pensaba darle a las drogas y al juego y mantener relaciones sexuales con una prostituta. Luego pensaba pronunciar una conferencia sobre la evolución, llevar a cabo un experimento científico (en el que iba a utilizar un mechero Bunsen), acusar a todos los presentes de imperialismo mental y luego matarlos. Pensaba golpear narices, sacar ojos y destrozar dientes de un guantazo. Pensaba caminar encima de las mesas, dar saltos y patear cabezas. Pensaba coger objetos corrientes de la sala y lanzarlos contra las caras, pellizcar los culos de las señoras y empujar a una persona bajita contra algo puntiagudo. Pensaba agacharme, esquivar a la gente, contrarrestar puñetazos, eludir embestidas, prender fuegos, insultar a niños y bigotes. Pensaba leer tres párrafos de la revista *Fishboy* y utilizar la página cincuenta y seis para rebanar varios pescuezos, patear varios estómagos y lavarme los dientes, partir varias espaldas y peinarme, romper varios cuellos y hacer divisiones largas. Pensaba envenenar a unas cuatro de aquellas personas.

Pensaba respirar a través de un tubo de buceo de color fluorescente (rosa, quizá) y dejar con vida a una mujer guapa para que me doblara la ropa. Si no lo hacía bien, pensaba morderle el blanco brazo. El mordisco parecería la marca de unos dientes en un vaso de café de poliestireno. Di otro sorbo.

Me levanté, encendí un tercer pitillo y tiré la cartera de cerillas, en llamas, al cubo de basura. Estuve observando desde el coche: humo negro, plástico fundido, vasos de granizado y envoltorios de caramelo chamuscados, perritos calientes a medio comer y llamaradas que se alzaron en volutas y que primero oscurecieron y después hicieron estallar la vidriera de tres por tres metros. Me sentí mejor, y solo eran las 14:32.

Salí del aparcamiento y me dirigí al este por la autopista Montauk; vi que los camiones de bomberos de West Sayville venían a toda leche en dirección contraria. Me fijé en cómo iban pasando desdibujados los postes telefónicos y un arbolito sin hojas. Pasé por delante de una gasolinera Exxon y de una Gulf y de una Texaco y de una Shell. El mundo está lleno de mierda y gasolina. Pasé por delante de un taller mecánico, de puestos de comida rápida, de centros de manicura y de pizzerías, de farmacias y de tiendas de ropa Old Navy. Pensé en el paisaje estadounidense y en darle un puñetazo en la cara a Morgan Fairchild.

Pasé por delante de la cabina telefónica para emergencias número 5-492.

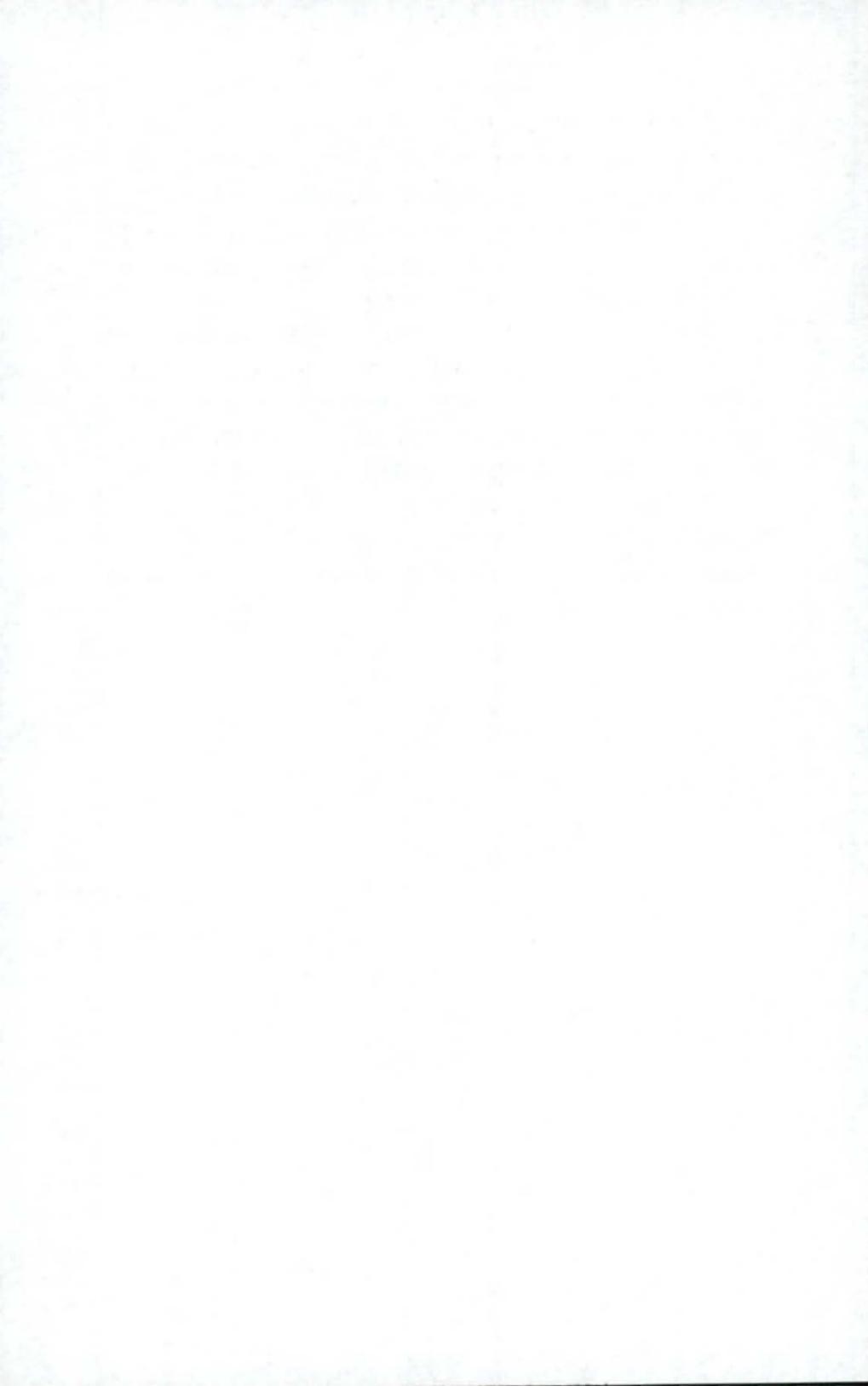
Pasé por delante de un banco.

Pasé por delante de un hombre que hacía autoestop.

La historia no termina conmigo en un bar, o conmigo en un bar y perdiendo una pelea a mamporros, o comi-

go en un bar y hablando con mi padre, o conmigo en un bar y enfadado, o conmigo en un bar y superborracho, o conmigo siendo expulsado de un bar por estar superborracho, aunque no me cabe la menor duda de que al menos alguna de esas cosas pasó después del funeral. Este relato termina en un Mr. Video.

Devolví *El guerrero americano 2* y metí una reluciente moneda de veinticinco centavos en la máquina de chicles gigantes con la esperanza de que me tocara uno verde, que equivale a un alquiler gratis. Si no me toca uno verde, los blancos también me gustan, porque no te decoloran los dientes. Me acordé de la dentadura postiza de mi abuela mientras oía cómo la bola de chicle bajaba dando vueltas y vueltas y vueltas y luego emitía un chasquido metálico. Amarilla.



## Hacer el bien

Yo tendría unos cinco o seis años cuando mi padre y yo pasamos un día por delante de la peluquería de caballeros Mario's y yo lo miré y quise darle la mano pero la mía era tan pequeña que con ella solo podía cogerle el pulgar, así que le solté una patada. A los ocho años le di una paliza a mi hermano porque se quitó el reloj y la correa le olía a ganchitos de queso. A los once maté una gaviota de una pedrada y a los doce unas cuantas más con una escopeta de aire comprimido de la marca Crosman. Me saqué el carné de conducir el día después de cumplir los dieciséis, y cuando mis padres me dejaban el coche, daba paseos y buscaba comadrejas y mapaches y cubos de basura para atropellarlos. Me expulsaron una temporada del instituto por pegarme con alguien. A los diecinueve me rompí la mano derecha al dar un golpe contra un pilar de madera que había detrás de las placas de yeso del estudio en que vivía, y a los veintiuno me rompí la misma mano al soltarle un guantazo en el oído a un mexicano chulito y de cara gorda. Había insultado a mi hermana en un bar y me había dicho que me fuera a tomar por culo cuando le pedí que se disculpara. Yo quería darle en la nariz pero iba borracho.

Después de forcejear unos segundos consiguió darme unos buenos tortazos y me abrió la ceja izquierda. No me importó, un dolor intenso es mejor que una molestia. Chocamos con unas cuantas personas y de repente empezaron a cruzar el aire sillas de plástico verde y botellas marrones y puñetazos y palabrotas. Dos tíos a los que nunca había visto le dieron una paliza tremenda y el mexicano acabó casi inconsciente en el suelo. Tenía la cabeza apoyada en la pared.

—Oye —le dije. Me miró a los ojos—. Tendrías que ser menos grosero con la gente.

Entonces (aunque solo dos veces) me abalancé sobre su cara.

Mi padre me recogió en comisaría y fuimos al Wharf y nos quedamos en silencio. Yo no he estudiado física, pero supongo que el silencio puede llenarse de botellas de cerveza Bud. Di un sorbo mientras pensaba en qué se estaría escondiendo tras sus ojos azules enrojecidos: decepción, orgullo, polvo... Parecían arcoíris de gasolina en los charcos de un aparcamiento. Había trozos arrancados de la etiqueta de mi cerveza por toda la barra de caoba. Confeti de nervios. Di otro trago.

Me habló de sus anécdotas de siempre: de sus peleas (dos cervezas), de su exnovia Babs Zarabinski (una cerveza), del tamaño de las manos de mi abuelo (media cerveza); me contó que en cierta ocasión, en un bar, se había vuelto hacia su amigo Georgie Rice y le había dicho «me encantaría morder a esa tía en el culo y que entonces me dé un trismo», y entonces Georgie Rice salió disparado al otro lado de la barra, se puso de rodillas y lo hizo (la otra media cerveza); que Georgie Rice ya ha muerto (un chupito de whisky). Me habló del accidente con la Harley,

cuando se quedó sin pierna (una cerveza); me contó que estuvo todo un año en el hospital de la Marina de Charleston escayolado de arriba abajo, que intentó suicidarse con una cantidad de analgésicos suficiente para tres semanas (un chupito de whisky). Me explicó que el cerebro percibe la extremidad amputada, que a veces uno nota un dolor o un picor donde no tiene nada, que puede mover los dedos que le faltan.

Mi padre pidió otras dos cervezas y las cosas empezaron a fundirse entre sí, como si se hubiera producido un racionamiento de los signos de puntuación. Las palabras y el tiempo desaparecieron. Impulsadas por la mano del camarero, las dos botellas se deslizaron por la barra y quedaron a dos centímetros de nosotros. Mi padre alargó un billete de diez dólares pero el camarero se puso a mirar algo que había por detrás, se dirigió corriendo al fondo del bar y salió. Un tío bajito que me recordaba una tostada Melba le lanzó un swing a otro tío más alto

cristales rotos.

me pareció que a lo mejor

me equivocaba.

un pitillo y

las arrugas de la cara de mi padre.

líneas diagonales en una tela vaquera

un tupelo en la acera,

buzón 3

subir tres escalones

puerta.

pomo.

Me despertó el sonido de unos cristales rotos y le oí murmurar algo. Eran las 7:03. Cerré los ojos y los abrí a las 7:16. Fui a ver si estaba bien.

-Iba a ir al baño y resulta que se ha caído el espejo.

-¿El grande de al lado de la puerta?

-Sí.

Preparé café. Nos lo tomamos en silencio, excepto por las cucharas, una golondrina, el zumbido de la cocina. Él tenía trabajo y quería salir antes de que hubiera tráfico, así que lo acompañé al coche. Llovía.

Subió al vehículo mientras sonaba el din din de la puerta abierta, mientras chirriaban los vasos de poliestireno, mientras crujían las bolsas de papel marrón con manchas de grasa en las que llevaba los sándwiches de bacon, huevo y queso de la tienda. Salió marcha atrás y se alejó. Me quedé observándolo hasta que dobló la esquina, y después bajé la mirada y me fijé en el sitio donde había tenido aparcado el coche. Unas gotas de lluvia formaban ondas en un charco de anticongelante.

## Supermercados

Soy un hombre, para darse cuenta de eso basta con mirarme. Llevo patillas. Las patillas que llevo son de esas que se ven incluso cuando estoy enfrente de la otra persona: tienen volumen. Además soy blanco y de pelo castaño, no blanco de pelo rubio o negro de pelo negro, así que se crea un fuerte contraste. Y encima estaba contemplando los guisantes no del todo verdes de la ensalada de lazos de pasta, a lo mejor eran alcacarras, que había detrás del mostrador de cristal, que quedaba por debajo y a la izquierda de donde yo estaba, por lo que estoy seguro de que mi patilla derecha estaba completamente al alcance de la vista de la dependienta de la sección de comida para llevar. Cuando por fin alzó la mirada, sin dejar de lavar un enorme cuenco de metal brillante, y me vio después de que yo llevara un rato esperando para pedir mi sándwich preferido (el toscano, es italiano), cerró el grifo y gritó:

—¡Vaness! ¡Vanessa! ¡Ven al mostrador a atender a esta señora!

En un principio pensé que hablaba de otra persona, pero no era el caso: miré a izquierda y derecha. Luego acabé yendóme.

Mientras volvía a casa cometí el error de cogerle el te-

léfono a mi hermana cuando me llamó, y después el error de contarle lo que acababa de pasarme. Soltó tales carcajadas que le entró un ataque de tos, y luego mencionó la ocasión aquella que fuimos juntos a ShopRite porque a Chispas había que comprarle otra comida para perros, porque mis padres le habían estado dando una cosa con sabor a hamburguesa con queso que la había hecho engordar tanto que parecía una cría de foca. No hablo en broma. Cuando se sentaba las patas de atrás le desaparecían bajo un flotador de grasa. Estábamos en la cola para pagar una comida de régimen y de calidad cuando una señora se me acercó y me dijo «hola, perdón, pero quería preguntarle una cosa... ¿Está usted emparentada con Nance Panetieri, que vive en Biltmore? Es que se parecen tanto que... ¡madre mía!». Y a continuación me pasó los dedos por delante de la cara como si acabara de hacer un truco de magia y me hubiera sacado algo de la nariz. «¡Es que no me lo puedo creer!» Entonces resopló para darle más dramatismo a sus palabras y me miró con los ojos muy abiertos mientras esperaba mi respuesta, que fue que no, que no estaba emparentado con ella. Cuando mi hermana terminó de rememorar aquel incidente en voz alta, le dije que no era muy simpática y que seguramente era bollera, a lo que ella respondió que por lo menos ella no tenía aspecto de lesbiana, y entonces colgó.

Aunque desde mi apartamento quedaba un par de kilómetros más lejos, empecé a hacer la compra en otro supermercado, uno de la cadena Pathmark, que era un pelín más caro pero que parecía más limpio y estaba mejor iluminado. Fue todo muy bien durante una temporada,

hasta que un día pasé por el sitio donde estaban las sopas. Retrocedí un paso y miré el estante de arriba de las sopas y el estante de abajo de las sopas, levanté la vista y miré también los tubos fluorescentes y el techo, di una vuelta sobre mí mismo y me di cuenta de que en realidad estaba en un almacén lleno de comida y me entró una sensación de agobio tremenda. Me pasa lo mismo en las bibliotecas y cuando consulto el menú de ciertos restaurantes griegos de Long Island. Como hay tantas cosas entre las que elegir, ninguna de ellas destaca frente a las otras, y en un abrir y cerrar de ojos la camarera viene por segunda vez y yo sigo sin saber lo que quiero porque he estado pensando en bisontes, en congeladores industriales o cualquier otra cosa y soy incapaz de tomar una decisión, así que contesto que no quiero nada, gracias, lo siento, y me meto en el coche y respiro profundamente y agarro muy fuerte el volante.

Bueno, pues ahí estaba yo, pensando que tenía que salir por patas de ese sitio, así que me dirigí a la salida a toda leche. Ya había cruzado la mitad del aparcamiento y oía tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo izquierdo, cuando alguien me gritó:

—¡Oye! ¡Tú! ¿Vas a pagar esa chocolatina?

Me volví y vi a un tío rubio vestido con un chaleco azul que venía derecho a mí. Cuando los adultos son rubios y tíos (cuando son tíos rubios adultos), no sé muy bien por qué pero me cuesta que no me irriten. Me pasa lo mismo con la gente que hace footing sin moverse del sitio en las esquinas de las calles y con los hombres asiáticos musculosos. Las mujeres rubias no me irritan, ni tampoco los niños rubios. Pero nueve de cada diez hombres rubios adultos sí, porque creo que es un rasgo que ya tendrían que

haber superado. Por eso, cuando lo vi, algo se me hundió dentro del pecho, y me lo señalé con el dedo índice.

-¿Yo?

-¡Sí! ¡Tú! ¿Sueles robar chocolatinas?

-Pues no -contesté.

-Entonces ¿por qué has robado esa chocolatina?

-Yo no he robado ninguna chocolatina.

-Ya, y entonces ¿por qué uno de mis empleados acaba de contarme que te ha visto hacerlo?

Dije que lo más probable era que fuese una persona mayor y que tuviese problemas de vista. Aquello no debió de parecerle del todo descabellado porque se quedó mirándome con los ojos entrecerrados durante unos instantes mientras reflexionaba sobre lo que le había respondido. Luego dijo:

-Va a ser que no, chaval.

-Tengo treinta años.

-Ah, ¿sí? Pues pareces más joven.

-¡Gracias!

En ese momento un coche que me pareció que era un Toyota Camry (aunque casi todos los coches me parece que son un Toyota Camry) empezó a avanzar lentamente hacia nosotros con su aspecto de Toyota Camry y bordeando la hilera de coches aparcados, y los dos nos quedamos mirándolo.

-A ver qué llevas en los bolsillos -dijo el tío rubio, sin dejar de echarle algunos vistazos al vehículo que avanzaba lentamente.

-Vale -dije yo, mientras me fijaba en el coche que avanzaba lentamente.

Entonces los dos nos quedamos con la vista clavada en el vehículo, y después de lo que pareció un rato lar-

guísimo, y que incluso pudo llegar a ser un rato larguísimo, el coche llegó al fin a donde estábamos y se detuvo a nuestro lado. La ventanilla del lado del copiloto bajó; el tío rubio del chaleco azul y yo nos agachamos para ver el interior, en el que una señora que no era fea del todo, y que llevaba el pelo recogido en un moño a la altura de la coronilla, se estaba inclinando y nos decía hola.

-Hola -contesté-. ¿Qué tal?

-Buenas tardes, señora -dijo el tío rubio.

-¿Alguno de ustedes podría indicarme dónde está la Legumbre Azul? -preguntó la mujer.

-Desde luego -respondió el tío rubio-. Me encanta ese sitio. Si es la primera vez que va, le recomiendo que pida los tallarines de algas y miso con tempeh y setas shiitake.

-¡Uy! -exclamó ella-. Eso tiene pinta de estar buenísimo.

-Pues no lo está -dije yo-. Tiene una pinta asquerosa.

-Es realmente extraordinario -aseguró el tipo rubio-.

Pero pidas lo que pidas, que sea con parmesano de nuez de Brasil. Hazme caso.

Entonces pasó a indicarle con todo lujo de detalles cómo llegar antes de que la mujer le diera las gracias y subiera la ventanilla. Luego ella empezó a dirigirse lentamente a la salida del aparcamiento; encendió el intermitente izquierdo, estuvo sin moverse un rato que pareció larguísimo pese a que no venía ningún coche, y después giró a la derecha.

Me vacié los bolsillos. Del bolsillo delantero izquierdo salieron monedas, del delantero izquierdo salieron billetes, del posterior derecho salió mi cartera y del posterior izquierdo la barrita de 3 Musketeers que había robado. Se

la di, me dijo que no volviera nunca, le dije que lo sentía y le aseguré que no lo haría.

A lo largo de los meses siguientes estuve probando varios supermercados y mercados normales y cooperativas de agricultura ecológica y tiendas de barrio, y durante ese tiempo me sucedieron las siguientes cosas:

- Nada más aparcar, me estaba dirigiendo a la entrada de un Waldbaums cuando una bolsa de plástico que había dentro de un carrito de la compra, por lo demás vacío, empezó a flotar y luego a elevarse por los aires. Sin detenerme ni aflojar el paso ni modificar en absoluto mi trayectoria, la bolsa y yo nos intersecamos, fuimos dos vectores que convergían en el mismo punto en el mismo momento, como si aquello se hubiera planeado y ejecutado a la perfección. Me bastó con alzar la mano izquierda; la bolsa se posó sobre ella, y yo seguí avanzando en dirección al supermercado, donde la dejé en una caja colocada en un lugar muy práctico y en la que se leía la siguiente inscripción: CONTENEDOR DE RECICLAJE PARA BOLSAS DE LA COMPRA.
- Mientras estaba sentado en el bordillo de la acera y me comía una bola de arroz delante de una cooperativa de comida ecológica, un tío que llevaba demasiados accesorios encima se me acercó y me preguntó si tenía cambio. Le dije «colega, me estoy comiendo una bola de arroz». Él contestó «vale. ¿Me puedo sentar aquí?». «Haz lo que te dé la gana», le solté, con ganas de que se le pasaran las ganas de sentarse. Se sentó y me preguntó de dónde era. «Oakdale –respondí–, una mierda de sitio cerca de la

playa, por el sur», y luego le di otro bocado a la bola de arroz. Después de masticarlo, de tragármelo y de llevar a cabo una inspección más minuciosa de su sombrero, su pañuelo de colores, sus joyas y su olor, hubo un silencio lo bastante largo para que me resultara molesto, así que cedí y le pregunté de dónde era. «De ningún sitio», contestó. «Bueno, pero ¿dónde naciste?», dije. «En un avión», contestó; después se levantó y se marchó.

- Alguien (no sé quién) se comió media manzana y luego intentó esconderla bajo una bolsa de chocolate de repostería.
- En la cola de la caja registradora, delante de mí, había un niño de meses que me miraba fijamente y me enseñaba las encías, así que le hice una mueca y le dije adiós con la mano como hacen los bebés. Él soltó unas risitas, así que le hice más muecas y volví a decirle adiós con la mano; la madre me miró y me sonrió; yo también le sonreí, como si le estuviera aclarando: «No se preocupe, no lo voy a matar ni nada por el estilo. Soy buena gente». El niño siguió sonriendo y enseñándome todas las encías y yo me quedé sin saber qué hacer, no conozco otra forma de relacionarme con un bebé que no sea hacer una mueca o decir adiós con la mano, pero me pareció que algo tenía que hacer, y dije «hola, niño. ¿Vienes mucho por aquí?». Y a continuación le guiñé un ojo y le hice un chasquido. El niño dejó de sonreír y ladeó la cabeza como un perrito, y advertí que la madre estaba atravesándome con la mirada de tal forma que me dio vergüenza, así que fingí que se me habían olvidado las pilas y salí de la cola.
- Mujer gorda número 1: «Hay que ver... ¿Quién coño está dispuesto a gastarse siete dólares en una bolsa de golosinas?».

- Mujer gorda número 2: «¿Cómo es de grande la bolsa?».
- Una niña mexicana de unos cinco o seis años estaba llorando cerca de la zona de los zumos de naranja. Al ver que allí no había nadie más, supuse que había perdido a sus padres, o que sus padres la habían perdido a ella. En cualquier caso, la estuve observando un rato mientras pensaba qué hacer, llegué a la conclusión de que si me ponía a hablar con ella quedaría muy raro, y no hice nada aparte de coger los cereales.
- Delante de una sucursal de la cadena ecológica Whole Foods accedí a participar en un montón de recogidas de firmas, tantas que no me acuerdo de todas, pero sí recuerdo que las hubo sobre la guerra, la tortura, el genocidio, el cáncer que suele afectar a los hombres y el que afecta a las mujeres, el cáncer en general, los derechos de los homosexuales, los derechos de las mujeres, los derechos de los presos, los derechos de los veteranos de guerra, el sida, Guantánamo es malo, la investigación con células madre, un albergue para niños sin hogar, el autismo, Nueva Orleans, la educación, el agua que bebemos y un chaval negro al que le hacía falta pasta para ir a una competición de atletismo en Kansas. Colaboré en todo lo que pude.
- En un supermercado Trader Joe's anunciaron por megafonía «Jennifer, ya están aquí los plátanos».

Al final acabé por cansarme de andar de un lado a otro, y un día que ya no me quedó más remedio volví al King Kullen en el que la dependienta de la comida para llevar me había confundido con una mujer. Cogí lo que me hacía falta y después terminé haciendo cola y leyendo el número de la revista *TIME* dedicado a los cien personajes más influyentes mientras esperaba a que una señora ter-

minase de pagar un tarro de salsa ragú; le estaba costando que le funcionase el chisme ese, el datáfono, para tarjetas de débito y crédito, y se disculpó por estar tardando tanto. Hice un ademán de despreocupación. «No pasa nada –dije–, no hay prisa», y seguí leyendo un reportaje sobre una estrella de pop coreana que se llama Rain y que, por lo visto, tiene un cuerpo de escándalo, baila superbien, lleva chalecos y es influyente. Cuando lo terminé pasé la página y me encontré con lo siguiente: «Hay hombres guapos que son como pulseras de diamantes». Le di vueltas a esa frase, analizándola desde todos los puntos de vista, y casi enseguida desistí de resolverla. Lo que hice fue cerrar la revista y volver a dejarla con cuidado en el estante correspondiente mientras la cajera iba pasando mis artículos por el lector óptico.

Mis artículos: comida para gatos, compota de manzana, antiácidos Tums Smooth Dissolve y huevos.

El total ascendía a dieciséis o diecisiete dólares y algunas monedillas. No llevaba efectivo, y la tarjeta que pensaba utilizar no estaba en la cartera. Me entró cierto pánico, rebusqué en los cuatro bolsillos de los pantalones, delantero derecho, delantero izquierdo, posterior derecho, posterior izquierdo, volví a registrar la cartera, intenté pasar otra tarjeta que sabía que no iba a servir, dos veces. Ellie, según ponía en la chapa identificativa de la cajera, me miró con los brazos cruzados. Sin saber cómo reaccionar, exageré mi sensación de desconcierto y aseguré que aquello era raro, rarísimo, porque estaba seguro de que tenía dinero en esa cuenta. «No entiendo nada», declaré con gran convencimiento. Entonces puse cara de resignación mientras miraba al suelo y me dirigí a la salida.

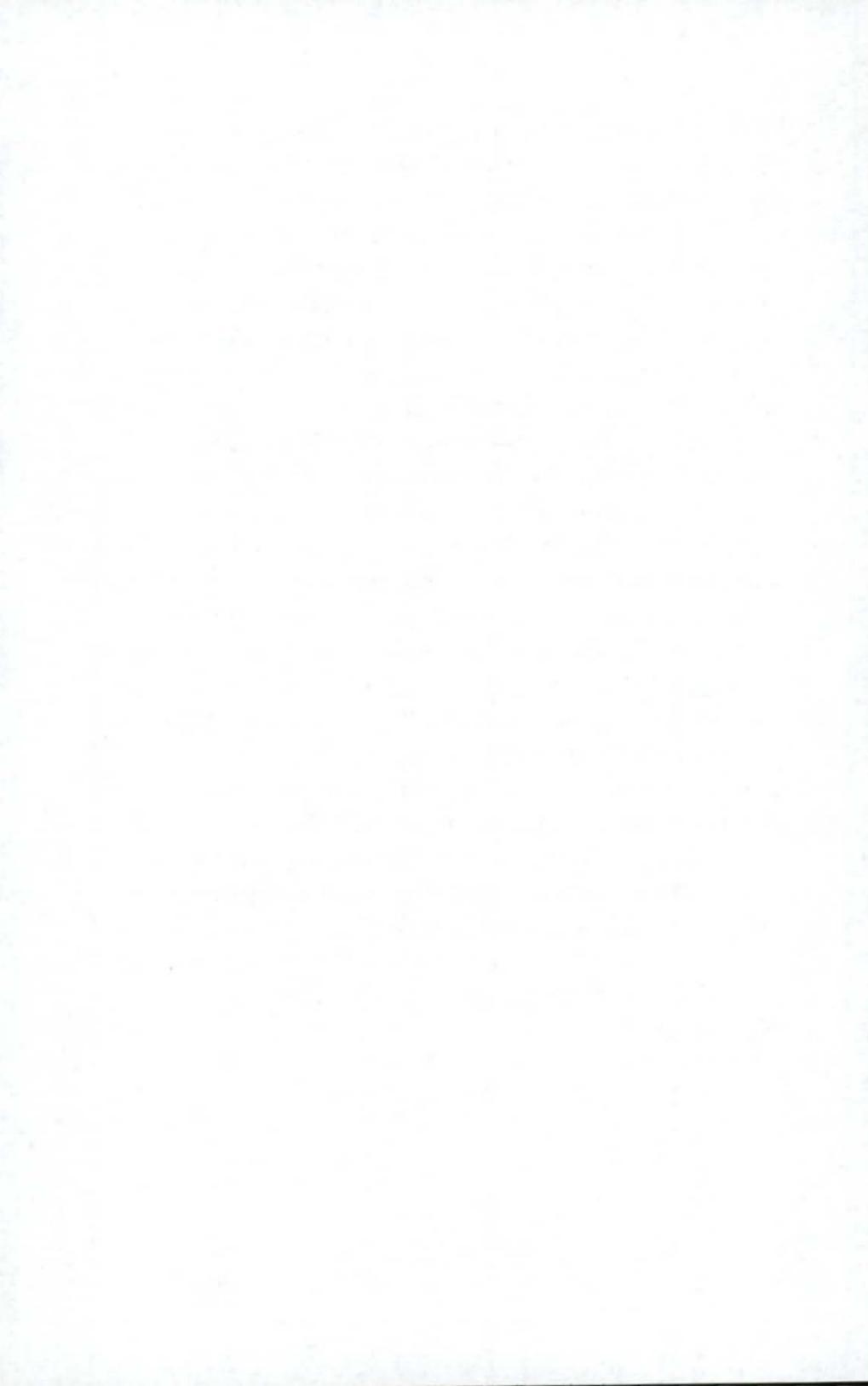
Apenas había dado unos pasos cuando Ellie dijo «en ese caso, ¿por qué no lo intenta en el cajero de ahí?», y señaló el cajero de ahí, que estaba junto a las máquinas de bolas de chicle en las que también te salen pegatinas plateadas en las que pone CARIÑITO y chorraditas de éas. Tosí y noté un gusto a hierro.

El motivo por el que Ellie no dejó que me fuera sin más, que pudiera desentenderme de la situación, no sé cuál fue; a lo mejor me había creído, aunque no me lo parece. Seguramente lo que de verdad quería saber era si yo me creía a mí mismo, y no era así. De todas formas, me acerqué al cajero sin esperar nada en absoluto.

Metí la tarjeta en el cajero, elegí como idioma el inglés y marqué el PIN, ocho, ocho, siete, seis, es decir, las letras TUPN del teclado, la abreviatura de TU PIN. Después de que tanto yo como la cámara enana y redondeada comprobáramos que no, que no me quedaba dinero en ninguna de mis cuentas, me quedé mirando la máquina de bolas de chicle de la que también salían pulseras mágicas de la suerte y después volví la cabeza. Ellie seguía observándome y esperaba. Le dediqué una sonrisa falsa y ella me dedicó otra sonrisa falsa; me puse a registrar la cartera otra vez, por si acaso encontraba la tarjeta de crédito, pero lo que saqué fue la factura de unos artículos que había comprado en Ben Franklin, una tienda de manu-alidades que es una mierda y a la que acostumbro a ir con mi madre, pero que no recordaba haber comprado. Le estaba dando vueltas a esa cuestión cuando un vigilante de seguridad muy corpulento se me acercó y se quedó a mi lado, con la espalda apoyada en el enorme estante donde están el carbón, el alcohol de quemar y los leños falsos.

Tenía pinta de proceder de Europa del Este: imbécil,

blanco y duradero; tras colgar los pulgares del cinturón se puso a mirar al frente. Giré la cabeza para ver qué miraba, que yo diría que era el expositor de productos de la marca Pasta Roni. Empecé a rebuscar otra vez en la cartera, y acababa de encontrar un mondadientes sucio cuando me dijo «¿ha acabado usted con el cajero?», y yo contesté «creo que sí. ¿Por?». Entonces él dijo «quiero utilizarlo». «Ah, lo siento», dije yo mientras me apartaba, en el preciso instante en que recordaba que me había dejado la tarjeta de crédito que buscaba en el escritorio, después de haber comprado un guante de cetrería por internet una de esas noches que no te duermes por muchas pastillas que te hayas metido. Entonces el vigilante de seguridad me soltó «aléjese un poco más, por favor». Y cuando lo miré, él me devolvió la mirada, y se llevó la mano a la pistola, y sacó la pistola, y me apuntó a los pies con ella, después a la cabeza, después al pecho, luego la movió para indicarme que me marchara. Intenté buscar algo con la mirada, o quizá a alguien, a quien fuera, no sé, y lo que vi fueron hileras de gente que hacía cola para pagar artículos como queso y champú y galletas y zumo. Y en medio de todo aquello estaba Ellie, que seguía observándome con las cejas medio enarcadas en un gesto de alarma, con una expresión en la cara completamente desprovista de cualquier matiz de inevitabilidad, como si no hubieran sucedido ya infinitas variaciones de aquel incidente infinitas veces.



## Cada uno, su turno

En el exterior, en el aparcamiento de gravilla y hierbajos, cerca de un tronco que te indica que no sigas avanzando porque si no te caes con el coche a la bahía, dije «Donny, Donny, Donny, despierta. Despierta, Donny. Donny, despierta. Donny, Donny, Donny, que eres cartero...», y luego le di una patadita, pequeña, en las costillas. No se despertó.

Ya lo había visto antes, delante de la barra, con la cabeza agachada para llegar a la copa, los ojos medio cerrados, y luego dejé de verlo, y luego lo vi otra vez mientras iba al baño de caballeros. Se estaba marchando, limpiándose la barbillia con la brillante manga de la camisa, justo después de vomitar en el lavabo y alrededor del lavabo y en el suelo, y algunos raviolis estaban todavía enteros, como si no los hubiera masticado. En aquel momento no se me ocurrió qué decir al respecto, me limité a mirar el desastre y a despreciarlo con una especie de resentimiento perezoso, luego entré en el cubículo al que menos llegaba el olor. Después de perseguir un trozo de papel higiénico con el chorro de pis por toda la taza del inodoro, tiré de la cadena con el pie izquierdo, y cuando volví a mi sitio en la barra, Donny se había ido.

Me pasé las dos horas siguientes viendo cómo los billetes de veinte se me convertían en un amasijo de billetes de cinco y de diez y de un dólar y de monedas de veinticinco centavos. También le iba diciendo que sí con la cabeza, de vez en cuando, a un tío que tenía una cabeza que parecía de porcelana y que me estaba contando la última pelea que había tenido con su novia. Según su relato, habían cogido el tren de Nueva York y pensaban ir al zoo del Bronx porque a ella le gustan los orangutanes. Pero antes de llegar entraron en una pizzería. Ella pidió un trozo de pizza margarita, mientras que él pidió una torta de carne, que yo nunca había probado pero que, por lo que decía, era una especie de empanadilla rellena de ternera y especias. Me contó que es de Jamaica y que está buenísima, y quiso que ella la probara, pero a ella no le apetecía. Él le dijo venga, pruébala, solo un mordisquito. Pero ella dijo que no, gracias, y él le preguntó que por qué no, y ella respondió porque no quiero. Él dijo que no lo entendía, que la probara, y ella contestó que no, de verdad, no quiero. El tipo se empeñó y le rogó que la probara, cómo no iba a probarla, en serio, tienes que probarla, solo un mordisquito, tienes que probar esto. Te lo ruego. Pero ella se negó y él le dijo que si no la probaba él no iba al zoo de los cojones, y ella se echó a llorar. Evidentemente, al principio le supo fatal que se echara a llorar, pero luego le dio igual. En todo caso le pidió perdón, un montón de veces, pero ella estaba muy disgustada y no dejaba de llorar, así que él se le acercó y le rogó en voz baja que no llorara, por favor, no llores, la gente está mirando. Ella le soltó un «¡me da igual que la gente esté mirando!». Y como no sabía qué otra cosa hacer, estuvo un rato mirándola llorar, luego bajó la vista, se fijó en el trozo a medio comer de

pizza margarita de la chica, le pareció que tenía una pintada un poco grasienta y le sorprendió lo pequeña que era la marca de los dientes y, por lo que fuera, eso lo excitó y notó cierto movimiento en la polla, pero luego le dijo que era una gilipollas y le recordó una vez que ella había dicho que no le gustaba el guacamole porque llevaba demasiadas especias.

Cuando llegó a este punto se detuvo y me miró, cosa que no había hecho hasta el momento, y me preguntó:

—¿Soy yo quien se equivoca? O sea, ¿es verdad que el guacamole lleva muchas especias?

Yo reflexioné un poco y luego le dije que el guacamole, si se hace bien, no lleva demasiadas especias, no lo creo. Él se llevó tal alegría al ver sus sospechas confirmadas que me pagó la siguiente copa. Después desapareció de mi lado. No sé adónde fue.

No mucho después de eso me fijé en una mujer que iba vestida con demasiada elegancia para el bar en el que estábamos y que se había sentado sola en una mesa, dándole la espalda a la chimenea apagada. Daba la impresión de que podía tener entre veintimuchos y cuarentaipocos, y mientras yo seguía pasando revista a todos sus atractivos, un tío gordo que calzaba unos náuticos y que tenía un puro apagado en la boca se acercó y se sentó a su lado. Saltaba a la vista que estaban casados, y estuve observándolos mientras hablaban en voz baja de no sé qué, y no sé de qué hablaban pero yo seguí fijándome en ellos durante un rato hasta que se me pasó por la cabeza que seguramente tenían hijos, seguramente dos. Entonces me estuve imaginando a sus hijos un rato, los nombres y la edad e incluso los pantalones con peto de OshKosh B'gosh, y lo pensé de verdad, súper en serio, cuando deseé

que se lo estuvieran pasando bien con la canguro. Y entonces supe que había bebido demasiado y que me convenía irme de inmediato.

Pero no me fui de inmediato. Primero estuve mirando fijamente a la pareja hasta que me devolvieron la mirada y, sin apartar la mía ni un segundo, me metí un puñado de frutos secos de bar en la boca, los mastiqueé con brío y me los tragué. Luego, como un niño enfermo que le enseña a su madre que sí, que se ha tragado la medicina, abrí la boca todo lo que pude y saqué la lengua («¿Ves? ¡No queda nada!») y levanté las cejas como diciendo «ahora os toca a vosotros, gilipollas». Entonces me fui.

No había vuelto a acordarme de Donny en absoluto hasta que, al dirigirme al coche, lo vi ahí tirado, bocabajo, al lado del tronco. Al principio no supe qué era y, cuando lo distinguí, no supe quién era. Me acerqué poco a poco a él igual que cuando me encuentro con un conejo salvaje, y me quedé sin moverme, contemplándole el pelo. Acabé averiguando que respiraba.

No supe qué hacer, y me planteé dejarlo ahí. Llevábamos desde la primaria sin ser amigos, desde que, sin ningún motivo aparente, me había dado un puñetazo en la sien durante un examen de matemáticas. La verdad es que suelen recordarlo como el chaval que le daba puñetazos a la gente sin ningún motivo aparente, y también como el chaval que siempre la cagaba cuando había que bailar una danza regional. Después de que me pegara nuestra comunicación prácticamente quedó interrumpida hasta el undécimo curso, y cuando se reanudó básicamente nos limitábamos a levantar la barbilla y decirnos hola cuando nos cruzábamos. Cuando nos cruzábamos en un bar, levantábamos la barbilla y nos decíamos hola.

A veces, si por casualidad yo estaba en la calle mientras él repartía el correo, lo saludaba con la mano.

La segunda patada se la di más fuerte, y él, sin mirar, empezó a palpar el suelo con la mano izquierda, descubrió mi zapatilla derecha, fue tocando los cordones y me deshizo el nudo. Ese gesto me inspiró un extraño cariño. Que se resistiera a comportarse a pesar de su vulnerabilidad.

—Vamos, que te llevo a casa —le dije.

Él se dio la vuelta, se quedó boca arriba, me miró con los ojos entrecerrados, un poco como Joe Cocker cuando le da un ataque en el escenario, y contestó:

—No.

—Donny. Tienes que descansar como un buen cartero en tu cama de cartero.

—Eres un cabronazo que te cagas. Un hijo de puta como no hay otro.

—Es posible —dije, y contemplé la bahía y me fijé en que la luna proyectaba esos reflejos suyos en el agua. Luego me senté en el tronco, encendí un pitillo y pensé en cuáles eran las opciones que se me presentaban. Después de varias caladas le di un golpecito en el hombro—. Vamos, que te llevo a casa, Donny —le dije—. Deja que te ayude.

—Vale —dijo.

Le agarré el brazo con la mano izquierda y la axila con la derecha, lo ayudé a levantarse y lo metí en mi destirado Camry, un coche que había heredado de mi madre y que había odiado durante años. Después de que ella muriera pasé a odiarlo solo a medias. En la radio no se cogía más que la WBAB, una emisora de música ligera que a ella le gustaba pero a mí no, y cuando la puse un hombre es-

taba cantando algo insopportable sobre el amor, así que la apagué.

Avanzamos en silencio durante un rato; justo después de cruzar el puente Snapper Inn le empezaron a entrar arcadas, así que puse el intermitente y detuve el coche. Le costó quitarse el cinturón de seguridad y luego abrir la puerta, pero acabó consiguiendo hacer las dos cosas, salió del vehículo y se desplomó, a continuación se dirigió a cuatro patas hacia la estrecha franja de marisma de agua salada que aún quedaba después de que construyeran unas casas gigantescas que tenían bombas de sumidero en los sótanos siempre húmedos. Salí yo también y me apoyé en el capó; una farola que zumbaba en la misma carretera se apagó. A veces creo que lo hacen especialmente para mí, eso de apagarse cuando me acerco.

Alcé la vista y miré las estrellas mientras Donny vomitaba y escupía, respiraba y escupía, una y otra vez, hasta que paró. Después empezó de nuevo y yo estuve escuchando de nuevo, y cuando dio la impresión de que había terminado, me acerqué y le pregunté si estaba bien.

—No te preocupes —dijo—. Estoy genial.

Entonces la farola soltó un chasquido y volvió a zumbar y vi unos hilos de vómito de color naranja que le colgaban de la boca y la nariz. Yo señalé las espadañas y luego bajé la mano hasta apuntar a lo que podía ser una hiedra venenosa y le dije que se limpiara la cara con las hojas. Se la limpió con la manga brillante.

—Deberías haber usado las espadañas.

—¿Las espadañas?

—Sí, hombre —dijo—. Esa mariconada de planta.

Me dijo que le tenía muchísimo miedo a su hermano.

—Seguro que está despierto esperándome, tío. Una vez

que volví a casa a esta hora me dio un cabezazo y me partió la nariz. Es superfuerte. Solo tiene trece años, pero ya parece un hombre.

-A todo el mundo le da miedo algo.

Me di la vuelta, rodeé el coche, subí, encendí el motor, me fijé en Donny, que se había quedado meciéndose en la brisa que apenas había, me fijé en las espadañas que se mecían detrás de él en la brisa que apenas había, bajé la ventanilla del copiloto con el botón del lado del conductor.

-¿Vas a subir?

-No.

-Sube -dije.

-No.

-Coño, sube al coche, Donny.

Respondió que no por tercera vez y empezó a gruñirme, el muy imbécil. Le pedí que dejara de gruñir pero siguió así un rato; después subió al coche pero se negó a abrocharse el cinturón. Le dije de acuerdo, estúpido, como quieras, y puse el intermitente y entré en la carretera. Cuando estaba a punto de pisar el acelerador, se inclinó y encendió la radio. Otro hombre estaba cantando una cosa insoportable sobre el amor, y cuando extendí el brazo para apagarla Donny me soltó un puñetazo en toda la sien. La cabeza me rebotó contra la ventanilla del lado del conductor y lo vi todo blanco, como si me hubieran encendido un proyector blanco en el cerebro. Noté que me caía hacia delante, que la mano izquierda agarraba con menos fuerza el volante, que el pie derecho apretaba menos el acelerador. Oí cosas posibles e imposibles: que bajaban las revoluciones del motor, que el susurro de los neumáticos en la carretera sonaba más flojo, que

Donny respiraba, que yo respiraba, que la hierba respiraba, que los grillos emitían ruidos de grillos en medio de la noche, como diciendo «gri-gri-grillo, gri-gri-grillo...», que una brisa levísima mecía las espadañas y los sauces cenicientos. Oí que la voz de mi madre decía mi nombre, solo una vez, pero esa palabra no desapareció inmediatamente, siguió suspendida en el éter que me rodeaba antes de desvanecerse. Luego ya ni oí ni pensé, ni sentí nada de nada, todo estaba negro y en silencio, como antes de que nazcas.

Después, no sé cuándo, así como de repente, recobré la conciencia. Supe antes de abrir los ojos que estaba en el asiento del copiloto de mi coche, que estaba aparcado delante de mi casa, y que la mano que tenía en el hombro era la de Donny, que me zarandeaba levemente mientras decía:

—Despierta, Alby. Alby. Alby. Alby, despierta.



## Área de servicio

Me quedé unos cuantos meses después de que mi hermano y mi hermana abandonaran la nave; en teoría para vigilar un poco a mi padre, pero en realidad porque no me veía capaz de hacer gran cosa aparte de andar por ahí tirado mientras me imaginaba qué aspecto tendría el cadáver de mi madre al pudrirse en una caja muy cara bajo tierra; también porque mi padre tenía una tele muy grande; y una mañana de domingo bajé al piso inferior y me lo encontré frente a la mesa de la cocina, mirando un crucigrama a través de unas gafas de ver de cerca torcidas, a las que les faltaba una varilla y que tenía apoyadas en la punta de la nariz. Delante de él había seis o siete latas de Bud aplastadas, otra sin aplastar, una bolsa de galletas de avena, y por todo el lado izquierdo de la cara tenía una costra gigante, que todavía le sangraba en algunos puntos.

—Buenos días, papá —dije mientras llenaba el hervidor de agua.

—Buenos días —contestó.

El fogón emitió tres chasquidos antes de encenderse, como siempre; fui a sacar una taza de café del armario de las tazas de café y me apoyé en la encimera.

—El rey del pan —dijo—. Tres letras. La tercera es una e. Pensé un rato en el pan.

—No sé —contesté, porque no lo sabía; luego me acerqué a él, luego observé el crucigrama desde detrás, luego otra vez su cara, que seguía sangrando—. Ni idea.

Me di la vuelta y me fijé, al otro lado de la ventana, en dos ardillas encaramadas a un comedero para pájaros hecho de madera; no había semillas, en el comedero, hacía años que no las había. Estaban mordisqueando el tejado de madera.

—Deberíamos comprar semillas para pájaros —dije—. Para las ardillas.

—Trompetista oriundo de Tijuana llamado Herb. Seis letras. La cuarta es una e.

—Ah, pues a lo mejor podrías poner «güey» con varias es, así te encaja.

—Hay que poner el apellido.

—Ívoro. Herb Ívoro.

Mi padre negó con la cabeza.

—Qué tonto eres.

Cuando el agua empezó a hervir la eché en la taza de café, metí una bolsita de té, observé la nube marrón que se formaba y me dirigí a la nevera a coger la leche.

—Mae y Nathaniel, cuatro letras.

—West —contesté—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Que me he caído de la bici.

Como explicación resultaba satisfactoria. Estábamos en verano, la temporada de festivales en Long Island (el Festival de la Langosta, el Festival de la Almeja, el Festival de la Ostra, no sé qué asamblea de indios y una exposición de barcos antiguos), y para no coger el coche borracho, mi padre se había acostumbrado a ir a algunos

de esos actos en la bici de mi hermano; una vez allí bebía hasta que le pedían que se marchase o lo obligaban a hacerlo, y entonces intentaba volver a casa dándoles a los pedales.

-¿Es eso lo que vas a desayunar?

Me lanzó una mirada rara, se metió una galleta entera en la boca y empezó a masticarla de una forma con la que creo que aspiraba a transmitir agresividad. Tenía el aspecto de un niño de cinco años gigante y desgraciado, lo cual me inquietó.

-He intentado comerme un huevo duro -me dijo-, pero me costaba quitar la cáscara.

-¿Quieres que te traiga algo de la tienda?

-No -contestó, con la vista fija en un punto del suelo que me quedaba cerca de los pies.

-¿Estás pensando en pasar la mopa?

-No.

-¿Te da envidia que yo tenga diez dedos en los pies?

-No.

-¿Eres inteligente?

Se metió otra galleta en la boca, se levantó y se marchó muy tranquilamente a terminar el crucigrama delante del pedazo de televisor. Yo le levanté el dedo corazón mirándole la nuca, enjuagué unos platos del fregadero y los metí en el lavavajillas. Después le robé un montón de pastillas. No sé cómo, pero mi padre había conseguido convencer al imbécil del servicio sanitario para veteranos militares de que tenía TDAH, cuando lo que de verdad le pasaba era que se había deprimido después de que la quimioterapia matara a mi madre, lo cual, en cierto sentido, imagino que se parece a tener diminutas bombas nucleares que explotan en tu interior hasta que

la palmas, aunque peor. A lo mejor las polillas oyen las explosiones.

Siendo justos, la verdad es que el Rubifen lo ayudaba a levantarse por las mañanas y a ir tirando, pero, según lo veíamos mis hermanos y yo, entre los efectos secundarios que padecía se encontraban la ansiedad, la irritabilidad, el patriotismo, una noche que preguntó en la cafetería Sayville Modern «¿qué es el brócoli?», y otra noche que se comió dos bolsas de estofado de ternera congelado y bajo en grasa y una rebanada de pan integral de centeno y después amenazó con suicidarse con el cuchillo de untar. La semana anterior mi hermano había vuelto a la escuela de doctorado, así que tuve que encargarme yo de forcejear para quitárselo, y nos caímos al suelo de la cocina y volcamos el cuenco del agua de Chispas y durante un rato nos revolvamos por el charco, en el que había migas infladas de comida para perros y que olía mal. Cuando se aburrió de contemplarnos desde la puerta, mi hermana se acercó, le quitó la pierna ortopédica de un tirón y salió corriendo a la calle con ella. Eso lo dejó a cuadros, y dejó de forcejear el tiempo suficiente para que yo le propusiera algo:

—Deja de comportarte como un imbécil.

—No.

Reflexioné un poco y le presenté una segunda propuesta, que consistía en que yo recuperaría su pierna si me prometía que no iba a tratar de suicidarse más veces. Se lo estuve pensando, luego accedió y añadió:

—¡Ahora quítate de encima, coño!

—Antes prométemelo.

—¡Te lo prometo, coño!

-¿Qué es lo que prometes, coño?  
-Prometo que no voy a intentar suicidarme, coño!  
-¡Qué bien! -dije-. Coño, me encanta que digas eso, papá.

Luego me aparté de encima de él, me tumbé boca arriba, y los dos nos quedamos en el charco mirando las siluetas de bichos muertos en los tubos fluorescentes del techo tratando de recuperar el aliento. Al final le di un golpe flojo en el pecho con el dorso de la mano abierta. Cuando él recuperó el suyo, dobló el brazo y me la estrechó.

Las pilas de la linterna naranja se habían gastado, así que me dirigí al cajón de las pilas y me tiré un minuto metiendo y sacando pilas gastadas. Acabé encontrando una combinación que funcionaba, aunque por los pelos, y en cuanto salí al exterior la luz perdió potencia y se apagó, zarandeé un poco la linterna y luego la tiré contra un árbol. Al chocar con el tronco emitió un destello de medio segundo y luego cayó al suelo, donde la dejé. Entonces di una vuelta a la casa a oscuras.

Cuando había dado la mitad de la vuelta vi a mi hermana al otro lado de la calle, al final del muelle, mirando fijamente las aguas marrones del río Connetquot. Me dirigí al final del muelle y me quedé a su lado sin decir nada, me limité a mirar fijamente las aguas marrones del río Connetquot. Ella tampoco dijo nada. Me palpé los bolsillos y encontré el tabaco, me los volví a palpar y encontré el mechero, encendí dos cigarrillos y le pasé uno. Ninguno de los dos dijo nada. Nos limitamos a fumar y a mirar fijamente las aguas marrones del río Connetquot, mientras yo me preguntaba si las tortugas pueden pillar hepatitis. Las almejas sí; una vez Isabella Rossellini rodó un anuncio de publicidad gubernamental sobre el tema; vi el car-

tel en el andén de los trenes del oeste en la estación de Babylon. Estando allí de pie, al final de muelle junto a mi hermana, de repente me sentí muy cansado.

-¿Dónde está? -dije.

-La he tirado entre los arbustos -contestó, luego se dio la vuelta y señaló un sitio.

Seguí con la mirada la dirección que marcaba la yema de su dedo y, forzando la vista, pude distinguir un pie que llevaba una zapatilla negra y que sobresalía de lo alto de uno de los arbustos que rodean la finca.

Los dos nos dimos la vuelta y volvimos a mirar fijamente las aguas y, después de lo que me pareció una eternidad, aplasté la colilla contra el fondo de un cubo puesto del revés que estaba encima de uno de los pilotes podridos del muelle y dije «pobres tortugas», aunque más lo musité que lo dije, en plan «totgas». Luego acaricié torpemente el hombro de mi hermana, saqué la pierna del matarral y me dirigí a la casa llevándola bajo el brazo como si fuera un regalo.

Mi padre estaba ante la mesa de la cocina leyendo un periódico que ya tenía varios días mientras se atiborraba de picatostes. Al verme se limpió la mano izquierda en la camisa vaquera dos veces y extendió el brazo para que le diera la pierna con un gesto de niño pequeño. Se la alargué; él enseguida se puso a quitar ramitas y fragmentos de arbusto del hueco donde se inserta el muñón, y a tirarlos al suelo; luego le dio la vuelta a todo el trasto y lo sacudió. Cuando se dio por satisfecho, dejó la pierna en el suelo, delante de él, se subió la pernera del pantalón un poco por encima de la rodilla, metió el muñón en el hueco con las dos manos, se levantó y se apoyó primero en la pierna derecha, luego en la izquierda, luego otra vez en la dere-

cha, como un adolescente en el baile del instituto. A continuación se agachó y se tapó la rodilla con la funda de neopreno de la prótesis, se bajó la pernera del pantalón, se sentó en la silla y empezó a leer de nuevo el periódico que ya tenía varios días. Le dije que me iba a la cama.

Se dio la vuelta y consultó el reloj del horno.

—Solo son las ocho y media —dijo.

No le respondí, me limité a quitarle un trozo hinchado de comida para perros del hombro, subí a mi cuarto, me dormí y no me levanté hasta la tres del día siguiente. Mi hermana estaba haciendo las maletas.

Un par de festivales después llegué a casa sobre las diez o las once y me encontré delante del edificio con una camioneta con el motor en marcha, cuyas luces traseras teñían el humo del tubo de escape de rojo, teñían los arbustos y el buzón de rojo, al tío que intentaba bajar la bicicleta de mi hermano de la parte posterior de rojo. Aparqué y me acerqué enseguida a echar una mano, y al acercarme vi que mi padre también estaba en la parte de atrás, boca arriba, dándole tirones a la rueda de delante. Al notar mi presencia exclamó «¡qué hay, chaval!», y se quedó tumbado, sonriendo y con un brillo en los ojos, como si se alegrara de verdad de verme.

—Hola, papá —dije.

No hizo falta nada más. Debió de haber algo en el tono de mi voz que transmitía cierta desilusión o inquietud, o a lo mejor no lo dije con suficiente entusiasmo, porque la sonrisa se le borró lentamente y se quedó con la mirada perdida, borrosa, como si acabara de acordarse de algo desagradable. Se dio la vuelta y dirigió la vista al jardín.

-Déjame -me pidió-. Déjame, coño.  
Una semana después lo hice.

Seguramente me había tomado cuatro o cinco comprimidos de Rubifen y había esnifado otro utilizando un libro de bolsillo y la factura enrollada de un cambio de aceite, y también me había metido en el cuerpo una taza de café tibio y quemado en una gasolinera varios kilómetros antes, con lo que tenía la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho y se iba a quedar flotando por encima del volante, en plan lanzando destellos, como el de Jesús o el de María o el de Yo Qué Sé Quién, cuando llegué al área de servicio, una de esas de aspecto típico, un edificio de una sola planta y color arena con el baño de caballeros a un lado y el de señoritas al otro, las máquinas expendedoras en medio, un par de mesas para comer a la derecha. Tenía tantas ganas de mear que eché a andar por el camino a toda leche y a metro y medio de la puerta del baño ya me había bajado la cremallera y sacado la polla. Una vez dentro vi que había tanto papel higiénico en los dos urinarios que estaban taponados, así que me acerqué como pude al primero de los dos cubículos y vi lo que parecía ser el escenario de un crimen, solo que más marrón y con espinacas. Me metí, también como pude, en el de minusválidos y solté el chorro donde me vino en gana, di unos pasitos hacia delante y seguí meando y contemplando el techo y luego la pared y luego el inodoro y luego el suelo y luego un saltamontes en el suelo, a la derecha. Al principio apenas me había fijado en el saltamontes, pero después lo miré mejor porque, de tan quieto como estaba, daba la impresión de que me observaba.

Me acordé de un cuadro que había en el pasillo por el que se entraba al cuarto de mi hermano y mío cuando éramos pequeños, y que representaba a dos niños algo grotescos, de cabezas demasiado grandes y ojos enormes que, siempre que reunía el valor suficiente para mirarlos, me parecía que me miraban. El efecto del saltamontes era el mismo. No me hizo gracia.

Seguí sosteniéndole la mirada al saltamontes y él siguió, sosteniéndomela a mí, como si fuera una competición a ver quién aguantaba más, y al cabo de un rato le dije «lárgate de aquí, tío». Pero él no se fue, ni «se piró», ni «salió», ni tampoco «se marchó a su puta casa»: se limitó a mirarme. Al final intenté darle un pisotón con el pie derecho y el bicho se catapultó directamente a la taza del inodoro, donde empezó a nadar sin orden ni concierto y lleno de pánico, describiendo círculos y equis, óvalos y ochos.

Mi única vivencia de un conato de ahogamiento me dice que es una experiencia incómoda. También trabajé de socorrista en una piscinita cubierta para discapacitados mentales a principios de los noventa, donde había un tío llamado Joe Pepe al que le gustaban tantísimo las aspiradoras que todos los celadores le recortaban anuncios de aspiradoras del periódico y se los daban cuando se portaba bien, una de las muchas cosas para las que no servía. Una vez vi que se colocaba con sigilo detrás de otro paciente y trataba de estrangularlo con un hilo. De él no recuerdo mucho más aparte de que tenía el típico aspecto de una persona con síndrome de Down que lleva gafas, y que todos los días, en cuanto me presentaba en el trabajo, me decía que se había follado a mi madre. Yo le contestaba que no, pero él decía que sí, la noche anterior, que a ella le había encantado, y yo me empeñaba e insis-

tía en que no, y él insistía en que sí lo había hecho, y así sucesivamente. La situación se prolongaba hasta que yo me cansaba de la discusión y me iba, momento en el cual él soltaba un ruido festivo y se marchaba dando saltitos y giros y *stag leaps*. Ballet, pero sin elegancia.

En cambio, lo que Joe Pepe no hizo nunca mientras yo trabajé ahí, jamás, fue meterse en la piscina. Así que un día, cuando le dio por empezar con el tema de mi madre, le dije:

—Estoy seguro de que a ella le encantó, Joe. ¿Por qué no nos metemos en la piscina y hablamos del tema?

Se le contrajo el gesto.

—Ay, ay, ¿qué te pasa? —le pregunté—. No te dará miedo meterete en el agua, ¿no?

Él apretó los puños y dio dos vueltas.

—Seguro que eso a ti no te pasa, Joe —añadí—. Es imposible en tu caso, porque mi madre nunca se follaría a alguien a quien le diera miedo meterse en una piscina. Me lo dijo el día que cumplí trece años. Me dijo «felicidades, Alby, toma el regalo. Es una tarjeta, con cinco dólares por cada año de vida que tienes, o sea, un total de... de... sesenta y cinco dólares. Te quiero mucho y estoy muy orgullosa de ti. Te estás haciendo todo un hombrecito, y me gustaría que supieras que jamás me follaré a nadie que no sepa nadar. Nunca. Eso resulta muy poco atractivo, y seguramente implica que el sujeto en cuestión es gilipollas». Así que, Joe, si de verdad quieres que me crea que anoche te follaste a mi madre, vas a tener que demostrar que sabes nadar. Qué, ¿te hace o no?

Él se sorbió los mocos, luego se limpió la nariz y luego los ojos con la muñeca.

—¡No! —aulló—. ¡No, no, no, no, no!

-¿Y por qué no, Joe?

-Porque no quiero -respondió.

-¿Y por qué no quieres?

-Porque una vez estuve a punto de *ahugarme* -contestó-. ¡Y dolía!

Hice todo lo posible por mear en torno al saltamontes y terminé en cuanto pude. Después me quedé sin moverme, viendo cómo se esforzaba por subir por un lado de la taza, resbalaba y descansaba. Una y otra vez: esfuerzo, resbalón, descanso. Esfuerzo, resbalón, descanso. Esfuerzo.

Estuve unos instantes buscando algo con que sacarlo y, al no encontrar nada, metí directamente la mano derecha, lo cogí y lo llevé al exterior, donde lo dejé en el suelo, cerca de un arbusto, y le di unos golpecitos con el dedo índice. Entonces (y es posible que lo imaginara, pero no creo) se secó sacudiendo el cuerpo, más o menos como un perro, y saltó un poquito. Le di otro golpecito y esta vez el salto fue mayor.

Después, mientras me lavaba las manos, supuse que debía de haberse confundido, que yo lo había asustado, que se había equivocado. Pero luego me planteé la posibilidad; evidentemente, no creo que un insecto tenga la capacidad mental de sufrir el tipo de angustia necesaria para querer suicidarse, pero tampoco me parece descabellado pensar que a lo mejor los saltamontes también sufren hasta ese punto. Solo había dado dos pasos hacia el dispensador de toallas de papel y ya estaba convencido de que la respuesta a esa pregunta, sea cual sea el animal, es que sí.



## Preguntas y respuestas

### I

Caminar resultaba complicado con unas piernas gordas y una cabeza grande; yo tenía tres años y hacía lo que podía. Conseguí llegar a la cocina y allí, en el suelo, había un niño muy pequeño metido en un carrito de bebé, y al lado estaban los pies de mi madre y también los pies de otra señora. Era frecuente que hubiera pies de madres que acababan de dar a luz porque la mía daba clases del método Lamaze y muchas veces las alumnas volvían para enseñar lo que había salido de sus cuerpos. Me acerqué torpemente y empecé a acariciar el bracito gordo, propio de niño pequeño, que tenía el niño pequeño, y mi madre me felicitó por ser tan bueno. Dio la impresión de que al niño pequeño también le gustaba que fuera bueno con él, soltó unos ruiditos y unos gorjeos y me enseñó las encías, y yo seguí acariciándolo hasta que mi madre y la otra mujer retomaron la conversación por encima de mí, en la mesa. Entonces empecé a pellizcar al niño, que se quedó callado y torció un poco el gesto. Le di unos pellizcos más fuertes, y cuando empezaron a salirme bien de verdad se le comenzó a mover la cabeza de una forma

que parecía involuntaria, aunque tampoco es que los bebés hagan gran cosa de forma voluntaria, así que igual habría que decir que esos meneos de la cabeza estaban relacionados con el dolor que había logrado causarle. Le clavé las uñas, las del pulgar y el índice, y le dejé marcas por los brazos y las piernas que parecían esto: ( ). Aun así, el niño no lloró. No puedo saber qué le habría hecho si hubiera sido más fuerte o si hubiera estado solo con él, pero en ese momento le clavé más las uñas, le pellizqué con mayor fuerza, le retorcí más la carne y, cuando el niño abrió la boca sin dientes y soltó un gemido, y después se echó a llorar, me sentí orgulloso.

- 1. La actitud del autor frente a los niños pequeños se caracteriza por:**
  - A) Una indiferencia objetiva.
  - B) Una rabia virulenta.
  - C) Una condena rotunda.
  - D) Una pena justificada.
- 2. Según el autor, los conceptos tradicionales de lo moral en los humanos son imperfectos porque:**
  - A) No reconocen las diferencias de edad y sexo.
  - B) No recogen los cambios que se producen en el individuo.
  - C) No consiguen llegar a respuestas definitivas.
  - D) Son deprimentes.
- 3. ¿Con cuál de las siguientes afirmaciones estaría más de acuerdo el autor?**
  - A) Las mujeres molan.
  - B) Los pies de las mujeres molan.

- C) Las mujeres suelen estar orgullosas de cosas de las que no deberían estarlo.
- D) Ser educado forma parte del buen comportamiento.
- E) Depende.

## II

Había una exposición itinerante de animales en medio del centro comercial de Sun Vet. Una parte consistía en una alambrada en la que te dejaban acariciar a los bichos y en la que había cabras y cerditos y heno (los cerditos me gustaron); otra era un paseo en pony que, según lo escrito con un rotulador negro en un plato de cartón pegado con celo a la valla, costaba cinco tickets. El hombre que estaba en la puerta lo confirmó: «Cinco tickets». Mi madre rebuscó en los bolsillos del abrigo y del derecho sacó una bolsa de té usada, cosa que ni mi hermano ni yo ni el hombre supimos cómo interpretar, entonces se la volvió a guardar en bolsillo y del izquierdo se sacó una cartera de señora. La abrió y extrajo un billete de cinco dólares, luego cuatro de uno mientras nosotros tres observábamos cómo iba separando con el dedo índice monedas y tarjetas y facturas, y luego cómo hurgaba; después dijo «¡femenal!» mientras sacaba otro billete de un dólar. Yo miré a mi hermano como diciendo «lo de siempre».

Luego se puso a ordenar los seis billetes, colocando el de cinco en la parte inferior o superior del fajo, según cómo se mirara, y estuvo alisándolos como si quisiera demostrarles que era más fuerte que ellos, pero su mano derecha siempre perdía el combate. Entonces, como si se le acabara de pasar por la cabeza, cosa que podía haber sucedido aunque no lo creo, le preguntó al hombre si

podía pasar de los tickets y pagarle los diez dólares en efectivo. Él dijo que no, que le hacían falta los tickets. Entonces me puse nervioso al pensar en cuál podría ser la reacción de mi madre, pero ella contestó que vale, y nos dirigimos a la mesa de los tickets, que era pequeña y cuadrada y detrás de la cual se sentaba una señora diminuta. Mi madre sonrió y le alargó los diez dólares en efectivo, y la señora diminuta que estaba sentada detrás de la mesa separó de un fajo rojo diez tickets, que siguieron unidos entre ellos como si fueran salchichas de papel. Mi madre los cogió, le dio las gracias, los contó, rompió la tira por la mitad y le dio cinco a mi hermano y otros tantos a mí. Mientras volvíamos a acercarnos a la puerta y al hombre que estaba al lado, miré mi mitad de tickets rojos, en cada uno de los cuales aparecía la palabra «ticket» al lado de un número. Estaba emocionado.

Mi hermano pasó primero, y estuve sentado encima del pony mientras el animal caminaba. Luego me tocó a mí, y estuve sentado encima del pony mientras el animal caminaba. Después coincidimos en que era lo mejor que habíamos hecho en toda la vida, y mi madre dijo «¡hala!», y dio palmas mientras nos dirigíamos a un sitio en el que había gente apiñada.

Como nos daba curiosidad saber por qué se habían apiñado, nos abrimos paso hasta la primera fila, donde había un tigre tirado en el suelo que solo se movía para respirar y, de vez en cuando, dar un lametón a las barras de metal de la jaula, que por lo demás era roja. Estaba muy flaco y se le veían calvas en el pelaje, y si no recuerdo mal, no tenía orejas, como si se las hubiera arrancado de un zarpazo, tal vez. Nos quedamos ahí, entre el gentío, en el que en total no habría ni doce personas, todas

mirando fijamente al animal. Justo cuando mi madre me dio un tirón de la manga para indicarme que era hora de irse, el tigre se incorporó lentamente, se estiró arqueando el lomo y bostezó. Eso pareció gustarles mucho a todos, poder verle el interior de la boca, la lengua y los dientes. Cuando terminó de bostezar, el tigre describió un círculo muy lentamente, y a cada paso que daba los omóplatos se le levantaban tanto que me dio la impresión de que le iban a atravesar la espalda. Cuando dejó de caminar alzó la cola y le enseñó a todo el mundo su ojete de tigre, y desde un punto que quedaba un poco por debajo, lanzó un chorro de pis directamente a la cara embobada de mi hermano. Olía a arroz blanco y a pinos, y después mi hermano me dijo que no sabía tan mal como se podría haber supuesto.

**4. Según la descripción anterior, los animales que están en cautividad viven:**

- A) Pasándoselo bomba, tío. La vida es una juerga.
- B) Convertidos en víctimas del sector de las salchichas de papel.
- C) Con la gran suerte de desarrollar carreras profesionales satisfactorias en el mundo del espectáculo.
- D) Bien hidratados.

**5. Los tigres:**

- A) Molan un montón.
- B) Molan menos que las cobras.
- C) Molan menos que las cobras antes de que se les caigan las orejas de tigre, pero después de que se les caigan las orejas de tigre los tigres son lo más.
- D) Se sienten solos.

## 6. ¿Cómo se encuentra usted?

- A) Bien.
- B) Bastante bien.
- C) No demasiado bien.
- D) Jodido.
- E) Solo.

### III

Una vez, después de una tormenta de invierno, mi hermana y yo estábamos construyendo un iglú en el jardín de atrás cuando ella dejó de repente de cumplir con sus obligaciones de fabricante de ladrillos para contemplar un pino muy alto, con las ramas inclinadas hacia el suelo por el peso de la nieve. Cuando le mandé que volviera al trabajo, señaló el árbol y me dijo que sería mágico e increíble bajar en trineo por las ramas. «Sería tan mágico e increíble –dijo–, tan rápido, tan glamuroso.» Reconocí que, efectivamente, aquella pendiente empinada era tentadora, que de hecho a mí ya se me había ocurrido, muchísimo antes que a ella, primero. Ella contestó que eso daba igual, que lo que cuenta es quién lo hace primero, que quien no arriesga no gana y que nadie se acuerda de la *Santa María*. Pues muy bien, dije, lo haré yo, soy capaz de hacer todo lo que me propongo, lo ha dicho mamá. Sin embargo, en cuanto me lo propuse empecé a dudar de que fuera siquiera posible y, al fijarme de nuevo en el árbol, me pregunté en voz alta si la ganancia compensaba el riesgo.

Pues claro que compensa, dijo ella, porque si lo haces dejarás automáticamente de ser todo un mariconazo. Yo no era todo un mariconazo, pero ella sí que era una bo-

llera de la leche, y después de estar un rato discutiendo el tema ella dijo que, si eso me ayudaba en algo, subiría a lo alto del árbol conmigo y me daría personalmente mi trineo en forma de disco de color rojo. Yo le dije que no sé, que lo iba a pensar, pero ella contestó que de eso nada, que era demasiado tarde, y echó a correr lentamente hacia el árbol. Yo la seguí, y ella se detuvo para esperarme.

Trepé hasta lo alto del pino, trepé tanto que ya no se podía subir más, y asomé la cabeza entre las ramas. Desde ahí arriba se veía lo que había detrás del techo del garaje y la fachada de la casa hasta el río y, manzana abajo, la Universidad de Dowling, y en la otra dirección vi coches del tamaño de una caja de cerillas que avanzaban lentamente por la autopista Montauk. Le grité desde arriba a mi hermana que aquello estaba altísimo y muy empinado, y ella me confirmó ambas cosas (mientras subía para darme el trineo), pero que la nieve es blanda. Yo no estaba tan seguro de este punto pero ella estaba segurísima de ese punto y me dio el trineo y me pidió que esperara a que ella llegara a un sitio del suelo desde el que se pudiera ver bien. «Vale –dije–, pero date prisa. ¡Date prisa, date prisa o no lo hago, te lo juro!» Desde luego que estaba a punto de no hacerlo cuando ella salió a toda prisa de debajo del árbol y se quedó en el suelo, en un sitio desde el que se veía bien, y me gritó «venga, mariconazo, hazlo». «A eso voy –dije–, un momentito, no me metas prisa», y mientras me colocaba en posición situé el trineo por delante de mí con la mano izquierda, respiré profundamente, solté la derecha, que tenía agarrada al árbol, me tambaleé un poco y zas. Fui cayendo entre las ramas y estuve rebotando entre cuatro o cinco o diez de ellas hasta que se me quedó atrapada la pierna gorda a medio camino. Me

quedé cabeza abajo mientras los brazos me colgaban por arriba (¿o sería por debajo?) de la cabeza y una nieve fina y brillante flotaba y descendía en torno a mí.

**7. Este fragmento pone de manifiesto que:**

- A) No hay que confiar en el agua.
- B) No hay que confiar en los árboles.
- C) No hay que confiar en las chicas.
- D) No hay que confiar en la gente.
- E) No hay que confiar en uno mismo.
- F) No hay que confiar.
- G) La confianza suele dar pie a la traición, lo cual, de vez en cuando y si hay suerte, da pie a algo maravilloso.

**8. ¿Se le forman moratones con facilidad?**

- A) Sí.
- B) No.
- C) A veces.
- D) Depende.
- E) Depende de quién me pegue.

EN ESTA PÁGINA NO HAY QUE  
RELENDAR NINGÚN TEST

## IV

Teníamos diez años, formábamos una fila en el centro del campo de béisbol para niños de la avenida Locust y estábamos entrenando para aprender a lanzar la pelota muy alto. Cuando me tocó a mí, el entrenador, mi padre, la tiró todo lo alto y fuerte que pudo. Me eché a correr de forma torpe y en zigzag por el jardín de la cancha, di una vuelta aquí, me tropecé allá, me coloqué por debajo de ella, di unos saltitos sin moverme, estuve meneando el cuerpo con nerviosismo mientras esperaba a que la pelota bajara. Entrecerré los ojos yforcé la vista para verla bien, reajusté la postura en el último minuto, me desperecé, la seguí sin perder la concentración hasta que me dio un golpe en la cara. Se me había olvidado levantar el guante, me desperté boca arriba en la hierba del jardín en una cálida tarde de verano mientras una mujer muy guapa me apretaba un polo de naranja contra el ojo cerrado, que no podía abrir de hinchado que estaba. Me invadió una sensación de paz durante al menos treinta segundos, y por eso siempre me encantará el béisbol. Años después mi padre me confesó que nunca le había interesado lo más mínimo ser entrenador, y que elegía a los jugadores en función de los que tenían las madres más guapas.

**9. ¿Con cuál de las siguientes materias se encuentra más relacionado este fragmento?**

- A) La historia.
- B) La psicología.
- C) La medicina.
- D) El deporte.

- E) El fenómeno de que las señoritas guapas consigan que las cosas merezcan la pena.
- F) La genética.

## V

Yo tenía doce años y corría alrededor de la casa en sentido contrario a las agujas del reloj; iba contando las vueltas cuando cruzaba el camino de piedra que describía una curva entre la puerta de la entrada y el buzón abollado que no tenía número, pero que, si lo hubiera tenido, habría sido el tres. Corría y contaba y perdía la cuenta, porque me distraía el sonido de mi respiración, inspiraba dos o más veces por cada vez que espiraba: inspiración, inspiración, espiración; inspiración, inspiración, inspiración, espiración. Me costaba más recordar el primer dígito de cada vuelta que el segundo, así que me perdí al pasar de los diez. Ocho o dieciocho, diecinueve o veintinueve, cincuenta o cuarenta, o cincuenta, daba igual. La cosa no estaba en el número, la cosa estaba en la cosa. La verdad es que esa mañana en particular no se me había ocurrido qué otra cosa podía hacer y, como tenía energía para ello, pues la hice. Corré alrededor de la casa y fui contando las vueltas al cruzar el camino de piedra.

Después de cruzar el camino de piedra estaba el jardín, que no tenía nada especial aparte de ser el jardín que estaba justo después de cruzar el camino de piedra. Era el principio. Después del principio venía el sendero para los coches, en el que giraba a la izquierda, lo salvaba de un salto y dejaba atrás las manchas de aceite que eran más negras que el asfalto negro sobre el que estaban, luego otra vez a la izquierda por el caminito de cemento que

había entre la parte de atrás de la casa y la empalizada medio podrida, al otro lado de la cual vivía Zion, un tipo judío que había amenazado con rebanarle las orejas a mi padre con una motosierra durante una discusión por ramas y canalones. Después salía del caminito de cemento y llegaba a otra zona del jardín, pasaba junto al arce japonés del que colgaban las campanillas de bambú, las únicas campanillas que no me recuerdan el momento de entrar en Ben Franklin con mi madre. Por el perímetro del patio, más jardín, luego el camino de piedra y un número que puede ir detrás o no del que lo precedía. Llevaba una hora, quizá más, una vuelta tras otra, porque podía, y luego me tropecé y me caí de brúces por culpa de un rastrillo que seguramente yo mismo me había olvidado allí fuera. Nunca he tenido la paciencia necesaria para meter las hojas en bolsas o para guardar el rastrillo en el garaje. Me di un golpe fuerte y resbalé unos cuantos centímetros, me detuve y abrí los ojos. Me levanté enseguida, avergonzado a pesar de que no había nadie allí que pudiera verme, y me miré de arriba abajo, parpadeando y sorprendido de mi indestructibilidad. Luego me fijé en la mano derecha. Al parecer, los dedos meñique y anular me habían estallado y lo de dentro estaba fuera. Respiré con los dientes apretados y eché a correr otra vez, ahora más deprisa, meciendo el brazo derecho pero el izquierdo no, con la mano destrozada en alto y por delante de mí mientras avanzaba por el camino de piedra y entraba en casa llamando a mi madre a gritos, chillando «¡mamá, mamá, se me ha salido lo de dentro!». Ella estaba en la cocina, hablando por teléfono, y le dijó a quien fuera que ya volvería a llamar, colgó y me tiró de la camiseta para acercarme a la ventana, donde había más

luz. Allí me estudió la mano unos segundos, se fijó más y dijo «es caca de perro», resopló, me limpió con una toalla de papel y me mandó al baño a que me lavara. Entonces, cuando supe que a mi mano no le había pasado nada, me eché a llorar.

#### 10. ¿Cuál es el problema?

- A) La mente predomina sobre la materia.
- B) Estoy hecho de materia.
- C) Soy materialista.
- D) La respuesta es elemental.
- E) El dolor es preferible al placer.
- F) El dolor abrumador tiene la virtud de conseguir que se te olviden los problemas.

## VI

El tío del karaoke llevaba toda la noche llamándonos juerguistas y yo ya me había hartado. Estaba tratando de convencernos de que siguiéramos cantando, así que acerqué mucho la cara a la suya y le dije «eres un gilipollas, pedazo de gilipollas, y no pienso hacer nada de lo que dices». Luego salí y acabé agarrado a un parquímetro para no perder el equilibrio, mientras los ceros que marcaban el tiempo que quedaba intentaban asustarme y me fijaba en lo que le estaba pasando a mi ojo izquierdo. Había empezado a parpadear violentamente; mi cerebro dañado me estaba dando a entender que tenía que cerrar un ojo o ambos, por la sencilla razón de que el interior de un párpado está oscuro, y en la oscuridad las cosas no dan tantas vueltas. Lo cerré con firmeza y esperé a que todo se estabilizara. Cuando el ojo derecho empezó a plantear-

me problemas hice lo mismo con él, abriendo el otro, y esperé a que todo se estabilizara. Fui alternando entre uno y otro y esperé a que todo se estabilizara. Si esperas a que las cosas se estabilicen durante el tiempo suficiente, normalmente lo consigues, y, pese a que tenía bastante equilibrio para estar de pie sin apoyarme en nada, seguí aferrado al parquímetro mientras meaba en la furgoneta blanca que estaba allí aparcada. A medida que el charco iba desapareciendo por la alcantarilla, daba la impresión de que estaba vivo.

Me la coloqué en los calzoncillos, me subí la cremallera, di un paso atrás, me metí las manos en los bolsillos de los pantalones y le di la vuelta al forro. Cayeron al suelo unos cuantos billetes de dólar, arrugados, y me incliné doblando la cintura como hacen las chicas, algunas al menos, los recogí, me incorporé y empecé a alisarlos, noté que se me había pegado a la mano lo que parecía ser un trozo de regaliz, me fijé mejor y vi unas antenas. Dije «hola, bicho, te voy a llamar Bob el Cherokee», y luego se me ocurrió mirar si alguien me observaba. Apoyadas en la pared exterior del bar y de la fiesta de cumpleaños de la que acababa de largarme, debajo y a la izquierda de un neón de Budweiser, había tres chicas que sostenían unos pitillos y me contemplaban. No decían nada, y yo tampoco dije nada, y después de eso siguieron sin decir nada. Dirigí la vista con ternura a Bob el Cherokee, luego lo dejé en la acera con lentitud y con cariño, lo empujé con el dedo índice y le susurré: «corre, vamos, joder, corre si no quieres morir», y luego miré a las tres chicas que me seguían observando, y la de la izquierda le dio una calada al cigarrillo, y dije «nadie le va a poner un dedo encima a este bicho, coño», y empecé a alejarme de ellas sin dejar

de clavarles la vista, y la de en medio dio una calada al cigarrillo, y ninguna dijo nada.

**11. ¿De qué va esto?**

- A) El corazón sentimental frente a la mente escéptica.
- B) El corazón escéptico frente a la mente sentimental.
- C) El corazón.
- D) Las penas del corazón.
- E) Las penas del corazón y la rabia que inspira tener penas del corazón.
- F) Las penas del corazón y la rabia que inspira tener penas del corazón y una cogorza impresionante.
- G) El bicho es el símbolo de su polla.

¡¡¡PARA SUBIR NOTA!!!

Teniendo en cuenta todo lo que ha leído usted, tanto aquí como en todas partes, a lo largo de toda su puta vida, y respondiendo con sinceridad, ¿para qué sirve?

- A) Para ayudar.
- B) Para dejar constancia de algo.
- C) Para resistir.
- D) Para documentar.
- E) Para cuestionar el poder.
- F) Para luchar contra las gilipolleces.
- G) Para darle sentido al dolor.
- H) Para instruir.
- I) Para entretenir.
- J) Para hallar consuelo.
- K) Para follar con el mayor número de mujeres posible.
- L) Para salvar animalitos.

- M) Para huir de la soledad.
- N) Para huir de los empleos convencionales.
- O) Para ser bueno.
- P) Todo el mundo se muere.
- Q) No te mueras todavía.
- R) Para vengarse.
- S) Para tener estilo.
- T) Para el autodominio.
- U) Para hacerte rico y famoso.
- V) Solo para la F y la J.
- W) La cuestión es no quedarse nunca quieto.
- X) La cuestión es qué hacemos mientras tanto.
- Y) No tiene ningún sentido.
- Z) Por mamá.

## Tostada

Estuve saliendo con otra chica que, cuando le ponían un sándwich en un restaurante, solo le daba un mordisco a cada una de las cuatro mitades de tostada de restaurante que lo componían. Decía que no quería que ninguna de las mitades de tostada de restaurante se sintiera despreciada. «Eres una chica muy maja», le dije. Ella me dio las gracias y luego se quejó de los cubitos de hielo que le habían puesto en el zumo de naranja.

Tenía otra costumbre, que consistía en ponerse cacao en los labios antes de tomarse el café. La primera vez que me di cuenta fue en el zoo, cerca de las jirafas, después de que pasáramos por la sección Cafés del Mundo de la cafetería Momentos Salvajes. Me contó que lo hacía porque le gustaba la sensación grasienta que deja el cacao en los labios mientras el café pasa por ellos. Añadió:

—Me gusta tanto que una vez dejé el café en el porche para sacar el cacao del bolso y, mientras estaba dentro de casa, me llamó por teléfono mi madre y estuvimos unos veinte minutos hablando. Cuando al fin me acordé del café, se habían ahogado en él un montón de hormigas, pero me lo tomé de todas formas.

Yo la miré de arriba abajo y otra vez hacia arriba,

y después me fijé en un cubo de basura, y luego en una avispa que describía ochos mientras volaba por encima del cubo. Al cabo de un rato la avispa empezó a quedarse suspendida sobre un trozo de algo, que creo que era un chicle ya mascado que se había quedado en el cenicero de la parte superior del cubo, estuvo a punto de posarse y entonces se largó a otro sitio.

—Así que has bebido hormigas —dijo.

—Sí.

—¿Sabían a algo?

—Sí —contestó—. A café.

Puse cara de haber comprendido y luego los dos nos dimos la vuelta y tomamos sorbos de café mientras observábamos cómo comían hojas las jirafas. Después observamos cómo se hacía una paja una nutria.

Los primeros tiempos de nuestra relación fueron superintensos, nos pasábamos el día hablando por teléfono y en persona de esto y de lo de más allá, de lo que lamentábamos, del miedo que nos daba el futuro, de cómo cuidar un jardín, amamantar a un niño y del chorro limpiaparabrisas de los coches, pero sobre todo de lo que nos apetecía cenar. La respuesta solía ser «no sé, ¿a ti qué te apetece?». Y la respuesta a eso solía ser «no sé, ¿y a ti?». Y así sucesivamente. Ella acababa por decir «a ver...», y luego se ponía a repasar una lista de grupos étnicos en tono de pregunta («¿un japonés?»), y yo me frustraba a saco y le proponía que fuéramos al Joe's.

El Joe's era un local cutre situado en Cannery Row en donde servían comida mediocre pero no tenían congelador en la cocina, así que las cosas siempre estaban frescas y eran muy baratas, y la primera vez que fuimos oímos que un viejo decía «pero ¿dónde coño estamos? ¿En

Miami? Odio los ladrillos de vidrio». A nosotros el sitio nos gustó enseguida. Una mesa tenía forma de barca de remos, y otra, de banco de picnic. Además, la cubertería estaba desparejada, el suelo era de un hormigón agrietado y pintado, y las paredes, de color azul celeste, estaban decoradas con cuadros de barcos y peces enormes, y colgado fuera del único baño había un artículo de periódico enmarcado y que hablaba de un submarino de la Segunda Guerra Mundial. No tardó en convertirse en nuestro local especial, e íbamos al menos dos veces por semana. Hasta teníamos nuestra mesa preferida en una esquina, y acabamos conociendo bastante bien a una de las camareras, Jessica.

Entonces, una mañana, mi novia me siguió cuando yo entraba en la cocina y me vio servirme un tazón de muesli con leche y meterme una gran cucharada en la boca y comentó «conque tomas muesli, ¿eh?». Yo me quedé tan aturdido que dejé de masticar para mirarla, mientras justo a una mitad de mí le entraban ganas de pellizcarle la mejilla, y justo a la otra mitad, de darle un puñetazo que la lanzara contra la pared de enfrente. Me quedé sin hacer nada unos segundos hasta que esas emociones se me pasaron y, cuando lo hicieron, seguí tomándome el muesli. Al darse cuenta de que no me iba a molestar en contestar, pasó a fijarse en la ventana y, al ver un gato fuera, anunció «¡hala, mira, un gato!». Después, al cabo de unos segundos, «ese gato es monííisimo».

Esa tarde, tras marcharse a su casa, me llamó por teléfono para preguntarme si había puesto la lavadora.

También, una noche, mientras estaba de pie y desnuda e iluminada por detrás por la luz del baño, le vi una especie de vello blanco, casi invisible, por todo el cuerpo.

Eso me molestó. No llegué a comentarle nada porque no quería que se ofendiese, pero ella no tenía ningún reparo a la hora de comentar que tengo la polla más marrón que el resto del cuerpo. «Me recuerda las ojeras de los indios», me dijo. Yo fingí que no me importaba, aunque sí me importaba, pero no tanto como lo de sus zapatos. Siempre llevaba tacones, quiero decir que incluso para montar en bici, y para ir a la playa y para jugar al béisbol, y para ir a una fiesta de la Super Bowl a la que fuimos una vez. Y creedme si os digo que lo verdaderamente importante no era que me sacara un par de centímetros cuando se los ponía, que era lo que ella creía, sino que acabé hartándome de oírlo yendo por ahí dando pisotones como si fuera un pony. Al principio me limité a hacerle bromitas al respecto, empecé a llamarla «Caballito» y a pasarme el día ofreciéndole zanahorias, a decirle cosas del tipo: «A caballo regalado no le mires el diente». Pero muy pronto pasé a prometerle que le pegaría un tiro si algún día se rompía una pierna. Eso la molestó, y yo añadí: «Me daría mucha pena, pero no me quedaría otra. Lo siento». Luego le apunté con el dedo, como si fuera una pistola, e hice: «¡Pum!».

Un domingo tardó una hora en arreglarse cuando íbamos a salir a un parque canino, y le pedí que se diera prisa de una puta vez, coño. Mientras estábamos en el coche ella me soltó todo el rollo de que se ponía guapa por mí y yo le dije:

—Oye, oye. Un momento, Caballito. Si te pones guapa por mí, entonces deja de llevar esos putos zapatitos tan monos. Me sacan de quicio.

Se quedó supercallada, miró cosas que pasaban por la ventana y dijo:

-Déjame donde sea.

-Muy bien -contesté-. ¿Qué te parece en los pozos de alquitrán de La Brea? No dejes de darles recuerdos de mi parte a los mamuts lanudos y a los esmilodontes, y lo digo pero que muy en serio, tío.

-¡A mí no me llames «tío»! -gritó.

Cuando la miré de refilón vi que se había echado a llorar, que ésa era otra. A veces se ponía muy dramática, y no solo eso, sino que el dramatismo parecía ensayado, como si lo hubiera aprendido viendo demasiadas películas de chicas. Lloraba por cosas por las que no merecía la pena llorar, y luego hacía unas pausas muy significativas y suspiraba y decía entre susurros algo dramático, en plan «qué malo eres». Respiraba por la boca, cerraba los ojos, movía la cabeza lentamente, se marchaba dando pisotones.

También me escribía notas, notas dramáticas y en las que declaraba cosas dramáticas, como por ejemplo:

«¡Te echo de menos!», o: «Anoche me hiciste pasar mucha vergüenza... ¡Esa chica es compañera de trabajo!».

Y en otra ocasión, y cito textualmente, sin inventarme nada:

Arriesgarse o lamentarse.

Ésa es la expresión que me viene al pensar en ti.

Eres un ser en el que invierto el tiempo y que constituye una situación imposible.

Te considero extraordinario.

Nunca he sentido la conexión que vivo contigo cuando nos despertamos juntos por las mañanas.

Arriesgarse o lamentarse.

Casi todas las noches, antes de acostarme.  
Arriesgarse o lamentarse.

Yo no sabía qué hacer con aquello, así que le escribí un APROBADO ALTO en la parte de arriba y se lo devolví. Más drama. Más declaraciones entre susurros. Más pisotones.

En esta ocasión ella me dio pena, la seguí y salí yo también, le dije que había sido una broma y que lo sentía. Ella contestó, a volumen normal, «¿que lo sientes por qué? ¿Eres consciente del motivo?». Le dije que por ser tan imbécil. «Bueno, por algo se empieza», respondió. Pero en vez de explicarle que soy gilipollas y que no quería enamorarme y tener que estar follándomela durante toda la eternidad, me limité a besarla y a follármela durante un rato que se me hizo eterno.

Bueno, había cosas del otro que terminaron por no gustarnos, y en el sexo pasamos de tres o cuatro posturas a una o dos, a veces a una o ninguna cuando uno o los dos estábamos cansados, lo que sucedía a menudo. Nos hacíamos bostezar mutuamente. Acabé conociéndome los empastes de sus muelas.

Entre semana empezamos a pasar casi todas las noches en el sofá viendo *America's Funniest Home Videos* y documentales de animales. Estábamos viendo uno en el que salían unas imágenes aéreas y a cámara lenta de un lobo que perseguía a una gacela y a su cría por todo Mongolia durante unos diez minutos, y llegaba un momento en que la madre y la cría se separaban y entonces quedaban solo el lobo y la gacelita, pero la gacelita corría que daba gusto, e iban corriendo en zigzag y dando saltos y luego seguían como locos, hasta que la cría se cansaba y se desplomaba en el suelo y el lobo se la comía, el muy

hijo de puta la hacía trizas, pero luego nos enteramos de que al final el lobo acababa muriéndose de hambre, y después una cría de elefante se queda ciega en una tormenta de arena pero continúa siguiendo las huellas de su madre solo con el olfato, lo que pasa es que las sigue en la dirección contraria y también se muere, cuando, de pronto, noté que ella se me arrimaba en el sofá y la miré, y ella, sin siquiera apartar la vista de la tele, sin venir a cuento me soltó que quería probar el sexo anal. Yo me quedé contemplándole la oreja y con cara de sorpresa durante unos segundos y luego le dije «vale». Y en un abrir y cerrar de ojos empecé a darle un beso de tornillo, y luego, en otro abrir y cerrar de ojos, empecé a manosearla siguiendo los mismos movimientos que tenía que hacer para abrir el candado de la taquilla del instituto (33-14-4) y a continuación puse en práctica la técnica de cuando estoy vago y luego mis habilidades a la hora de comerme un coño, pero entonces ella me tiró del pelo para que subiera, se puso de lado, se la metí y se la estuve clavando un rato. Ella no dejó de decir guarrerías, de vez en cuando dejaba caer preguntas medio retóricas para animarme a participar, pero aquello no funcionaba porque mis respuestas eran monosilábicas.

—¿Qué, chico malo, te gusta meterme la polla por el culo?

—Sí.

Y así siguió la cosa, no mucho rato, hasta que ella empezó a pedirme a gritos que no parase. Entonces, después de los diez segundos en que me quedo completamente inmóvil y con la boca abierta no sé por qué, me disculpé y fui a la cocina con las piernas muy abiertas a buscar toallas de papel, como un caballero.

En líneas generales diría que no estuvo mal, que fue como entrar por una puerta pequeña en una habitación grande. Prefiero las vaginas. Aunque lo que sí resultó muy divertido fue hacer como que se había quedado embarazada y que, al día siguiente, daba a luz a nuestro hijo-truño y que lo llamábamos Francis. El día después de eso me plantó dejándome una nota dramática, en la que básicamente aseguraba que no podía seguir así, y yo la leí y a continuación la tiré al cubo de la basura orgánica. Luego estuve varias noches soñando que me dejaba mensajes llenos de ira en el contestador para ver si había puesto la lavadora, y luego estuve preguntándome durante varias semanas qué querría decir aquello, y a ratos me planteé intentar volver con ella, una época en la que justo una mitad de mí tenía ganas de volver y justo la otra mitad no. No decidí nada, y me di cuenta de que tomar decisiones se me da de pena. A mi hermano menor, por otro lado, no le pasa eso. Se acostó con tres mujeres, decidió que le gustaba la tercera y se casó con ella. Y eso a pesar de que nuestra madre, en su lecho de muerte situado en el cuarto de estar, le había dicho «A. J., sabes que Tara me cae muy bien, pero ¿no te parece que antes deberías divertirte un poco?». Él le apretó la mano y le aseguró que lo tenía claro. Yo me empeñé en que dejara de tenerlo claro cinco minutos después, en la cocina, al pedirle que complaciera a nuestra madre follándose a más chicas. Él me miró el pelo y me dijo:

-Lo siento.

-A mí no tienes que pedirme perdón -le dije-, pídele perdón a esa mujer de al lado, porque la estás haciendo sufrir, coño. Luego tendrás que pedirte perdón a ti mismo cuando tu matrimonio fracase dentro de diez años, pero

estés más calvo y más gordo y ya no puedes conseguir las tiorras de primera que ahora sí puedes ligarte. Pero luego tendrás que retirar las disculpas porque no merecerás el perdón, ¡divorciado gilipollas!

-Tú sí que eres gilipollas.

-Porque tú lo digas.

-Porque yo lo digo.

-Pues yo sí que te voy a decir una cosa: mamá cometió el error de no follarse a la gente suficiente antes de casarse, y te está pidiendo que no cometas el mismo error. Se está portando como una buena madre contigo, pero tú no escuchas nada de lo que se te dice, y me parece que ver tampoco ves nada porque estoy convencido de que la cara de Tara es una zapatilla de deporte sucia con ojos saltones y peluca.

-¿Otra vez te estás tomando los analgésicos de mamá?

-Sí. ¿Y?

-Yo la quiero -dijo-. Deberías alegrarte por mí.

-No, y precisamente porque yo te quiero a ti. Insisto, como hermano y como amigo: fóllate a más tías. A muchas más. A. J., todos los días hay millones de personas que se mueren y, en el último suspiro, miran a los seres queridos que se han reunido en torno a ellos y dicen «ay, joder, me estoy muriendo, me tendría que haber acostado con más personas». Pero a nadie le da por decir «ay, joder, me tendría que haber acostado con menos personas»... excepto en el caso, a lo mejor, de que se estén muriendo de sida, de cáncer de cuello uterino, o de que los hayan violado.

-Menuda tontería.

-Ah, ¿sí?

-Pues sí.

Entonces salió de la cocina y me dejó allí solo, sorprendido e inquieto por la seguridad y la tranquilidad que demostraba, esa actitud suya de estar por encima de todo, en parte por los medicamentos que me había tomado y por el caballito de mar de cristal de colores que estaba pegado con una ventosa a la ventana. Entonces pensé «¡concentración!». Y luego «joder, si no puedo conseguir que A. J. cambie de idea, a lo mejor sí que lo haga Tara», y fue entonces cuando empecé a tratarla como un trapo siempre que podía. También me follé sin condón a su mejor amiga después del funeral de mi madre, y esas Navidades pégue un chicle debajo de una mesita de su casa y lo dejé ahí. Sin embargo, hiciera lo que hiciera, ella seguía de buen humor y me lo perdonaba, tan convencida de su relación como él, y en las semanas y meses posteriores a mi ruptura me acordé de todo aquello mientras me preguntaba cómo era posible que se produjera tal ausencia de duda. Y no lo sé. Lo que sí sé es que, al preguntarle a mi padre que cuándo había estado seguro de que quería casarse con mi madre, me había respondido:

—Cuando dejé de despertarme con una erección.

«Yo sigo despertándome con una erección», fue el otro pensamiento que con mayor frecuencia me vino a la cabeza durante las semanas posteriores a la ruptura, y a diferencia de mi hermano, decidí aprovecharlas para estar con el mayor número de chicas posible. Decidí hacerle caso a nuestra madre. Decidí divertirme.

Claro que no siempre lo conseguí, de hecho muchas veces me sentí solo y desgraciado, sobre todo al principio, cuando me di cuenta de que ligar se me daba fatal y mientras seguía haciéndome un montón de pajas y comiendo entre horas en la cama. También se me pasó por

la cabeza que había tirado por la borda algo bueno, algo que tenía potencial, a alguien que me quería y que creía en mí. Al final renuncié a ella, y durante los años siguientes fui dejando de ser un gilipollas pasivo para convertirme en un gilipollas esencialmente agresivo que se acostaba con un montón de tías y que seguramente pilló el virus del papiloma humano en la garganta.

Seguí tirándome por deporte a un montón de tías incluso después de hacer de padrino en la boda de mi hermano y de Tara, que no fue tan horrible como pensaba que iba a ser; incluso después de que tuvieran una hija y la llamaran Marie, que era el nombre de nuestra madre; incluso después de ver con mis propios ojos lo intensa y plena que parecía su vida en común. Me dije que lo que pasaba seguramente era que querían guardar las apariencias, pero una vez que iba pedo y que acusé a mi hermano de estar guardando las apariencias, me aseguró que no era el caso y después me preguntó que si quería ser el padrino de Marie.

Me quedé tan sorprendido que le di un abrazo, le pedí perdón por ser tan gilipollas y le dije que lo consideraría un gran honor. Luego me enteré de que tenía que hacer no sé qué curso en la iglesia y rechacé la oferta. Acabó pidiéndoselo a Javier, un amigo suyo, padre de familia, gran mamarracho, que no paraba de soltar frases de la Biblia y que tenía los hombros estrechos, y cuando fui al bautismo en St. John me dio un poco de mal rollo no ser yo quien estaba en el altar echándole agua al bebé. Y después de que el cura le hiciera por encima esos movimientos como de truco de magia y de que Javier prometiera lo que tenía que prometer y de que todo el mundo se levantara para irse al convite, me quedé sentado en el banco,

cautivado por los sonidos que emitían las mujeres al salir, mientras de sus tacones salían chasquidos y estallidos y ecos en medio de aquella casa de Dios casi vacía y que tanto dinero había costado construir.

El convite lo celebraron en su casa, donde me dediqué a tomar cerveza con mi padre, el viudo, el que acababa de ser abuelo y acababa de estrenar un nuevo peluquín. Nos quedamos solos en el sofá, sin hablar con nadie, ni siquiera entre nosotros, hasta que me volví hacia él y le dije:

—¿Y tú qué piensas cuando te das cuenta de que en la vida no todo es de color rosa? Cuando es más bien tirando a marrón. Como mi polla.

Entrecerró los ojos, le dio un sorbo a la cerveza y dijo:

—No me des la brasa, coño.

—Vale.

Me levanté e hice todo lo posible por reunir el entusiasmo suficiente para flirtear con algunas chicas casadas que llevaban vestidos veraniegos y floreados, pero no tardé en volver al sofá y a apoyar los pies en la mesita que aún tenía el chicle verde pegado por debajo. Lo comprobé.

A la mañana siguiente me desperté temprano, solo, sobre las seis o las siete. No pude volverme a dormir, así que me quedé tumbado, de mal rollo y con hambre en torno a una hora, aunque al final me levanté, me vestí, di con las llaves del coche y busqué algún lugar donde poder desayunar. Acabé en un sitio llamado Lighthouse Grill, en el que no había ladrillos de vidrio y donde me pusieron unas tostadas de restaurante muy decentes con unos huevos fritos por las dos caras y unos tomates. Estaba justo comiéndome todo eso cuando un tío, una señora y la hija de ambos se pusieron en una mesa cerca de la mía. Me miraron unas cuantas veces, así que yo, cuando no mas-

ticaba, intentaba poner cara de estar pensando en algo, aunque en realidad no lo hacía, solo pensaba «entorna los ojos». Finalmente se pusieron a mirar la carta.

Justo cuando la camarera me estaba preguntando que cómo estaba la comida, los cubitos de hielo del fondo del vaso salieron disparados hacia arriba y me dieron un golpe en los dientes, y unas gotas de zumo me cayeron por la barbillia. Me las limpié con la manga y le dije «bien, gracias». Ella dijo que se alegraba y me dejó la cuenta en la mesa y se dio la vuelta y le preguntó al tío ese, a su mujer y a su hija si sabían lo que querían. Lo sabían, más o menos, y la señora pidió unos huevos de restaurante y una tostada, y el tío un bistec con huevos, y la hija se pidió unos cereales Rice Krispies de restaurante y siguió dibujando animales con lápices de colores en el reverso de su mantel de papel. Los dibujos no me parecían muy buenos, pero cuando la camarera volvió con las bebidas apoyó las manos sobre las rodillas en plan muy exagerado y dijo «¡ay, qué bonito! ¿Eso es un elefante?». Y la niña asintió con la cabeza. «¿Y esto de aquí? ¿Un rinoceronte?», añadió. Y la niña volvió a asentir con la cabeza. «¿Y este de aquí?», dijo la camarera mientras señalaba con el dedo. «¿Qué es?»

—¡Una jirafa! —exclamó la niña.

—Vaya, vaya —dijo la camarera—. Una jirafa. Es genial.

Pero de genial no tenía nada, parecía más un dinosaurio que una jirafa. Y aunque me habría encantado echárselo en cara a la niña, tengo que reconocer que a mí también hay muchas cosas que no me han salido como me habría gustado que me salieran.



## Todo lateral

Pienso en la cara que puso la tía esa de cuya cara no me acuerdo cuando la invité a una copa de alcohol de garrafón y le conté que vivía en un barco. A lo mejor mi vida tampoco estaba tan mal. Había algo más importante: era barata, porque el derecho de amarre costaba menos de quinientos dólares al mes y los gastos domésticos eran como mucho de veinte, y además había aparcamiento, así que no tenía que odiarme más de lo habitual cuando se me olvidaba cambiar el coche de sitio dos veces por semana, cuando pasaban los camiones barredores. Además, siempre que no te hubieras hundido y que miraras en la buena dirección (en este caso, 127º SSO, entre los impponentes cascos del *Mi barco, mi sueño* y del *Aventurillas en el mar*), costaría mucho encontrar un sitio con mejores vistas: una cutrísima barcaza de cebo en medio del puerto, más que inclinada por el peso de una docena de leones marinos muy gordos y chiflados y algunas aves acuáticas. La verdad es que en general era una vida que no estaba nada mal, aunque estuvieras más mojado de lo habitual.

Pero entonces me preguntó a qué me dedicaba, y se lo dije.

—Pues pongo gasolina en el depósito del puerto y me

pagan ocho dólares la hora, pero básicamente me dedico a leer y a comer sándwiches, o a ver a mi perro vagueando mientras toma el sol o lamiendo las cagarrutas de pelícano que hay en el suelo de cemento.

Le cambió el gesto, se le puso más gomoso.

—Cuando me aburro de eso —proseguí—, me siento en una silla, delante de mi chocita, y me convierto en testigo ocular de cómo la marea arrastra la basura. Sobre todo objetos de plástico: botellas de refrescos, aplicadores de tampones, cosas así, en una ocasión la cabeza de una muñeca clavada en un palo, y en otra un gato muerto y cubierto de algas.

Ella sacudió la melena, le dio un sorbo superfuerte a la pajita y luego paseó la mirada por el bar, un garito de mierda que estaba en Gaffey, en San Pedro, y se llamaba El Local. La primera vez que lo vi le habían puesto delante un cordón policial amarillo. Yo iba un par de veces al mes porque podía llegar a pie, y cada vez que iba, algún anciano se caía de un taburete de la barra. Me sorprendió mucho ver que la tía de cuya cara no me acuerdo y su amiga entraban en el bar, porque ni eran feas ni llevaban pulseras de hospital. La de la cara que no recuerdo era morena y parecía de esas que amontonan ordenadamente los huesos de aceituna en el plato. Su amiga, en quien me estaba costando fijarme por mucho que llevara una camiseta sin mangas y con lentejuelas, era rubia y al estornudar hacía un ruido como de pistola láser. Fingí que me ponía a cubierto pero no pillaron el chiste.

—Eh —añadí—, que no os he contado lo del gato ahogado para sostener la idea de que a los gatos, como especie, se les da mal nadar, pero la verdad es que se les da mal. Lo que se les da bien es dedicarse a matar indiscriminada-

mente. No solo porque sus excrementos causen defectos de nacimiento y problemas mentales, sino porque además se pasan la noche en busca de animalitos para matarlos. Por placer. A la mayoría ni siquiera se los comen.

Las chicas se miraron y abrieron mucho los ojos pero no dijeron nada, así que seguí hablando de los gatos. Mi monólogo gatuno. Mi gatálogo.

-Tampoco trato de defender la idea –continué– de que los gatos, como especie, sean imbéciles. Si quisiera defender esa idea tendría que hablarlos del gato de mi padre, Steve, que es mongolo y no me reconoce si me pongo algo, lo que sea, en la cabeza. Por ejemplo, si de repente cojo una lata de refresco o un tenedor y me lo acerco a la cabeza, se le eriza todo el cuerpo, empieza a bufar y me mira como si me dijera «pero ¿tú quién coño eres?», más o menos como me estáis mirando vosotras ahora.

–Disculpa –dijo la tía de la cara que no recuerdo–, pero es que yo soy muy de gatos. Me encantan los gatos.

–Le encantan –añadió su amiga.

–Te creo –le dije a su amiga–. Te creo cuando aseguras que a tu amiga le encantan los gatos.

–Mi gato –continuó la tía de la cara que no recuerdo– se llama Derek Jeter y no es nada tonto. Recoge las cintas de goma, mira la tele y piensa mucho. Y es tan considerado que por las mañanas me despierta acariciándome la cara con la patita.

Siguió enumerando más cosas supuestamente consideradas que hacía Derek Jeter y luego dijo no sé qué de los instintos naturales de supervivencia, pero me distraje cuando su amiga se fue al baño lanzando destellos, como si fuera un árbol de Navidad.

–... y por eso hay tantos que son callejeros –declaró.

-Hay muchos gatos callejeros porque los gatos se pasan el día follando, y Tigre, el de un amigo mío, apareció partido en dos debajo de la puerta del garaje de su edificio de apartamentos, así que mucho instinto de supervivencia no tenía.

Aquello la espantó tanto que me moló, aunque sabía que me estaba cargando cualquier posibilidad que hubiera tenido con ella, así que hice lo único que podía hacer: tratar de cambiar de tema.

-Mi amigo guardó el cadáver en una caja de zapatos y la metió en la nevera una semana, para que su novia, que era de Guam y estaba loca, pudiera despedirse a lágrima viva al volver de un viaje de trabajo. Qué fuerte, ¿verdad? -continué-. Tener que reprimir el llanto cada vez que tienes que echarle leche al café o ponerle mantequilla a la tostada. ¿O es que tú no eres de las que guardan la mantequilla en la nevera?

Revolví la bebida y observé cómo las burbujas daban vueltas y acababan apiñadas en la superficie, con aspecto de huevos de pez. Luego volví a dejar el vaso en la barra, mientras esperaba su respuesta, pero a partir de ese momento la chica ya no tuvo nada que comentar ni de la mantequilla ni de los gatos ni de nada más, al menos a mí. Y cuando su amiga volvió del baño las dos se pusieron a cuchichear y, como me sentía excluido y vengativo, me acerqué y le pregunté a la que brillaba si la camiseta se la habían vendido con unos patines a juego. Ella pareció quedarse a cuadros, luego lo entendió y me miró con los ojos superpequeños. Puse una sonrisa de tonto pero ya era demasiado tarde, porque se levantaron y se fueron sin despedirse. Yo les dije adiós con la mano a sus nucas, y después saludé a Johnny, el del tatuaje ese del

cuello que, más que un impacto de bala, parecía un ojete. Cuando al fin vino le pedí un no sé qué doble, brindamos por las mierdas de gato que hay por todas partes, me dije adiós a mí mismo («Adiós») y me bebí lo mío de un trago.

Por la mañana ya había vuelto otra vez al muelle y me sentía como un objeto sacado de la basura mientras observaba otra vez la flotilla de basura, que en verano solía ser bastante abundante porque hay más gente en los barcos y en las playas en verano, pero esa mañana estaba nublado y hacía fresco, un tiempo gris típico de junio pero en julio, así que no había mucho que ver, hasta que unos chavales del club náutico pasaron en unos barquitos de regata para practicar las bordadas y los giros al llegar a la boyá. Me remangué y estuve observando desde la silla durante un rato, hasta que un gilipollas que iba en un Bayliner nuevecito apareció a toda leche en el canal, se estampó contra el muelle y se cabréó mucho conmigo por no haber frenado sus dos toneladas de mal gusto y no haber evitado que se estrellaran contra el mamparo utilizando únicamente las manos. Cuando terminé de amarrarle el barco él ya estaba de cuclillas en el muelle y pasaba los dedos por un rayajo de quince centímetros.

—Mire esto —dijo.

Lo miré.

—Joder —continuó—. Ahora ya se me ha jodido.

Luego me miró en plan expectante, como para que dijera algo, así que dije algo.

—¿Qué octano utiliza usted?

Me lanzó una mirada penetrante y puso cara de incredulidad pero no se fue, porque creo que en el fondo de su

alma de gilipollas sabía que no tenía ni idea de nada y que solo estaba montando un espectáculo para impresionar a la mujer que estaba en cubierta sosteniendo una soga con pinta de aturdimiento y miedo; además, teníamos el combustible más barato de todo el puerto. No me lo invento: cada cuatro litros, cobrábamos diez centavos menos que en el sitio de Mike, el del canal central, y por allí todos lo sabían.

El tío seguía soltando improperios y fingiendo indignación cuando la mujer lo interrumpió.

—¡Mira, mira! —dijo, tratando de rebajar la tensión—. Le cuelga tanto la lengua que parece que lleva corbata. ¿Es un bulldog francés?

—En su mayor parte, sí —dije—. Se llama Jason. Le gustan los mercadillos y la mierda de pájaro.

Ella soltó una carcajada de esas cantarinas que les salen a las mujeres, aguda y sincera, que hizo que me cayera bien. Así de repente, me recordó a mi madre, y no me habría extrañado que hubiera oido a chicle Juicy Fruit y a laca Aquanet, que hubiera cruzado los brazos y hubiera dicho «a ver, chicos...».

—Ah, entonces tiene el trabajo perfecto —comentó ella.

—Qué va —contesté—. No le pagan.

Aunque allí el dinero se ganaba sin esfuerzo. Aparte de lo aburrido que era y de que a veces la cisterna del lavabo me estallaba en la cara, Tommy, mi jefe, no me incordiaba nada, podía llevar a Jason y beberme gratis todos los refrescos que quisiera. Ya tenía edad suficiente para apreciar el detalle, pero también edad suficiente para empezar a tener entradas (sin salida) en el pelo y algún que otro problema de polla. Mi madre se había muerto, mi padre estaba hecho un lío, yo llevaba desde los veintinueve

años sin dormir ni cagar en condiciones, y al parecer todo aquello había pasado de la noche a la mañana. Era joven y, zas, luego ya lo no era. Y con todo el tiempo libre que tenía para estar repantigado en el muelle, no podía evitar pasarle revista a toda mi vida de vez en cuando y pensar «¿esto es todo? ¿Ocho dólares la hora y siempre con sueño? ¿No me convendría ingresar en la Marina o algo así?». Y no porque me creyera todos los eslóganes de mongolo que repiten en los anuncios de reclutamiento, sino solo porque pensé que acabaría siendo un tío con un seguro de salud al que se le da bien hacer flexiones. Y desde mi silla del muelle, eso parecía un avance. Casi cualquier cosa lo parecía.

Así que cuando me llamó por teléfono un tío que había conocido por la zona del puerto, que iba por ahí disfrazado de vaquero y que estaba forrado, no le colgué. Acababa de comprarse una casa con un tejado a dos aguas en las montañas, que le había costado un millón de dólares, que estaba a cinco horas al norte de Los Ángeles y en la que había que hacer ciertas reformas, y pensaba que igual a mí me vendría bien el trabajo, y también alejarme un poco de los barcos, solo un mes o tres, dependía, «No digas que no, di que sí».

—No, tío. Mi vida es un sueño.

—Pues menudo sueño —repuso—. La última vez que te vi llevabas en la mano la botella en la que habías meado.

—Hace dos semanas que he arreglado el baño.

—Pues por eso te estoy pidiendo que vengas —insistió—. Eres un manitas y estás acostumbrado a condiciones poco ideales. Tú solo piénsatelo.

—Te agradezco la oferta —dije—. Pero no, gracias.

—Venga... Esto es precioso. Te va a encantar, y tu ayuda

me vendría muy bien. Te podemos pagar más de lo que ganas en el muelle y, además, darte de comer de vez en cuando.

—Lo siento —dije—, se está acercando un barco. Tengo que irme.

Así que me fui, y en esta ocasión lo que llegaba era un Parker de ocho metros que se aproximaba en una maniobra perfecta, bien hecha y lenta; el capitán morenísimo lo llevó hasta el muelle con una sola mano, sonriendo; luego se puso él mismo la gasolina mientras nos daba conversación al perro y a mí. En la popa, en letras de pan de oro, se leía ARMA DE DESTRUCCIÓN MARINA, y cuando advertí que llevaba un equipo de submarinismo, le pregunté adónde iba.

—A un par de bancos de peces que hay al otro lado del cabo —contestó mientras se sacaba un papel del bolsillo y me lo alargaba.

En él aparecía una lista que revisé por encima, pero los nombres sonaban tan a científico que se la devolví.

—De vez en cuando los del acuario me pagan para que les pesque cosas. Ése es el encargo de hoy.

—Da la impresión de que es un trabajo estupendo.

—Lo era —aclaró—. Ahora cuesta más encontrar las cosas y, con lo que pagan, apenas da para el combustible. Preferiría estar cargando camiones en el puerto... Esos tíos lo tienen chupado.

—Yo pensaba lo mismo hasta que un par de estibadores llegaron a El Local y se pusieron a cantar un tema de chinitos mientras echaban una partida de billar de nueve bolas. Le pregunté a Johnny que de qué iban y él me dijo que, por lo visto, las empresas de transporte están intentando sustituir a los que se jubilan por chinos, que cobran

menos. Se dice que antes de que termine el año habrá una huelga.

Hizo un ademán de resignación, dejó de echar combustible al llegar a los cien dólares con tres centavos, sacó la boquilla demasiado deprisa y se le cayeron unas gotas de diésel al agua. Observé cómo los arcoíris se alargaban y se volvían ovalados entre las olas, y después me fui a la caja registradora para cobrarle. Pagó en efectivo, me dio una propina de un dólar con noventa y siete, desató la bolina y subió a cubierta. Yo solté la popa y le pasé la soga al tiempo que él encendía el motor, y mientras se marchaba, se metió en la despensa, volvió a salir con una galleta para perros y me la lanzó. La cogí, le di las gracias, me senté en la silla y estuve escuchando cómo se iba alejando lentamente el ruido de su motor intraborda o fueraborda, y después miré el sol con los ojos entrecerrados: una naranja enorme colgada del cielo que formaba un camino de baldosas amarillas en el agua, en dirección al oeste. Le di la galleta a Jason, le rasqué la cabeza y le dije que era mi chico, mi rinoceronte en miniatura, mi milagro retrasado. Porque lo era. En ese momento todo se convirtió en un milagro retrasado, y estuve apreciándolo y disfrutando de él durante tres o cuatro minutos enteros antes de que Jason empezara a ladearle a un gato salvaje que avanzaba entre contoneos cerca de la puerta. Eso me llevó a acordarme de la chica de cuya cara no me acuerdo, y de la cara que puso la chica de cuya cara no me acuerdo cuando le dije en qué trabajaba, y así de repente me volvieron a invadir el aburrimiento y la desesperación, la inquietud y la angustia, la sensación de que tenía que dejar lo del muelle, meter mis camisetas preferidas en una bolsa y avanzar en una línea rectísima hacia

el horizonte, el que fuera, porque seguro que era mejor que el horizonte de mierda que teníamos donde estaba en ese momento.

Hacia el sur había un muro de piedra que hacía daño a la vista y que protegía el puerto, y una playa a la que iban mexicanos y que estaba tan contaminada que habían tenido que quitar toda la arena y cambiarla con unos camiones. En el acantilado de arriba estaba el fuerte MacArthur, una base de las Fuerzas Aéreas desde la cual (cuando no estaba cerrada al público) había una vista buenísima de las megagrúas y del sinfín de contenedores apilados del puerto, de la barcaza, de los cargueros eléctricos que siempre avanzaban con toda calma, de los cruceros que no paraban de consumir fueloil porque en tierra no se puede acumular electricidad suficiente para que funcionen trastos tan grandes. Al otro lado del canal había un viejo puerto deportivo formado por dársenas astilladas y montones de madera, que los dueños se habían negado a arreglar porque las autoridades municipales no les renovaban el derecho de usufructo. Corría el rumor de que planeaban construir unos apartamentos en primera línea de playa y un restaurante temático en el que, por lo que me imaginaba, servirían patas de cangrejo a precios exagerados y donde pondrían Jimmy Buffett en bucle. Otro local como el 22nd Street Landing pero sin historia: mariscos de mierda, ventanales, con suerte pan bueno.

Me entraron tantas ganas de marcharme que me alteré, pero no podía irme, todavía me quedaban cinco horas, así que me tapé el ojo izquierdo con la mano izquierda durante un rato, luego bajé el brazo e hice flexiones hasta que Jason se acercó bamboleándose y empezó a lamerme la frente con su lengua asquerosa. Lo aparté de un empe-

llón e hice unas siete flexiones más, pero él volvió a acercarse y empezó otra vez. «¡Deja de darmelos lametazos, Jason! –grité–. ¡Que estoy haciendo flexiones!» Él se apartó asustado y me miró con recelo, y yo me sentí como un auténtico cabronazo porque menuda mirada tenía el tío (con cierta inteligencia y vulnerable, como la de un simio), y entonces metió la pata de atrás entre las de delante, como si fuera un pequeño atleta, se sentó y se puso a contemplar el agua. Luego yo también contemplé el agua y me fijé en un chaval del club náutico que trataba de enderezar el barco, que se le había volcado. No tenía el peso o la fuerza o lo que sea que haga falta para hacerlo. Después de tirarse un minuto sin que lo lograra, extendí el brazo y acaricié la cabeza de Jason.

–¿Qué, nos vamos por ahí a ver si encontramos más mierda para que puedas darle lametazos?

Él se tumbó y se puso de lado, luego boca arriba, y yo le miré la polla mientras le rascaba la tripa; después le devolví la llamada al vaquero y le pregunté si la oferta seguía en pie. Me preguntó que por qué respiraba tan fuerte mientras hablaba y le dije que acababa de hacer un montón de flexiones, tío, que «qué pasa con lo del trabajo». De lo del trabajo dijo que sí, que claro, y que cuándo llegaba. «Te veo esta noche –contesté–, pero supertarde.» Luego fui a dar unos golpecitos en el barco de Tommy y le conté que tenía unos problemas familiares imaginarios y otros de verdad, por ejemplo, que mi padre se había puesto a dar vueltas a todo correr alrededor de la casa de mi hermano mientras buscaba un billete de avión porque lo había perdido, hasta que mi hermano le quitó el sonido a la tele y le dije «pero, colega, si has llegado en coche». A Tommy le dije que durante un tiempo debía dedicarme

a resolver unos cuantos problemas (lo que tampoco era mentira, en realidad), que iba a marcharme unos meses, que me gustaba trabajar con él y que me gustaría seguir haciéndolo a la vuelta.

Encendió un pitillo.

—No me hace ninguna gracia que te vayas —dijo, mientras echaba el aire solo por un orificio nasal—. Tu perro le gusta a todo el mundo.

—Gracias —le dije.

—Avísame cuando vuelvas y veré qué puedo hacer.

—Te lo agradezco mucho.

La cosa tendría que haber acabado en ese punto, pero no fue así, porque Tommy pasó los minutos siguientes hablándome de un concurso gastronómico de recetas con chile al que iba a menudo, antes de que al fin nos diéramos las manos y yo me largara a toda leche a meter en la camioneta no sé qué y la cama del perro y me pusiera en marcha, en dirección al norte.

La casa del tejado a dos aguas era de 1968, estaba muy cerca de las pistas de esquí, anexionada no sé muy bien cómo a otra casa que parecía construida por Mario, el peluquero de mi infancia, que le hacía a todo el mundo un corte militar plano, le pidieran lo que le pidieran. Lo primero que se veía nada más entrar era un cuarto de baño enano al lado de una cocina de techo bajo, porque qué puede resultar más acogedor que permitirse escoger entre cagar en un antiguo armario o prepararte un sándwich. El sitio entero era lo contrario de la modernidad, una cápsula del tiempo a la que no le faltaba nada, ni una gruesa tela verde en las paredes, ni cuernos de animales por encima

de las chimeneas y las puertas, ni un tótem de tres metros en el salón, delante de una mesa de billar de tres patas y media apoyada en una enciclopedia colocada encima de un ladrillo de cemento. En líneas generales, yo describiría la casa diciendo que era una auténtica mierda situada en dos mil metros cuadrados de piedra volcánica y pinos y enterrada durante cinco o seis meses al año, según el año, debajo de un montonazo de nieve.

Mi trabajo consistía en destrozarla por dentro: derribar muros, levantar otros y después sacar los escombros por el garaje. De vez en cuando había que cavar una zanja o amontonar unas piedras, o había que apilar unos cubos o partir leña, o a la hija del vaquero había que cuidarla mientras él y su mujer salían en plan romántico. A Phoebe le gustaba contarme cosas de su vida de niña de seis años, por ejemplo que había plantado una calabaza en el colegio y que era naranja.

—¡No me digas! Pues yo planté un olmo y me salieron peras.

—¿Qué?

—No, nada.

—¿Le puedo tirar piedras a tu perro?

—Vale.

Y en eso consistía la cosa, básicamente. Me gustaba la parte física del trabajo, y las cervezas de la tarde nunca me habían sabido mejor, porque me daba la impresión de que me las había ganado. Estaba cansado pero bien, me organizaba yo el horario, ganaba un poco más de lo que me daban en el muelle, y además era en negro y Jason podía pasearse por allí y darle lametazos a lo que le apeteciera, que en más de una ocasión era mierda de oso negro. En el pueblo había un puesto callejero en el que

vendían unos tacos muy buenos y, cuando me apetecía ponerme estupendo después del trabajo, me iba a una vinoteca donde me ponían copas de moscatel seco a seis dólares unos camareros blancos que llevaban chaleco. De allí solía salir más que achispado, luego me iba al pub Clocktower y empezaba a discutir con los habitantes del pueblo que, no sé por qué, nunca llegaron a darme una paliza. De todos modos, la mayoría de las noches me limitaba a estar en la terraza sin acabar al lado de Jason, a beber cerveza de baja graduación y a mirar todas las estrellas que no se ven en Los Ángeles.

A parte de lo solitario que era aquello, lo bastante para volverte loco (apenas veía al vaquero, que había alquilado una casa en la otra punta del pueblo para pasar en ella la peor época de la reforma y que se dedicaba a no sé muy bien qué), era el tipo de trabajo que se me da bien, y tras un mes y algún que otro día más de jornadas muy largas terminé casi todo lo que me había pedido que hiciera; la única tarea que quedaba consistía en quitar las últimas placas de yeso en torno a tres ventanales contra los que iban a morir muchos pájaros, los tres en la pared suroriental del salón, los tres con una vista increíble del pueblecito del valle y también del lago y de las montañas que había por detrás, aunque en la parcela de al lado se veían dos árboles especialmente altos y especialmente muertos, y los dos tapaban la mayor parte de la vista, por lo demás increíble. Fueron esos dos árboles lo que me quedé mirando mientras me ajustaba las cintas elásticas de la mascarilla por detrás de las orejas, le daba un tirón a cada guante, cogía el martillo y una palanca y me ponía a currar.

En general, quitar paneles de yeso no supone un gran problema. Básicamente es como si clavaras un trineo en

la pared. Luego lo repites. Quitar los paneles cuando están en torno a los marcos de las ventanas, en cambio, resulta un poco más complicado, porque debes evitar más clavos y pernos y partes del marco, y también debes tener cuidado con el cristal. Hay que hacer palanca y arrancar clavos y dar martillazos con buena puntería y saber aplicar presión. Requiere contención, algo que no se me da bien. Las cosas se complicaban todavía más cuando aparecían las juntas de metal que se utilizaban antes para unir las placas de yeso, antes de que inventaran las cintas tapajuntas, y en mi opinión, la persona que puso esas piezas de metal alrededor de las ventanas usó más clavos de los necesarios. Empecé a sudar, y en el exterior ni siquiera hacía calor. A lo mejor la temperatura era más cálida en el pueblecito del valle, pero en la montaña no pasábamos de unos agradables quince o veinte grados. Sin embargo, al cabo de poco tiempo ya estaba sudando en serio, y en más de una ocasión tuve que dejar de dar martillazos y de hacer palanca para secarme el sudor de la frente con el dorso del guante, y cada vez que lo hacía alzaba la vista, miraba por la ventana que tenía delante y veía los dos árboles muertos. Acabé acercándome a la puerta corredera y la abrí hasta el tope, esperando que entrara un poco de aire.

Cuanto más me costaba arrancar las juntas más me convencía de que la persona que las había puesto no las había instalado bien, y un poco después estaba muy convencido de que quien las había puesto no las había instalado bien, y un pelín después ya sabía sin ningún género de duda que quien las había instalado era un gilipollas de los pies a la cabeza y un auténtico cabronazo que no merecía que lo perdonasen. Me disgustó todavía más des-

cubrir (en la esquina superior izquierda del marco de la ventana, y muy juntos el uno del otro) dos tornillitos de estrella.

Un tornillo no se puede arrancar, hay que desatornillarlo, lo cual tampoco habría sido para tanto si no hubiera tenido los destornilladores en la caja de herramientas, en el garaje, que no quedaba lejos pero lo parecía, aunque la cuestión no estaba en ninguno de esos detalles. La cuestión era que no le veía ningún sentido, por ningún lado, a que esos tornillos estuvieran ahí si no era para complicarme la vida, y me quedé mirándolos un rato mientras empezaban a arderme las orejas, y luego el resto del cuerpo, y no reacciono bien cuando todo me arde. Hay una relación directa entre esa sensación de estar ardiendo y la agresividad, lo que explica por qué casi todos los disturbios callejeros suceden en verano. Eso también explica por qué (mientras contemplaba esos tornillos) hice lo único que podía hacer: perder los estribos y emprenderla a martillazos con los clavos como un loco. Hice una grieta en la ventana, me di un golpe en el pulgar y otro, por haber levantado demasiado el brazo, en lo alto de la cabeza. Me dolió, quiero decir que me dolió a lo bestia, y me di la vuelta, tiré el martillo al otro lado de la sala y estuve dando saltos como un imbécil, poniéndome en cuclillas y describiendo círculos a grandes pasos con los ojos supercerrados, soltando todas las palabrotas que se me ocurrían hasta que ya no se me ocurrió ninguna más. Luego me quedé quieto mientras notaba cómo me iba saliendo el chichón y odiaba al vaquero por un montón de motivos injustificados: sus botas camperas y su sombrero tejano, sus anillos de turquesa y una camisa de gilipollas que llevaba borlas y que le había visto puesta una vez,

todo ello por culpa de una nostalgia mal entendida del Oeste norteamericano. Lo odié porque no se estaba quedando calvo, porque al parecer todo le iba bien en la vida, porque tenía dinero y un coche y una mujer muy guapa. Aunque sobre todo lo odié por haberme convencido para que aceptara ese trabajo de imbéciles, un encargo del que yo sabía que solo era un eslabón más de una larga cadena de decepciones, porque lo único para lo que yo estaba cualificado de verdad era para hacer eso. También sabía (como me sucedía en el resto de los empleos) que seguiría trabajando en ese sitio hasta que me resultase inaguantable y después cambiaría un infierno por otro. Todo lateral, nada vertical.

Cuando por fin abrí los ojos, abrí primero el izquierdo, luego el derecho, y delante de mí, al otro lado de la ventana rota, estaban los dos árboles muertos. Fue entonces cuando me pregunté qué los habría matado.

Al principio supuse que había sido alguna enfermedad característica de los árboles, luego se me fue la cabeza mientras pensaba en enfermedades características de cualquier cosa. No me refiero a las que ya se comentan habitualmente (el sida de los gatos, el cáncer de los perros, las vacas locas y la rabia de los mapaches), sino a otras, como un gravísimo virus paralizante de las abejas y el herpes de las carpas de estanque. Me refiero a la polio de las cabras y el mal de los alces americanos y una gripe que solo afecta a los peces y que se llama la gripe de los peces. También está la varicela de los pavos y una cosa que se llama la enfermedad de Bang y que provoca abortos espontáneos en el ganado. La amenaza de la dermatitis lleva cerniéndose sobre las ostras de la costa este de Estados Unidos desde los años cuarenta. El virus de la lengua azul

lleva tiempo dejando bien jodidas a las ovejas por toda Nueva Zelanda. Hay una enfermedad que hace que las serpientes se enrosquen formando unos nudos que luego no pueden deshacer.

Le eché un vistazo a Jason, que me observaba nervioso desde el interior de un cubo de basura volcado con media lengua fuera. Nos estuvimos mirando a los ojos durante unos segundos antes de que yo volviera a dirigir la vista a los dos árboles. Supongo que hasta entonces solo los había considerado el primer elemento del paisaje, algo desdibujado que tapaba la vista increíble del pueblecito del valle. Pero ahora que me fijaba directamente en ellos, advertí con claridad que se habían quedado chamuscados en la parte más alta y que la corteza había estallado en largas franjas verticales. Un rayo, por supuesto. Eran especialmente altos.

O al menos había sido un rayo lo que los había dañado hasta el punto de volverlos más vulnerables a las enfermedades: desde la pudrición de la raíz, la pérdida de las acículas o el cancro, hasta la roya o cualquier otra invasión de hongos, cualquier enfermedad imprevista y absurda que puede aparecer de repente.

Contento por haber llegado a alguna conclusión, me puse en movimiento para buscar el martillo que había tirado, pero cuando estaba en medio del salón Jason soltó el ladrido que siempre soltaba y salió a toda pastilla del cubo de basura para dar la bienvenida a Phoebe, que había aparecido en la cocina; el vaquero iba unos centímetros por detrás de ella, sosteniendo una cerveza en cada mano y sin parar de decir «¡muy bien, chaval!» y «¡madre mía, qué buena pinta tiene esto! ¡Lo estás dejando todo destrozado!».

Me reuní con él en las escaleras, aún con cierta sensación de ardor pero menos cabreado gracias a la compañía y la cerveza fría, mientras Jason perseguía a Phoebe, que no paraba de reírse y de dar vueltas en torno al tótem y a la mesa de billar, hasta que la niña se detuvo y frenó al bicho extendiendo el brazo y poniéndoselo delante de la cara, como hacen los jugadores de fútbol americano.

—Estoy muy impresionado —dijo el vaquero—. En serio.

Entonces me dedicó su típica sonrisa, tan ensayada y mecánica como la del oncólogo de mi madre. Aunque yo sabía que en su actitud había algo falso, como de animadora deportiva, en cualquier caso no pude evitar valorarla positivamente, sobre todo cuando llegamos al lado de la ventana rota y me dijo que no me preocupara, que de todas formas habían pensado cambiarla por otra mejor. «Una de esas que vienen con tres cristales», me dijo mientras me daba una palmada en el hombro, más en plan colega que jefe. Entonces, para que me sintiera todavía peor por haberlo odiado antes, me invitó a dar un paseíto por la montaña antes de cenar.

—No tardaremos mucho —me dijo—. Está aquí al lado, podemos llegar a pie.

Le contesté que me quedaban cosas que hacer, pero insistió y dijo lo que siempre se dice en esos casos: que qué prisa había, que no iba a pasar nada por continuar al día siguiente, que bla, bla, bla, y mientras yo me quedaba callado pensando en qué responder, él se quedó esperando a que respondiera, y los dos notamos muy claramente el silencio.

—Phoebe, ¿dónde estás? —dijo.

Como la niña no respondió, volvió a llamarla, esta vez un poco más fuerte. Como la segunda vez tampoco res-

pondió, dejó la cerveza en el alféizar y salió corriendo a echar un vistazo.

-¡Phoebe! -exclamó-. ¡Phoebe!

-Jason -dijo yo, solo una vez.

El perro salió tranquilamente de detrás de un montón de material aislante. Phoebe apareció tras él al cabo de unos segundos, con los brazos extendidos y sosteniendo un pájaro muerto, como si fuera un regalo.

-Mirad lo que he encontrado -dijo.

-Suelta eso -le pidió el vaquero.

Pero ella puso en práctica esa estrategia de oír lo que a uno le apetece a la que a veces recurren los niños y los perros, y él se acercó muy deprisa y se lo tiró al suelo con más fuerza de la que seguramente quería emplear. Eso asustó a la niña, a quien le empezó a temblar la barbilla mientras su padre se la llevaba a la cocina para que se lavara. Yo bajé la vista en el preciso momento en que Jason se ponía a olisquear al pájaro y luego le daba un lametón, y yo le solté un «lárgate, gilipollas», y lo aparté con el pie. Él se alejó unos centímetros pero luego se detuvo para observar cómo me agachaba y estudiaba más de cerca el pájaro.

Era un bichito gris y marrón con algo de blanco en las alas y amarillo en el pecho; tenía las patas negras encogidas y rígidas por debajo del cuerpo, uno de los ojos cerrados, y un poco de sangre le había brotado de la cabeza y se había mezclado con el polvo de yeso del suelo, formando un charquito de un tono blanco plateado que recordaba el mercurio.

-¿Qué hacemos con él? -preguntó Phoebe, todavía con lágrimas en los ojos y las manos mojadas, tras volver del fregadero.

Miré al vaquero, que se estaba secando las manos en los vaqueros demasiado ajustados.

-No sé -dije-. A lo mejor habría que organizarle un funeral.

-No -intervino el vaquero-. Ya me deshago yo de él.

Cruzó la sala, lo recogió con un trapo sucio y lo sacó a la terraza inacabada. Phoebe y Jason lo siguieron, pero yo me quedé dentro y los contemplé a través de la puerta de cristal. Pude ver cómo la brisa le agitaba las plumas, cómo el ala izquierda se le movía un poco antes de que el vaquero diera unos pasos rápidos y lo lanzara con la mayor fuerza posible; todos nos quedamos mirando el arco que describía por los aires, un pájaro muerto que volaba hacia dos árboles muertos.

-¿Vamos a dar ese paseíto?

El parque nacional de Inyo ocupa unas setecientas mil hectáreas de bosque ininterrumpido, en su mayor parte en el norte de California, unos ocho mil millones de metros cuadrados de hábitat protegido para un montón de bichos. Hay osos negros, linces, ciervos mulos y alces, serpientes de cascabel y una salamandra muy rara, incluso muflones que andan dando vueltas por ahí. Aunque lo que más me preocupaba eran los coyotes, por su fama de listos y oportunistas, o, tal como los describió el vaquero en una ocasión, de «perros judíos». Al cabo de unos segundos de haber soltado aquello, añadió: «Pero lo digo con todo el respeto».

A diferencia de los judíos, los coyotes comen prácticamente de todo, también algunas mascotas bobas que salen corriendo en los paseos de última hora de la tarde

y que nunca vuelven. Cuando salíamos a pasear normalmente Jason me iba siguiendo a pocos centímetros mientras oisqueaba lo que se iba encontrando, y después jugábamos a que yo le lanzara cosas. Pero esa tarde parecía particularmente excitado; estuvo entrando y saliendo de mi campo de visión periférica durante veinte minutos y después echó a correr, por delante de nosotros, unos treinta metros; entonces se detuvo para echar un truño con un gesto de preocupación muy tonto, luego lo cubrió de tierra y se puso a dar vueltas como loco alrededor de una roca volcánica enorme. Me pareció que quería obligar a esa roca a volver al redil, y lo pensé... bueno, por lo tonto que era. Cuando volví a buscarlo con la mirada había desaparecido.

Estuvimos todos llamándolo, el vaquero y Phoebe y yo, y yo, al ver que no aparecía, intenté que no me diera un ataque de pánico. Yo solo sabía lo que sabía, que estaba anocheciendo y que había coyotes pululando por las inmediaciones, pero entonces supe lo que no sabía, porque el vaquero me habló de un chow chow negro que se llamaba Galleta, al que se habían comido unas semanas antes de que yo llegara.

—Bajó un coyote solo por la ladera —me contó—, justo al atardecer, por el centro de la carretera. Al verlo, Galleta salió corriendo del porche, se puso a perseguirlo ladera arriba y llegaron a la cumbre, donde toda una manada le había tendido una emboscada y lo estaba esperando.

No le dije que era un gilipollas. Más bien no dejaba de imaginarme la cabecita de Jason, que parecía una bola de bolera, y sus ojos de simio, sus orejas de murciélago y sus patitas, cuyas almohadillas me gustaba pellizcarle mientras dormía, cuyas huellas en el barro parecían eri-

zos de mar. Me acordé de su lengua asquerosa y su cara aplastada, del gran empeño que ponía en hacer agujeros en los sofás, de la cara de resentimiento que ponía cuando lo obligaba a dar vueltas sobre suelos de linóleo. Me acordé de otras ocasiones en que el peligro había estado muy cerca: de la vez que empezó a correr encima de la piscina tapada de un amigo, se detuvo en el centro y se hundió; de las Navidades en que descubrió las galletas de marihuana debajo del árbol y se pasó una semana mean-do sentado; de la vez que se tiró desde la parte de atrás de mi camioneta y se quedó colgando de la correa hasta que le empezaron a salir burbujas de sangre de la nariz; del pitbull sin orejas al que le mordió las pelotas en el parque.

No estaba llorando, pero supongo que podía parecerlo. El vaquero me puso la mano en el hombro y me dijo cosas del tipo «seguro que no le ha pasado nada», y «ya aparecerá», y «ayer vieron un puma por la montaña».

—Eres un gilipollas —le dije.

—Solo te estoy contando lo que he oído —contestó—. Esta mañana ha salido en las noticias. Alguien lo ha grabado cerca de los manantiales termales, a unos quince kilómetros de aquí.

—A mí me gustan las aguas termales —dijo Phoebe—. Y el dinosaurio ese que tiene manitas.

—¿El tiranosaurio rex? —le preguntó el vaquero.

—Eso —contestó Phoebe—. El tiranosaurio rex.

—¿Sabes lo que me gusta a mí? —dije—. A mí me gustan los chochos, el béisbol y tener un perro que siga vivo. Eso es lo que me gusta.

—Oye —dijo el vaquero, pero no añadió nada más, sino que cogió a Phoebe, la levantó por los aires y se la sentó

en los hombros. Ella le cogió dos mechones de su espeso pelo, luego bajó las manos y se las puso a su padre en la frente, en la que había unas arrugas que parecían rayas de un cuaderno-. Se está haciendo de noche -dijo-. Creo que me la tengo que llevar a casa.

Ella empezó a protestar pero el vaquero la interrumpió y le dijo:

-No te preocupes, cielo. Jason aparecerá. Y entonces nos lo traeremos a cenar con nosotros. ¿Vale?

Ella soltó una serie de noes entre gemidos hasta que me harté de oírlas y le dije que a lo mejor el perro había vuelto a la casa, que estaba ahí esperando a que alguien le abriera la puerta.

-¿Por qué no vas a comprobarlo -le propuse-, y luego me lo cuentas?

-Es que quiero quedarme -me dijo.

-Ya lo sé -respondí.

-No creo que sea muy probable -dijo el vaquero-, pero si al final te encuentras con el puma, no te eches a correr ni te hagas el muerto. Limítate a mirarlo a los ojos y actúa con seguridad. Coge un palo o una piedra, cúbrete el cuello.

Entonces me deseó buena suerte y se marchó por donde habíamos venido.

Durante un rato me siguió llegando el sonido de sus palabras, y cada vez que yo llamaba a Jason, oía que Phoebe me imitaba inmediatamente, que me hacía de eco desde otro punto de aquel bosque agreste, aunque su voz cada vez me llegaba más débil, hasta que al final, después de llamarlo yo, ya no oí nada.

Después de tirarme unos cuarenta minutos dando vueltas a lo tonto en la semioscuridad, la temperatura había bajado tanto que me veía el aliento delante de la cara y tuve que rodearme el cuerpo con los brazos del frío que hacía. Me había quedado sin voz y, cuando pisaba con las botas las agujas de los pinos, se producía un sonido (durante un segundo, si cerraba los ojos) parecido al que hacía Jason cuando se comía las palomitas de microondas que le tiraba al suelo. Y en ese momento, como no había nadie que pudiera juzgarme, ningún niño pequeño al que eso pudiera darle miedo, hice lo que me salió de forma natural: recé y le pedí a mi madre muerta que me ayudara a encontrar al bobo de mi perro y me dediqué a darles patadas a las piñas hasta que empezó a dolerme un dedo del pie tras haber tenido la mala suerte de confundir una piedra con una de ellas, y entonces salí del bosque mientras soltaba pala-brotas entre dientes. Al fin llegué medio cojo a la carretera John Muir, una franja estrecha y sinuosa de retales de hormigón en la que el sentido de la marcha cambia cuatro, cinco o quizá seis veces. La casa estaba en un punto después del tercer cambio, así que me dirigí a ella resoplando y apretando el paso a medida que iba acercándome, con ganas de echarme una copa al coleto y de quitarme el frío de encima. Aparte de eso, mi plan consistía en coger una linterna, una cazadora, llamar al vaquero y volver a salir.

Me quedaban pocos pasos para llegar a la puerta cuando, más que ver, sentí algo que me llevó a detenerme y girar la cabeza en dirección a una esquina oscura del porche. Después de estar unos segundos acostumbrando la vista (enfocándola y desenfocándola) distinguí su cuerpecito: las patas de atrás hacia atrás, las patas de delante hacia delante, tendido y quieto. Me acerqué un poco y vi

que tenía en el pelaje unas manchas de algo, seguramente sangre, pero resultaba imposible saberlo con tan poca luz. Así que me quedé donde estaba, sin respirar, escuchando. Al no llegarme ni un gruñido ni un ronquido ni un bufido, dije su nombre, solo una vez, como si fuera una pregunta. No se movió, y supe lo que supe.

En mis oídos, un ruido de fondo parecido al de las interferencias de la radio disminuyó mucho de volumen. Mi corazón se convirtió en un estanque en medio de una granizada del que manaban círculos concéntricos de frío. Me pareció que el pecho se me podía venir abajo. Tuve ganas de beber arena. Aunque esto tampoco aclara nada: no tengo palabras para describir la imprecisión salvaje del dolor que sentí.

Supongo que los cantantes de country han tratado de cuantificar el sufrimiento: cuántas cervezas se han bebido, cuántas lágrimas se han contado. Los médicos y las enfermeras utilizan escalas numéricas para medir el dolor, los abogados y los actuarios tienen tablas para calcular las indemnizaciones (si pierdes un dedo pulgar, por ejemplo, tienes derecho a unas setenta y cinco semanas de sueldo). Hasta los poetas recurren a las medidas, ya sea en forma de cucharadas de café o pies métricos. Por tanto, debo plantearme la posibilidad de que quizá consiga explicarme mejor utilizando números, de que exista alguna ecuación, alguna fórmula mediante la cual se pueda determinar la potencia del impacto que tuvo en mí la muerte de mi madre. Hasta tal punto quedó hecha añicos mi forma de entender el mundo, propia de un chaval blanco y mimado, a raíz de esa muerte, que estoy convenido de que las fuerzas del impulso y del peso tuvieron que intervenir de algún modo. A lo mejor un algoritmo

explicaría con mayor precisión la forma en que su sufrimiento y su desaparición partieron el tiempo en un antes y un después, con ese algoritmo se podría calcular el inmenso valor que mi perro había adquirido para mí como consecuencia de esa muerte, podría plasmar el modo en que la muerte de Jason me daba la sensación de ser una muerte compuesta, unos intereses obtenidos a partir de una herida anterior. A lo mejor las matemáticas me podrían ayudar a entender por qué, después de sufrir tanto tiempo, no aprendo a sobrellevar mejor el sufrimiento. Porque no aprendo. Cada vez que aparece, no aprendo.

Evidentemente, en aquel momento ninguna de esas ideas me pasaban por la cabeza con claridad alguna. Incluso apareció en mi visión un velo blanco que se iba desplazando del lado exterior de los ojos al interior, hacia la nariz. Empecé a oír raro, como si estuviera debajo del agua. Me noté... no atontado, inestable. Apoyé una mano en la casa para no perder el equilibrio. Fui mirando alternativamente el suelo que tenía al lado de los pies y la mano abierta como una estrella de mar en la pared, delante de mí.

Estuve a punto de caerme al suelo cuando a Jason lo despertó un pedo suyo y se puso a dar vueltas al intentar darle un mordisco al olor. A mitad de la segunda vuelta me vio, abrió y cerró los ojos, meneó el bulto que le hacía las veces de cola y se me acercó tranquilamente, como si no hubiera pasado nada, tan dormido y tan bobo como siempre. Después de que yo le diera más vueltas y le examinara todo el cuerpo para verle las heridas mortales que pudiera tener, aunque no encontré ninguna (no le pasaba nada de nada, aparte de estar cubierto de mierda de oso casi de pies a cabeza), y después de que él creyera que esa

inspección era un juego y se pusiera boca arriba, me diera patadas en las manos y se pasara la lengua por los labios, entonces, y solo entonces, las lágrimas llenaron mis ojos y empezaron a resbalarme por la cara.

A la mañana siguiente hice unas equis enormes con cinta adhesiva en los ventanales para que los pájaros no chocaran contra ellos, cargué en la camioneta no sé qué y la cama del perro y crucé el pueblo para decirle al vaquero que ya me había hartado. Él puso la cara que pone la gente cuando propones que se divida la cuenta en un restaurante.

—Ah, pues qué pena —dijo al fin mientras cogía las botas—. A Phoebe le encanta tu perro.

—Ya —dije—, pero echo de menos el agua, y tengo que cuidar del barco.

—Aquí hay lagos —dijo—. ¿Has estado en el Convict? Es la bomba.

—Seguro que está muy bien —contesté—, pero no es lo mismo.

—Es verdad, no es lo mismo. En el puerto de Los Ángeles parece que ha llegado el puto apocalipsis.

En eso no se equivocaba, pero no me hizo gracia que fuera él quien lo señalara. Sobre todo después de que sonriera con su sonrisita de siempre y me ofreciera un aumento de sueldo.

—No es por el dinero —respondí, y luego le conté que tenía unos problemas familiares imaginarios y otros de verdad, por ejemplo que mi padre hacía los crucigramas poniendo números y que intentaba llamar por teléfono con el mando de la tele.

-Madre mía -dijo el vaquero-. ¿Cuándo...?

-Ya he recogido todas mis cosas.

La cosa tendría que haber acabado en ese punto pero no fue así, porque el vaquero estuvo hablándome durante diez minutos de una excursión que había hecho Phoebe a un pueblo fantasma antes de que saldáramos cuentas, nos estrecháramos las manos y yo volviera a la costa a toda pastilla, con Jason sentado al lado, en el asiento del copiloto, asomando la cabeza por la ventanilla entre las paradas para mear en aparcamientos y entre una larga cabezada y otra.

El verano empezó a dar paso al otoño y, entre eso y los vientos de Santa Ana que empezaron a soplar en la zona, había poquíssima gente por allí. Casi todas las noches me quedaba despierto mientras oía el ruido de las drizas que no habían quedado bien sujetas y daban golpes en los palos de aluminio. Cuando me hartaba de eso y de contemplar los enormes pernos que unen las chapas de la cubierta con el casco, o las manchas de agua que se veían debajo de las farolas que goteaban (cuando me hartaba de estar harto), me levantaba e iba a un destaladado edificio de oficinas de la esquina, que tenía una de las fachadas lisa y sin ventanas y un aparcamiento bastante bien iluminado, y me dedicaba a lanzar contra ella una pelota de raquetbol de goma azul, la recogía yo mismo y pensaba en la primavera. Entonces Tommy me dijo que podía trabajar más horas en el muelle, cuando el tiempo es mejor y hay más actividad, cuando aparecen las algas bioluminiscentes, las que brillan cuando se agita el agua, como si fueran anticongelante.

-O a lo mejor antes –dijo–, depende.

Yo le pregunté de qué y me contestó que de los resultados de los exámenes.

–Así que al fin te has sacado el graduado escolar –le solté en broma.

Al reírse le salió humo por un orificio nasal y cinco meses después se murió.

Después del funeral algunos de nosotros fuimos a un bar y después del bar algunos de nosotros fuimos a otro bar, y después del otro bar algunos de nosotros nos caímos de los taburetes. Otros decidieron prolongar la noche e intentaron ligar con chicas cuya cara luego no recordarían, pero yo volví al barco, me senté al lado de Jason en la cubierta y me dediqué a escuchar el ruido de las drizas, que seguro que me dejaban dormir tan poco como todo lo que me daba vueltas por la cabeza, así que abrí una cerveza y contemplé todo el puerto: el puente colgante que conecta San Pedro con la isla Terminal iluminado, y el puerto iluminado y las megagrúas iluminadas, y las farolas de los aparcamientos y las estrellas que no alcanzaba a distinguir. Al final bajé a la parte inferior y cogí las llaves.

Encendí el motor y nos marchamos, pasamos al lado de los yates que nunca salen del atracadero, al lado del puesto de repostaje y al lado de la zona deportiva, de la barcaza y de sus bestias ladradoras. Al lado de la playa de Cabrillo y del puesto de Mike, de las boyas y la parte rota del muro de piedra. Al lado del faro Angel's Gate y de los cargueros chinos que esperaban en el agua llenos de contenedores que contienen cosas. Al lado de todos los sitios al lado de los cuales se podía pasar. En alta mar, lejos de tierra firme y de las luces, icé la vela mayor y apagué el

motor Yanmar, me senté a disfrutar del placer de ir avanzando gracias únicamente a la fuerza del viento.

Seguí navegando en línea recta y, al cabo de un par de horas, vi cómo la costa iba menguando de tamaño y luego desaparecía detrás del horizonte, a mis espaldas. Me planteé fugazmente la posibilidad de volver, luego miré a Jason, que estaba en su camita de perro, y seguí bebiendo a sorbos y avanzando hasta pocas horas antes del amanecer, cuando el viento perdió intensidad, se convirtió en una brisa que levantaba remolinos y removía algas y después desapareció del todo. Me quedé mirando la vela mayor durante más de media hora antes de sujetarla con cuerdas, luego apagué las luces de navegación, me senté delante del timón envuelto en una húmeda manta de lana y me quedé dormido durante veinte minutos, sin soñar nada.

Me despertó algo que había a unos diez metros de estribor, una forma verde que parecía una luciérnaga gigante en medio de una nada aparente (de un metro y medio, de casi dos metros, quizá incluso de más de dos metros) y que se movía por debajo de la superficie como algo eléctrico, dejando tras de sí una estela de luz y brillo. Apareció otra por detrás de nosotros, después otra por delante, y otra, y otra, hasta que hubo más de las que podía contar. Fui dando vueltas por el puente de mando de una barandilla a otra mientras pensaba que igual había bebido demasiado o me había frotado demasiado los ojos, pero entonces caí en la cuenta de que nos habíamos encontrado con una surgencia de la corriente de California, ese movimiento vertical de masas de agua gracias al cual los sedimentos ricos en nutrientes y el plancton de las profundidades más remotas suben a la superficie y

atraen a toda clase de formas de vida. En cualquier caso, fuera lo que fuera lo que estaba contemplando, me pareció que debía contemplarlo con ganas, así que abrí otra cerveza y me recosté, pasé un brazo por la barandilla y observé lleno de un callado asombro: docenas de seres marítimos que se movían a toda velocidad y en todas direcciones mientras estallaban en intensos tonos verdes que se hinchaban como auroras submarinas. Al cabo de un rato también miré a Jason, que se me quedó mirando desde su cama hasta que le hice el ruido de besitos que le gusta, y entonces vino a enroscarse en mi regazo, como un calentador en miniatura. Anduvimos así a la deriva casi una hora, y durante todo ese tiempo me sentí de lo más afortunado por estar en ese lugar contemplando aquello. Despues, cuando algunas de aquellas formas se acercaron lo bastante para salpicarnos, Jason soltó su débil ladrido (que en aquel oscuro silencio ya no parecía tan débil), y a mí no me quedó otro remedio que escupir cerveza, reírme y decirle:

—¡Eso es, colega! ¡Déjales las cosas claras! ¡Pero bien claritas!

## Soy el hombre que buscáis

Cuando me desperté, una pelirroja que estaba buenísima desfilaba por la acera con su perro, un terrier o algo así, no sé, era un bicho pequeño y de color marrón claro y era un perro, un Perrito del color de la arena, de la arena mojada, de la arena caribeña, de San Bartolomé o de las islas Vírgenes o cualquier otra jodida clase de arena, colega, pero bueno, muy en plan rollo tropical, y si no era un terrier, entonces no sé cómo son los terriers, y la verdad es que no lo sé. Pero sí sé que era un perro, hasta ahí llego, más o menos del tamaño de los perros que son terriers, con una altura de treinta centímetros hasta el lomo, y de unos siete kilos, y también sé que la chica caminaba muy despacio con aquellos tacones altos y aquellos vaqueros ajustados que le tapaban las tremendas caderas y le llegaban todavía más arriba, por encima del ombligo y más arriba, tan arriba que incluso le tocaban las costillas inferiores, tan arriba que seguro que eran de algún diseñador. Le dije «hola, Vaqueros Altos», y puse una expresión que había visto una vez en un anuncio de los grandes almacenes JCPenney, una media sonrisa de labios apretados aunque no la que suele hacer la gente, pero ella se limitó a mirarme los pies estilo congelador, en ese plan, y yo pensé que

seguro que era nórdica, toda una reina de las nieves, sus antepasados debían de venir de un sitio parecido a la guarida de Superman o algo así, a lo mejor de Francia. Aunque en realidad me daba igual la nacionalidad de sus tatarabuelos, porque yo no habría tenido ningún problema en darle un beso de tornillo a la tataranieta, pasarle los labios y la lengua por sus labios y su lengua y sus pechos y su vagina, y a lo mejor, pensé mientras se marchaba desfilando lentamente, nos podríamos dedicar al francés y también al griego, aunque no es que yo suela hacer muchas cosas con el ano, al menos no de forma premeditada. Una vez, mientras tomábamos unas cervezas, un buen amigo se puso a hablar de comer culos y me dijo «que sí, colega, no sabes cómo mola, se vuelven locas, lo tienes que probar». Yo le dije que no, que no pensaba hacerlo, que tenía miedo de que tuviera el mismo sabor que las pilas AA que huelen a mierda. Me contestó «que no, colega. Las chicas son más limpias. Huele a césped recién cortado». Le dije que lo del césped recién cortado ya lo veía más factible, y él me dijo «claro», y luego me recomendó que visitara la página bottomlickers.com para ver cómo se hacía y para inspirarme. Lo hice, y fue horrible.

Pero tengo que reconocer una cosa: limpia sí parecía, limpísima, de esas chicas que tienen una esponja de lufa en la ducha, que se ponen jabón entre las nalgas y luego se pasan la lufa, y después se quedan un rato delante del espejo con el cuerpo envuelto en una toalla y otra enrollada en la cabeza mientras se ponen cremas caras que huelen bien y que llevan nombres como Momentos de Pepino de Neblina de Melón y Crema Hidratante de Aloe y Fresa, de esas chicas que cada tres semanas se hacen la sesión especial de manicura y pedicura con productos

Miami Beet en un sitio que se llama Angel Tips, una de esas chicas que no le tienen miedo al futuro porque son jóvenes y guapas y tienen un año que todo el mundo les comería en cuanto ellas se lo permitieran. En mi opinión, es tan guapa y lleva unos vaqueros tan chulos que seguramente recibe más proposiciones en una única semana de las que yo recibiré nunca en mi única vida (sumándole, además, las vidas únicas de otros cinco tíos), de modo que me parece probable que a ella pueda gustarle esa práctica, así como para poner a los tíos a prueba, en plan «si te gusta mi ano, a estas alturas ya dilatado, aparte de blanqueado, entonces te gusto de verdad», pero con acento extranjero. Y la verdad es que yo estaría dispuesto a pasar esa prueba, porque en el fondo soy un tipo convencional que aspira a mantener relaciones relativamente espontáneas con una mujer atractiva que tenga pocas expectativas, a quien yo le guste como soy y que desee expresar ese agrado que le inspiro estando desnuda. Si estos deseos coinciden con los vuestros, mujeres atractivas del mundo, en ese caso... soy el hombre que buscáis.

También soy el hombre que buscáis si os gustan los tíos bajitos que van de bordes, que tienen mala fama y un amigo de la infancia que se llama Peter Parsons y que una vez se bebió tres granizados extragrandes delante del 7-Eleven de nuestra zona y después no pudo pasar la pierna por encima del asiento de la bici para volver a casa porque se le había hinchado demasiado la tripa, así que se tumbó junto a los cubos de basura y estuvo gimiendo hasta que apareció una ambulancia para hacerle un lavado de estómago. Por culpa de los granizados. Cuento esta anécdota porque el chico bebía demasiado y yo hago lo mismo (y fue lo que hice la noche antes de que la señorita

Señora pasara por delante de mí con su perrito), normalmente bebo en un antro llamado Village Idiot en el que sirven unas coles de Bruselas geniales y unos cócteles con vodka que están de muerte y son baratos. Cuando volvía de la calle, después de haber sacado la basura, el ojo izquierdo empezó a parpadearme a lo bestia y me mareé, lo que me sucede de vez en cuando la mañana de después al estar deshidratado, pero enseguida me puse bien, en cuanto me coloqué delante del inodoro, me bajé la bragueta y solté un pis muy amarillo. Pero recuerdo que entonces la oscuridad empezó a desplazarse desde la parte exterior de los ojos hasta la interior, junto a la nariz, y lo siguiente que recuerdo es que estaba bocabajo en la bañera, lanzándome un chorro caliente de pis en la tripa y con la cabeza sangrando, porque al parecer me la había golpeado contra la jabonera, que estaba pegada a los azulejos, al caerme. Así que cuando noté una sensación parecida, al volver de la acera, me tiré al suelo en el mismo lugar en el que me pilló aquel ataque, que fue en el jardín delantero, para evitar otra caída y más heridas. En cierto sentido, ese mareo que me entra se parece a un aura epiléptica, aunque yo no soy epiléptico y me lo provoco yo solo, así que ni os molestéis en sentir pena por mí. Porque no deberíais. Y mientras estaba de espaldas en la hierba fresca, pasó por encima la silueta de un pájaro, recordada por delante del sol, y, cuando aún estaba dentro de mi campo de visión, batió las alas una vez, luego dos, y desapareció, plas, plas, plas, y después cayó el telón.

Y luego me desperté y luego vi a aquella chica y dije aquello y luego le puse esa cara y luego ella me ignoró y luego pasó algo genial: ese perro suyo del color del papel viejo se metió en el jardín, se puso a olisquear y a conti-

nuación movió hacia delante la parte posterior, arqueó el lomo y adoptó la postura que llevaba grabada de nacimiento en el cerebro para soltar un truño, y justo en una esquina de mi terreno. La cosa era que resultaba evidente que la chica tenía muchas ganas de marcharse, lo que me llevaba a plantearme si el resentimiento que le debía inspirar el perro en ese momento era muy profundo. Seguramente era bastante profundo, lo suficiente para que, si te caías en él, te rompieras al menos un tobillo, es decir, tan profundo como alta estaba la casita del árbol de Peter Parson, de la que Peter Parson se cayó una vez y se rompió el tobillo. ¿Qué serían, seis metros? Y en el preciso instante en que se dilataba el ojete del perro e iba apreciando la primera caca, el bicho volvió el hombro del color de la lija gruesa, me miró, ¡y no dejó de mirarme en todo ese rato, a los ojos! Muy osado.

Y también fue algo extrañamente fascinante. Sin querer, empecé a devolverle la mirada al animalito, y aunque en ese momento la situación no me recordó nada, sí me recuerda algo ahora, me hace pensar en una chica del sur que era diestra y con la que nunca llegué a salir, aunque éramos amigos. Era de Carolina del Sur o de un sitio parecido a Carolina del Sur, como por ejemplo Carolina del Norte, y tenía unos ojos de braco de Weimar con los que se me quedó mirando fijamente al contarme que de pequeña le daban miedo las escaleras mecánicas de bajada, y después, la misma noche, más borrachos y saltando hipidos, mientras estábamos tirados como leones marinos sobre su alfombra del color del queso para untar, me contó también que su hermana estaba muy enferma y tenía una enfermedad de chicas de la que yo nunca había oído hablar. En aquella época yo era joven y no sabía

cómo ser un apoyo para otra persona (no sabía cómo ser nada), así que dije «hay que ver lo que tenéis las mujeres por ahí abajo» con cara de resignación, y ella siguió mirándome fijamente tanto tiempo que agradecí que le hubiera entrado hipo y que tuviéramos unas copas en la mano derecha.

En otra ocasión, un día, otra chica que también era diestra (aunque en este caso era del norte y me acosté con ella unas cuantas veces) se pasó por mi apartamento sin previo aviso y me preguntó por qué estaba la tapa del microondas tirada en medio del pasillo. Le expliqué que la había arrancado y la había lanzado allí. Me miró fijamente. Tara, mi cuñada, se quedó mirándome fijamente durante todo un minuto después de mi discurso de padrino, y mi madre se quedó mirándome fijamente cuando yo todavía no tenía la edad suficiente para saber cómo era un coño pero le dije que iba a salir a la calle a buscar coños, y cuando ya tenía suficiente edad y le dije que iba a salir a la calle a buscar coños, y cuando me arrestaron, y cuando le dije que tenía una entrevista en la oficina de reclutamiento de la Marina, y cuando volví a casa oliendo a tabaco y cerveza y sin los antibióticos que me había pedido que le recogiera, y cuando me arrestaron otra vez, y cuando cogí un plátano, como si fuera mi polla, y me follé la cara del perro, y como en otras mil ocasiones.

Y también me viene ahora a la mente otra mirada penetrante, de mi padre. No sé por qué. Y no sé por qué el perro de esa chica me miraba de forma tan penetrante mientras cagaba, porque no se me ocurría qué podía haber hecho yo para suscitar esa mirada, pero no dejó de mirarme a los ojos con mucha fijeza durante todo el rato y, después de echar todos los truños, avanzó un poco

arrastrando la parte trasera y se marchó, dejando finalmente un pequeño rastro semicircular de mierda perruna a su paso. Como soy de la costa este de Estados Unidos estoy acostumbrado a ver nieve amontonada, pero ese montoncito recordaba más bien unos huevos de tamaño pequeño, y observar a aquella chavala recogerlos con una bolsa de plástico era como contemplar a una chica guapa que recoge huevos de Pascua.

—No hace falta que lo hagas —le dije mientras le señalaba la cabeza—. Lo puedes dejar ahí. Por cierto, me gusta cómo vas vestida.

No dijo nada, ni una palabra; normalmente, cuando me rechazan de este modo abandono toda esperanza y desaparezco sin hacer ruido, pero en esta ocasión supongo que me dio ánimos el deseo que sentía de follármela sin condón, no lo sé, pero el caso es que seguí.

—Me gustaría recompensarte por ir tan bien vestida —proseguí— e invitarte a comer.

Me ignoró por tercera vez, y como no se me ocurría qué decir después de «comer» pero a la vez tenía la sensación de que debía añadir algo (porque a estas alturas ya estaba metido de lleno en aquello), seguí mi lógica o mi instinto o qué sé yo, y lo que me salió fue «ñam, ñam».

Comida → Ñam, ñam.

Desde luego, no pienso afirmar ahora que a esa chica la cautivó mi torpeza y se produjo en ella un cambio repentino de opinión y dejó de negarse a mirarme y que, al hacerlo, se dio cuenta de que no era feo del todo y que advirtió, gracias a esos poderes intuitivos y femeninos de los que todas presumen tanto, que no me falta talento para ciertas cosas y que soy capaz de levantar cosas que pesan mucho y que tengo buen corazón, y que decidió re-

compensar esa decencia global aceptando mi ofrecimiento de recompensarla con comida por ir tan bien vestida, y que después fuimos a comer pollo juntos y que estaba un poco seco pero me gustaron mucho la piel crujiente y las patatas con romero, y que después de cenar fuimos a dar un paseo por las frescas calles del barrio y ella dijo «el cielo está precioso esta noche», pero con acento extranjero, y que yo respondí «sí, es como una tele recién apagada, negra pero de un negro más brillante», y que después nos dimos la mano porque había una conexión superfuerte o yo qué sé, y que al cabo de un buen rato nos fuimos caminando a su casa porque yo le había dicho que tenía que hacer pis aunque no era cierto, solo intentaba entrar en su apartamento, que era superagradable porque tenía muebles y todo, y que ella abrió una botella de vino blanco con un sacacorchos para botellas de vino blanco y nos lo bebimos después de servirlo en unos tarros de cristal y bla, bla, bla, y que jugamos a un juego sexual que se llamaba «domar al tigre», en el transcurso del cual le comí el culo, que olía a césped recién cortado. Pero eso no sucedió.

No obstante, si la memoria no me falla, y no me falla, cuando dije «ñam, ñam» mientras ella se agachaba para recoger el último huevo de mierda de perro (justo antes de que se enderezara y se alejara de mí a toda prisa y para siempre, porque la verdad es que desde entonces no he vuelto a verla y tampoco espero hacerlo), una expresión divertida asomó en su cara al tiempo que trataba de reprimir una sonrisita.

La verdad es que, a pesar de la relativa facilidad con la que intenté ligar de forma cutre con ella, nunca es fácil. Reunir el optimismo y la seguridad y –para qué engañar-

nos– la ausencia de pereza necesarios para pedirle una cita a una chica requiere un tremendo y a veces casi heroico esfuerzo por mi parte, sobre todo si tenemos en cuenta todas las veces que, en mi vida de tío no del todo guapo, mis esfuerzos no solo no me han ayudado a conseguir lo que quería, sino precisamente lo que no quería. Por ejemplo, un puñetazo en la cara, a Karen la bizca, o una gran tristeza.

Sin embargo, al igual que mi buen amigo Marc, quien durante una sequía de chochos especialmente larga aprendió a que lo excitaran las gordas viendo porno de gordas, exclusivamente, durante meses (¡y funcionó!), yo también he estado intentando rebajar mis expectativas. No decepcionarme tanto. Encontrar una forma de no sentirme tan solo. Casi nunca lo consigo, pero de vez en cuando sucede algo como esto. Algo que está un poco por encima de lo malo. Algo que casi da la sensación de que basta.



«Hola. ¿Es el café Sage?» Dije que no, porque no lo era. Me llamaba a mí, a mi móvil, en mi barco. «¿Es el 971-34156217?» Dije que ese número tenía demasiados... números. La mujer se disculpó y colgó, y entonces caí en la cuenta de que me apetecía desayunar huevos, y también de que (mientras intentaba explicarle a la señora lo del número de teléfono) había dudado un segundo mientras me aclaraba con respecto a lo que tenía que decirle. Y a lo mejor aquello no había sido en absoluto lo que tenía que haberle dicho. A lo mejor lo que tenía que decirle era que no sabía qué decir. Se me pasó por la cabeza. Lentamente. Como un pensamiento cansado.

Cuando un semáforo se pone verde, no todos los coches empiezan a avanzar a la vez, sino que se produce una acumulación de pequeñas dudas entre coche y coche. A lo mejor tú eres rápido, pero cuanto más atrás estés en la fila, más dudas heredas. Puede incluso que ni llegues al semáforo. Esto pasa en otras partes, esto pasa en todas partes, continuamente, incluso te pasa en los riñones, y en la caja del supermercado para los que llevan doce artículos o menos. Igual que la ropa cuando la dejo demasiado rato en la secadora y se arruga, igual que la

leche de la nevera que se pone agria, igual que cuando no pillan a tiempo el cáncer, y por eso mi madre sufrió una temporada y luego se murió. Yo era el único que estaba con ella en la habitación en ese momento. Su respiración se volvió más lenta, se paró, se reanudó, se paró, siguió parada. Intenté cerrarle los ojos nublados y la boca pero se le volvían a abrir, cosa que me pareció interesante. Fui al baño del piso de arriba, en el que mi hermano estaba saliendo de la ducha. Iba envuelto en una toalla marrón. Yo el cáncer me lo imagino marrón. No sé por qué.

-Ha muerto -dije.

-¿Qué?

-Que ha muerto. Ahora mismo.

-¿Estás de coña?

-No -contesté-, no lo estoy. -Y añadí, porque sí-: Gilipollas.

Ha pasado cierto tiempo desde entonces, y a veces pienso: mi madre no pudo sobrevivir a ello. Y ahora me pregunto si he sobrevivido yo a ello, y ahora me pregunto si sobreviviría en caso de que me llenara los bolsillos de piedras y me zambullera en una piscina, y ahora me pregunto cómo será de pequeño el Tiempo. Me encantaría que, si hiciera esa pregunta, alguien me contestara «tan pequeño como los incisivos del microbio del microbio del microbio del microbio del microbio de un microbio. Tan pequeño que podrías meter cuatro mil millones de años en el hueco que tiene Elton John entre los incisivos». Yo diría «jo, qué respuesta tan buena».

Yo me imagino el Tiempo como un montón de trozos minúsculos de confeti, tan pequeños que son invisibles, que van revoloteando por todas partes, a nuestro alrededor, que incluso se te meten por la nariz al respirar. Tam-

bién creo que es cancerígeno, como el beicon quemado. En cuanto a los huevos, a mi madre le gustaban duros, pero a mí me cuesta decidirme entre los fritos por los dos lados y los revueltos, y las camareras me ponen nervioso. En cuanto a las dudas, yo siempre dudo de alguien que fuma en la cama, porque imagino que algún día se va a despertar encima de un incendio.



## El frío trayecto de vuelta a casa

En septiembre vi cómo un gato callejero se tiraba al río Connetquot al intentar matar un pato. Como no alcanzó su objetivo, se quedó perplejo y nadando en círculos, gemiendo mientras la corriente se lo iba llevando lentamente a la Gran Bahía del Sur de Long Island, que desemboca en el océano Atlántico.

En octubre mi madre me ofreció veinte dólares por limpiar el garaje que ella y mi padre habían llenado de trastos: contrachapado combado y cuchillas de cortacésped que ya no cortaban, una máscara que mi padre había comprado en África en una época en la que fabricaba extremidades ortopédicas para no sé qué tropas, lámparas sin tulipa y botes de WD-40 sin boquilla, herramientas oxidadas, una bolsa dura como una roca de sal de roca, palas y bicicletas rotas, un motor fueraborda cuya tapa del depósito era una telaraña. Cambié algunas cosas de sitio, barrí hojas y doblé lonas azules hasta que encontré una mohosa caja de cartón con latas de cerveza Rheingold, sin abrir. Me la llevé detrás del garaje y la enterré debajo de unas hojas, la escondí como lo haría una ardilla gorda y esperé a que me llegara el invierno.

En noviembre murió la madre de mi padre, y en di-

ciembre él se emborrachó y trató de dormir en un árbol, pero se cayó. Ya sabéis lo que dicen de las manzanas. Yo tenía catorce años.

Entonces llegó el invierno.

En esa época parecía que nevaba más, que hacía más frío. A veces la Gran Bahía del Sur se congelaba completamente, se formaba una capa de sesenta centímetros de hielo, y la gente recorría por encima de él en coche los diez kilómetros que había hasta Fire Island. A veces esa gente se hundía. Cuando la marea bajaba mucho, mucho todavía se veía un vehículo que se oxidaba en las llanuras arenosas frente a la playa Ocean.

Y recuerdo estar agarrado del pulgar de mi padre mientras miraba cómo los barcos para navegar sobre hielo pasaban por delante del restaurante Riverview. Era muy bonito.

Pero incluso en esa época la nieve se fundía y se volvía a congelar, se volvía a fundir y se volvía a congelar. No teníamos polvo de nieve, teníamos hielo. Las ramas se doblaban. Las cosas se rompián. Las máquinas pasaban por las carreteras y echaban sal pero no servía de nada, y eso me encantaba, igual que me encantan los huracanes potentes, las inundaciones y los tornados, el toro que le saca las tripas al torero. Creo que está muy bien que la naturaleza se rebele y embista contra nosotros, que interrumpa nuestros planes, que revele la prepotencia de nuestros falsos juicios, y que, a su paso, cuestione la solidaridad del sufrimiento compartido.

En todas las tormentas de invierno A. J. y yo nos poníamos delante de las ventanas del salón y mirábamos el triángulo de nieve que caía delante de la farola, y esperábamos irnos a la cama, levantarnos al día siguiente, acer-

carnos corriendo a la radio y enterarnos de que habían cerrado el colegio. Cuando eso no pasaba, nos sentíamos estafados y nos tomábamos los Cheerios de mal humor y nos burlábamos del peinado de nuestra madre mientras ella se bebía a sorbos su café instantáneo. Cuando el colegio sí se cerraba, salíamos a patinar agarrándonos a algún vehículo.

Ésa era la forma de divertirnos y desplazarnos cuando éramos demasiado jóvenes para conducir: nos colocábamos al lado de la señales de stop, en grupos de cinco o seis o quince, y esperábamos en silencio mientras escuchábamos cómo nos castañeteaban los dientes, mientras nos temblaban los anoraks de nailon. A veces alguien decía algo del tipo «jo-jó-joder, tío, no me siento los pu-pu-putos dedos», pero cuando se acercaba uno de los pocos coches que aún se atrevían a circular, nos activábamos, nos peleábamos por ver a quién le tocaba y meneábamos el cuerpo y nos dábamos puñetazos en los brazos. Y cuando el coche se detenía nos aproximábamos a todo correr, nos acuclillábamos, nos agarrábamos del parachoques y dejábamos que nos arrastrara a lo largo de una manzana o de un kilómetro, a veces más. Respirábamos el humo de los tubos de escape y escudriñábamos estatuas de la Libertad. Números azules. Cerraduras de maleteros.

Los mejores paseos se daban con los que se acababan de sacar el carné, los que iban con el monovolumen, el Oldsmobile, el Nissan Sentra de su madre, tíos del barrio que apenas un año antes montaban guardia en las frías esquinas a nuestro lado. Frenaban el coche en la esquina en la que estuvieramos, bajaban la ventanilla, nos decían que nos agarráramos, esperaban, preguntaban «¿ya?», y subían la ventanilla casi del todo. Había un tío al que todo

el mundo llamaba Dedi porque un Cuatro de Julio se quedó sin el dedo pulgar por culpa de un petardo M-80 y los médicos le pusieron en su lugar el dedo gordo del pie; fumaba pitillos Lucky y conducía a ochenta kilómetros por hora por calles estrechas y cubiertas de hielo, se deslizaba en las esquinas, nos arrastraba a los aparcamientos y se ponía a dar vueltas, a ver si nos soltábamos. Cuando lo conseguía se detenía, esperaba, bajaba la ventanilla y nos decía que volviéramos a agarrarnos. Y nosotros volvíamos a agarrarnos.

Habíamos oído contar historias, desde luego. Uno se escurrió debajo de una rueda y se le quedó la cabeza aplastada. Otro se soltó del coche, salió rodando a sesenta y cinco kilómetros por hora y se estrelló contra el poste de un buzón. Los conductores perdían el control y chocaban con cosas, como árboles. Postes de teléfono. Casas. Arbustos de espinas. Había gente que se había matado. Habían muerto niños y jóvenes. Pero nadie a quien yo conociera. Los muertos, los que habían entrado en coma o habían quedado en estado crítico y salían en los periódicos eran de otros pueblos. Solo vi a una persona sufrir lesiones por patinar agarrada a un vehículo.

Una mujer se detuvo en la esquina de Vanderbilt y Cross; conducía un trasto rojo con un alerón. Supo que tramábamos algo porque estábamos muy contentos y porque éramos unos doce y todos gritábamos «¡denos una vuelta, denos una vuelta!», mientras gesticulábamos como locos, cada uno imitando a su manera con las dos manos a alguien agarrado al parachoques trasero de un vehículo. Ella se puso en marcha, pasó la señal de stop e intentó acelerar, pero los neumáticos de atrás derraparon, lo que dio a tres o cuatro chavales el tiempo suficiente para sa-

lir corriendo, dar un salto y agarrarse al alerón. Avanzaron unos metros, ella pisó el freno y un chico se estampó la cara contra el maletero. Empezó a salirle sangre de la nariz. Se la lamió. Intentó limpiársela con el guante. Se quedó mirando las gotas rojas que había en la nieve, junto a sus botas, y preguntó:

—¿Estoy sangrando?

La mujer salió del coche; llevaba uno de esos anoraks de un rosa neón superexagerado que se llevaban en los ochenta, y nos dijo a gritos que lo que hacíamos era ilegal. Todos nos alejamos, algunos de forma instintiva, otros por la fuerza de la costumbre, otros por imitación, y nos despedigamos en varias direcciones en torno a ella, mientras nos preparábamos para echar a correr. Si hubiera dicho una palabra más, si hubiera hecho algún ruido, incluso un ademán repentino, estoy seguro de que eso habría bastado para romper la tenue gravedad que nos mantenía en aquel sitio. Pero entonces uno de los chicos mayores y más valientes (Nicky Mastro o Alex Tracy, Bobby Ruth, Tolin Farrell) dio un paso al frente en medio del silencio blanco y, con tanta calma que casi pareció un gesto de cortesía, dijo «cierra el pico, puta». Me quedé a cuadros y, por lo que pude ver en el gesto de la tía, ella también. Antes de que le diera tiempo a recomponerse para replicar algo, alguien más musitó «eso...», y otro dijo «eso», y otro le preguntó si se había comprado el anorak por catálogo en Vuarnet o L. L. Bean, y otro le tiró una bola de nieve que le dio en la espalda. Ella se dio la vuelta, con mirada de cabreo, en plan acusador, y exigió que le dijéramos quién había sido. Entonces recibió el impacto de otra bola, esta vez en el oído. Luego otro le tiró otra bola, y después todos le tiramos bolas, incluso mi hermano pequeño, al que

se le daba fatal hacer bolas de nieve y lanzar cosas, y recuerdo que la suya se deshizo en pleno vuelo. La mujer se metió a toda leche en el coche y dio un portazo, mientras las bolas hacían pam, pam, pam por los cuatro costados, y los neumáticos volvieron a derrapar y un par de tíos volvieron a acercarse, a agarrarse y a dejarse arrastrar. Al cabo de cinco minutos volvieron a pie; traían el alerón roto de trofeo.

Esa tarde mi hermano y yo nos fuimos a dar una vuelta al 7-Eleven, donde Sal el Marica, el cajero marica (que vendía cuadros muy feos y de forma ilegal a mi madre y a otras señoras del pueblo, y que años después desapareció, y entonces se rumoreó que había muerto de sida, y después que no había muerto de sida sino de una cardiopatía), había colocado en el suelo, al lado de la puerta, unas cuantas cajas de cartón aplazadas. Mi hermano y yo nos limpiamos las botas en las cajas, le dijimos «hola, Sal», y él contestó «hola, chicos, decidle a vuestra madre que me llame», y nosotros dijimos que claro, que por supuesto, y nos fuimos a la zona de los cafés y nos preparamos chocolate caliente y nos lo tomamos agazapados y muy juntos ahí mismo, en la tienda. Cuando fuimos a pagar, Sal no nos dejó.

—De eso nada —dijo—, pero decidle a vuestra madre que me llame.

En el frío trayecto de vuelta a casa pasamos al lado de una furgoneta azul, detrás de la cual iban colgados Nicky y Alex, no en cuclillas sino deslizándose sobre el vientre, con el cuerpo extendido como si fueran Superman, y los dos soltaron una carcajada cuando a uno de ellos le salió

una chispa de la hebilla del cinturón en una franja sin nieve de la carretera, justo antes de que ellos y la furgoneta desaparecieran por detrás de una colina pequeña. Nosotros seguimos andando sin comentar nada al respecto.

En Woodlawn pasamos por delante de la casa de los Catalano, un edificio de estilo colonial de ladrillo y tejas, que tenía una cerca de estacas puntiagudas y blancas. La habitación izquierda del piso superior era, creo, la de Jamie, de quien en segundo curso me había enamorado, sentimiento que me duró veinte años, después de que mi hámster Luigi le mordiera el dedo con sus dos incisivos demasiado largos y demasiado amarillos durante una tarde de juegos organizada por los padres que salió fatal, en la que Jamie se marchó corriendo a su casa para no volver jamás. Después del instituto desapareció, y no reapareció hasta el funeral de mi madre, una década y pico después; me quedé pasmado de la sorpresa y con la boca abierta de par en par minutos antes de pronunciar un discurso con muy mala leche que aproveché para despotricar no solo contra la familia de móngueros de mi madre, sino también contra Dios, el destino, el universo, un amigo de mi hermano que se llama Skip (aunque no sé por qué), el sacerdote, que acababa de declarar que para él había sido un placer conocer a mi familia en el último mes y que en la misma frase confundió el nombre de mi hermana, las señoras llenas de buenas intenciones que nos decían chorraditas para tratar de consolarnos, la funeraria por intentar vendernos ataúdes de los caros, el tráfico de la autopista Sunrise, los republicanos y Omar Minaya, por aquel entonces director general de los New York Mets. Antes de que terminara Jamie ya se había ido.

A la izquierda estaba la casa de Tommy Decosta, quien

con el paso del tiempo un día acabaría apuntándome a la cara con su pistola de policía por un malentendido de borrachos en una húmeda noche de verano, y hacia quien, para mi propia sorpresa, eché a andar directamente mientras le gritaba.

Pasamos por delante de la casa blanca y de una sola planta de los Scheibler, la pareja triste que no había tenido hijos, y después por delante de la casa amarilla donde los Gimmler sí los habían tenido y les habían pegado hasta que un día aparecieron unos camiones de mudanzas en la puerta y desaparecieron todos para siempre.

Al final llegabas a la casa de los McMillan, una familia de derechistas y obsesos de la jardinería que siempre me cayeron mal, de la forma en que alguien le puede caer mal a un chaval aunque no sepa por qué hasta que se hace mayor, y luego me dio pena que me cayeran mal porque, después del funeral, la señora nos trajo bandejas y más bandejas de lasaña y macarrones y también estofados, aunque todos nos dedicamos más a beber que a comer.

Entonces mi hermano y yo llegamos a casa.

Antes de entrar miramos a ver si había cartas en el buzón de metal abollado que no tenía número porque mirar a ver si había cartas en el buzón de metal abollado que no tenía número era emocionante aunque nunca hubiese nada, luego rodeamos la casa y nos dirigimos a la puerta de atrás. Al llegar no entramos; yo di la vuelta y me encaminé al garaje. Mi hermano me siguió un poco, luego se detuvo y, justo antes de que yo doblara la esquina del fondo, me gritó «¡mira! ¡Estoy meando ácido clorhídrico!». Ya, ya, seguro, dije yo. «Que no, en serio. ¡Mira, sale humo!»

La temperatura había subido ligeramente de los cero grados, y los carámbanos que colgaban del techo del garaje habían empezado a derretirse y las gotas habían formado una línea recta de agujeros de distintos tamaños en la nieve, y me quedé delante de ellos un segundo, asombrado, como si fueran los círculos esos que aparecen en los campos cultivados. Luego di unas patadas con las botas hasta que encontré las latas de Rheingold, cogí una, me quité el guante derecho y la abrí. El primer sorbo, medio congelado, me supo amargo y me entró una arcada y escupí. El segundo fue igual, lo que pasa es que me tapé la nariz para no notar el sabor y conseguí tragármelo.

Miré en dirección a la casa y a través de la ventana distinguí a mi madre, que estaba preparando la cena, también vi el largo y sinuoso cordón del teléfono que se extendía a lo largo de la cocina mientras ella mezclaba algo con una cuchara de madera en una olla de hierro de más de cien años que había heredado, la misma olla que mi padre acabaría cargándose al utilizar jabón y un estropajo de aluminio, haciendo así llorar a mi madre por enésima vez. Seguramente él estaba en el cuarto de estar, en el sofá, delante de la tele; el mismo sofá en el que se pasaría un año y medio durmiendo tras la muerte de mi madre, con el bolsillo lleno de las galletas saladas que había metido en él y con un crucigrama a medias en el regazo. Y no cabía duda de que mi hermana estaría en el piso de arriba, en su cuarto, haciendo quién sabe qué, seguramente fantaseando con Bon Jovi, y mi hermano aún en el pasillo, quitándose la escarcha delante del radiador y dejando un rastro de nieve mientras Roxy, nuestra bulldog obesa, se le acercaba meneando todo el cuerpo para saludarlo, gruñendo como una cerda y lamiendo los charcos que se

le formaban a mi hermano alrededor de los pies. Todos estaban dentro y todos me esperaban, e íbamos a cenar juntos y a contarnos anécdotas de nuestro estupendo día.

Pero en aquel momento yo tenía catorce años, nada más, y me estaba bebiendo mi primera y luego mi segunda cerveza detrás del garaje, emocionado al notar esa sensación nueva, una sensación que tenía algo que ver con la huidiza felicidad que me embargaba al ser arrastrado por algo más grande que yo, mientras contemplaba la casa e imaginaba, como en un sueño, a mi familia dentro. Y como si los hubiera invocado, aparecieron todos en la ventana salediza, todos ellos, al reunirse en el comedor para comerse lo que nuestra madre nos hubiera preparado de cena. Los observé y bebí, y justo cuando todo empezaba a volverse suave y cálido, una ráfaga de viento empujó unas rachas laterales de nieve del tejado, los pinos y el suelo, y el mundo se convirtió en un remolino blanco.

Aquí es donde cuento cómo viajé de California a Ohio gracias a la American Express para ver a Piernas Gordas después de que ésta llegara al mundo de cabeza y dejara la vagina de Tara destrozada para siempre (eso al menos es lo que dice mi hermano, y yo me fío de él porque se la ha visto), y la llamo Piernas Gordas porque tenía las piernas gordas y porque muy inteligente no soy. Cuando él me la puso en los brazos por primera vez no pude evitar que me sorprendiese lo pequeña que era, y cómo chillaba, y luego me dio mucho asco que mi hermano me contara los detalles del parto mientras le daba sorbitos a una botella de Budweiser y yo recordaba una frase inteligente que había dicho una persona inteligente sobre los partos: «Nacemos entre mierda y pis»..., ¡pero en latín! «Mola», me dije para mis adentros. Luego «¡guay!», mientras le daba pelizcos en sus piernas gordas, le acariciaba la barriga y le tocaba la nariz; a continuación se la volví a dar a mi hermano y me pillé una cerveza, la primera de muchas en ese viaje, porque había que celebrar la llegada de Piernas Gordas y porque después de esa visita hice otra (que es de lo que esto trata en realidad), una visita de inspección y de cuatro días de duración al número 3 de

la avenida Woodland, en Long Island, para ver hasta qué punto era mala la situación de mi padre.

Era malísima.

Me quedé mirando sorprendido sobre todo la tostadora, desenchufada, con manchas de dedos y volcada en la encimera cubierta de correo atrasado y migas, con las dos ranuras tapadas con cinta adhesiva por algún motivo o motivos que no alcanzaba a comprender. Renuncié a entender nada relativo al microondas, cuyo panel de control, antes blanco, ahora estaba marrón por culpa de la mugre que había dejado un dedo índice, con el asa varios tonos más oscura, y con una percha de alambre colgando de ella en la que había media docena de gomas elásticas y una corbata de los Looney Tunes. Era la que mi padre se ponía en Navidad, en ella aparecía Bugs Bunny saliendo de una caja de regalo y sosteniendo una zanahoria pintada como un bastón de caramelo, y poniendo esa cara que pone antes de preguntar la cosa esa que pregunta, y mentalmente volví a responder que no tenía ni idea de qué había de nuevo, porque no la tenía. Estábamos a treinta y pico grados y había bastante humedad, habían pasado algo más de siete meses desde el mes de diciembre del año anterior, cuando nos reunimos todos en casa de mi hermana y comimos galletas de marihuana y pasamos tres veces por el túnel de lavado hasta que a mi padre le pareció que le estaba dando un ataque al corazón. Nos dirigimos al hospital pero al final acabamos comiendo unas hamburguesas.

Dejé las bolsas para rascarme el picor de los tobillos, de los que salieron pulgas en todas direcciones, como pelotas de ping-pong, mientras yo miraba con mala leche tres cestas de correos que había debajo de la mesa, en el suelo

asqueroso, la primera llena de periódicos y de cuadernos de crucigramas, otra de cables eléctricos y pilas usadas, la tercera de botellas vacías de coca-cola light y de zumo de arándano. Me empezó a preocupar la uretra de mi padre mientras me quedaba hipnotizado al fijarme en la nevera-congelador, el único objeto limpio de aquel lugar, y en el que ya no había ni imanes ni dibujos. Supuse que él intentaba olvidarnos, y supuse que yo me había presentando allí para recordarle nuestra existencia.

Pero todavía le quedaba como una hora para salir del trabajo, así que subí las escaleras con paso militar y entré en el baño, donde me encontré a Steve subido a la cisterna del inodoro, flaco y quieto y mirando fijamente algo que había en una esquina y que solo él veía, con un amarillento collar antiparásitos en su fino cuello. Era una mascota nueva, en teoría de mantenimiento barato, que mi hermano había recogido en un refugio para que le hiciera compañía a mi padre y lo animara. Lo llamé como se llama a los gatos, en plan «minino, hola, gatito, Steve», y luego extendí el brazo para acariciarlo pero él se erizó y soltó un bufido y le dio un zarpazo al aire, cerca de mi mano, como si fuera gilipollas, así que le dije que era un gilipollas y un mamarracho e intenté acariciarlo de nuevo, porque ahora la cosa se había convertido en algo personal entre nosotros, una competición de caricias gatunas. «Mira, colega, te voy a acariciar, me cago en todo», le dije. Pero en esta ocasión dio un salto y de la cisterna fue a parar a la bañera, donde siguió en sus trece, lanzándose soniditos agudos y dándole puñetazos al aire cuando me acercaba demasiado. «Como quieras, pedazo de imbécil», le dije. Luego abrí el grifo de la ducha.

¿Me creerá alguien si digo que no sirvió de nada, que

no se movió? Porque eso es lo que estoy diciendo: que no sirvió de nada y que no se movió. Solo se encogió un poco y parpadeó mucho cuando le cayó el agua, tan molesta, y a mí me asustó el bicho aquel que me miraba todo enloquecido y empapado. Nunca había visto que un gato hiciera nada semejante, e intenté imaginar qué es lo que le tiene que pasar a un gato para que reaccione así. No lo sé, y me decepciona la incapacidad de mi cerebro para llegar a cualquier respuesta que no sea el recuerdo de mi padre yendo a gatas por la casa con ropa interior morada la noche en que murió mi madre, sin la pierna ortopédica y borracho como una cuba, avanzando por el suelo de forma lenta y penosa hacia el baño.

Lo que mi cerebro sí pudo hacer fue advertir lo delgado que estaba Steve ahora que se había empapado, delgadísimo, y le di unos toques con el cepillo de la escobilla de baño para llevarlo a un extremo de la bañera, luego me quité la ropa y me metí con él, al otro lado, para refrescarme y pensar, y lo primero que pensé fue lo mucho que detestaba la segunda cortina de ducha.

El motivo por el que había dos: hacía varios años, unos doce, empezó a salir agua por el techo del pasillo de abajo. Mi padre puso una segunda cortina pegada a la pared y por delante de la ventana en plan parche temporal, dijo, hasta que consiguiera cambiar el alféizar de madera podrida y volver a sellar la bañera. Pero nunca llegó a hacerlo. Hubo muchas discusiones internas al respecto hasta que accedió a llamar a un profesional, pero también esto lo fue retrasando porque nunca estaba en casa cuando ese profesional venía.

Al tipo ese al final se le presentó una oportunidad un domingo, cuando acudió sin previo aviso a nuestra casa

misión de reconocimiento: pasar la aspiradora. También barrí, froté, limpié con toallas de papel, ordené, amontoné, busqué a Steve (que estaba en el sótano cagando sobre un material aislante de fibra de vidrio) y tiré cosas a la basura y luego escondí la basura en el garaje para que mi padre no se pusiera a rebuscar en ella al volver del trabajo. Cuando terminé, la parte inferior de mis piernas parecían una imagen captada por el telescopio Hubble, un sistema solar lejano, una galaxia remota, una constelación de picaduras de pulga. Estaba convencido de haber pillado la peste y cáncer de pulmón, así que cuando apareció el tío de la coleta con un barrilito de un veneno que te cagas y me dijo que solo hacía falta que estuviera fuera unas horas, decidí prolongarlas un poco y cogí el tren que iba a la ciudad para distanciarme un poco de aquello, para ver las cosas con un poco de perspectiva y pillarle un buen pedo, cosa que hice en un bar del centro cuyo nombre no recuerdo, mientras contemplaba un tarro de aceitunas, un tarro de cerezas, un tarro de limones, un plato de azúcar y un tarro de limas que se estaban poniendo marrones por los bordes.

Mi padre me recogió por la mañana en la estación de Babylon y me preguntó por qué había vuelto tan pronto. Le contesté que porque quería estar con él y él, literalmente, se echó para atrás.

—Porque eres mi papá, mi papaíto. Una mitad de mí la han creado tus pelotas, así que existe un vínculo entre nosotros por toda la eternidad, y hagas lo que hagas, siempre seré tu primer hijo, y siempre te querré y me preocuparé por ti por mucho que actúes de forma horrible y egoísta.

Y te perdono tus ofensas, como espero que perdes tú las mías. Amén.

-Corta el rollo.

-Bueno, solo porque te quiero -dijo, mientras sonreía y me fijaba en ese típico movimiento tembloroso de la calma que se veía en la autopista, delante de nosotros.

-Hoy sería un buen día para dar un paseo por el río.

-Pues sí, lo sería si tuviéramos lancha.

-Tengo una -soltó-. Se la compré a Wally Johnson hace pocos meses.

No me lo había comentado hasta entonces, y pensé que igual me estaba tomando el pelo.

-¿De verdad?

-Sí.

-¿Y funciona?

-Sí.

-¿Y está en el agua?

-¡Sí!

-¿Y podemos dar un paseo?

-Si cierras la puta boca.

-Trato hecho -dijo.

Cerré la puta boca, hicimos una parada técnica para ir al baño y pillar cerveza y nos dirigimos al puerto a dar un paseo.

La lancha parecía salida de los años setenta: era una MFG de cinco metros, sin revestimiento gelatinoso y de un azul óxido, cubierta de agujas de pino; en el panel de mando se veía una lata herrumbrosa de WD-40. No era gran cosa en comparación con las lanchas de mi infancia y adolescencia, pero en cualquier caso algo de ilusión sí sentí. Mi

padre subió a bordo y empezó a toquetear no sé qué y a convertir en todo un espectáculo el sencillísimo proceso de poner en marcha un motor fueraborda Evinrude de sesenta caballos, creo que para demostrar lo bien que se le daba la navegación o algo así, hasta qué punto dominaba todo lo relacionado con lo marítimo. No sé, pero el caso es que yo le seguí el juego mientras él apretaba botones y me soltaba el rollo y me comentaba las medidas de seguridad más importantes, por ejemplo: «Antes de arrancar tienes que poner esto aquí, porque si no, no se enciende, ¿vale? Y éste es el acelerador, y aquí está la palanca de mando, y aquí el obturador –me dijo–. Se utiliza así». Luego le dio varias veces a un botón y, por detrás de nosotros, el depósito de carburante empezó a emitir unos chasquidos.

—Sí, señor, mi capitán —le dije mientras tropezaba con un aspersor de riego y me entraba una nostalgia repentina, algo que intento que no me pase y que no suele ocurrirmel. Pero es que así eran los episodios que vivía de pequeño.

—Y esto es la radio, y los botones de la bomba de agua —añadió.

—Sí, señor —dije mientras subía a la lancha—. Qué calor hace.

—Y las luces de navegación...

—Sí, ya las veo. ¿Quieres una cerveza?

—¿Me estás escuchando? Esto es el...

—¿Y eso de ahí? —pregunté, mientras señalaba un cubo de la cadena de ferreterías Oakdale Hardware en el que había una lata de refresco light aplastada y un destornillador sumergido en agua de lluvia y que se estaba oxidando—. ¿Eso para qué sirve?

—Cierra el pico y aprieta el cebador de combustible, listillo.

Me acuclillé e hice lo que me pedía; él encendió el motor, le dio al acelerador y el Evinrude soltó una nube gris de humo por el tubo de escape que quedó suspendida en el aire delante de mí, como una especie de espectro del pasado, porque era una especie de espectro del pasado, cuya imagen y olor me recordaron los días de verano de cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años y él cincuenta y tantos y los dos éramos personas más felices.

Y en un abrir y cerrar de ojos ya estábamos avanzando por los casi dos kilómetros del río Connetquot sin cruzar palabra; preferíamos el ruido del Evinrude, que cumplía con su cometido de deslizarnos sobre el agua marrón y salobre mientras íbamos bebiendo cerveza y nos fijábamos en las raíces de los pinos y los arces de las orillas cenagosas para ver si andaban por allí las tortugas pintadas que recuerdo que tomaban el sol entre las raíces, las tortugas pintadas que se tiraban al agua cuando pasábamos por delante de ellas en las excursiones familiares a Fire Island o aún más lejos, mientras el ruido de la estela que dejábamos se estrellaba contra la orilla. Pero ahora no había tortugas, ni truchas, ni percas, ni pargos, o al menos no tantos como había por entonces, ni trampas para cangrejos señaladas con botellas de refresco que cumplían el papel de las boyas, ni padres e hijos en los muelles con trozos de pollo, hilo y red. Ahora, cuando rememoro ese viaje, ni siquiera recuerdo haber oído grillos ni cigarras, solo el gruñido sucio y grave del motor, el burbujeo del humo del tubo de escape que salía en el agua turbia a nuestro paso. El carácter de aquel sitio, tal como lo conocí de niño, había desaparecido completamente o casi, y mientras avanzábamos por el río me entristeció darme cuenta de ello.

Al cabo de medio kilómetro se distinguía un cuadrado de pintura blanca en la mitad del tronco de un arce, en el lado occidental, para señalar dónde estaba el canal, y mi padre se empeñó en que me dirigiera a la otra orilla a pesar de que había marea alta y de que la lanchita que había comprado solo sobresalía quince centímetros de la superficie.

-Ve hacia ese terreno liso de ahí -dijo mientras señalaba con el dedo.

-Sí, señor -contesté sin cambiar nada de nada, menos la cerveza vacía por otra nueva.

Después de otro medio kilómetro apareció una isleta que se había creado cuando los Vanderbilt mandaron dragar el río. La pasarela que la conectaba con tierra firme llevaba décadas rota, de modo que la única forma de llegar a ella era en barco o nadando a crol, o con patines de hielo en los inviernos lo bastante fríos. Estaba descuidada y llena de hierbajos, pero en el centro había un banco viejo al que se podía llegar si te abrías paso a través de la vegetación baja, cosa que sé únicamente porque un buen amigo mío, Marc Bachman, perdió la virginidad en ese banco con una chica del último curso del instituto que se llamaba Vanessa Rodriguez. Nos lo contó en clase al día siguiente; nosotros, como si fuéramos tontos, nos quedamos pasmados y con la boca abierta al enterarnos de su osadía y su victoria.

-¿Cómo le va a Marc? -preguntó mi padre.

-Anoche dormí en su casa -dije-. No le va mal, después de todo.

No se me ocurría qué más decir.

-Pues qué pena -dijo mi padre.

Pasamos al lado de Nicholl's Point, de la Snapper Inn y

del Riverview, mientras esquivábamos los armatostes de un millón de dólares que solo salen del atracadero un par de veces al año para echar el ancla en la desembocadura del río, algunos de ellos unidos en grupos de tres o cuatro o cinco, momento en que se ve a algunas mujeres de mediana edad en biquini y tomando el sol en unas cubiertas que no pueden ser más blancas, mientras sus maridos panzudos beben latas de cerveza en el puente de mando de la mayor de las embarcaciones. No pude evitar que me inspirara cierta vergüenza lo pequeña que era la lancha que yo guiaba mientras sorteaba aquellos barcos y ellos saludaban muy simpáticos, siguiendo una de las reglas no escritas de la navegación de recreo: saludar a todo el mundo.

—Colega, echo de menos el velero —dije—. Y ver peces trompeta. Este trasto es un poco...

—Si no te gusta, puedes ir a nado.

—Vale —dije—. Vale, tienes razón. Tienes razón.

Un metro y medio antes de llegar al pilón que señala dónde acaba la zona en la que es obligatorio ir a poca velocidad, me hizo un ademán con la cabeza y yo le di tanta caña a la lancha como me fue posible; la proa se levantó y después se volvió a posar en el agua más rápido de lo que había previsto. Reduje un poco la velocidad; ya me sentía mejor al estar saltando sobre las estelas de los barcos de mayor tamaño con que nos cruzábamos, y enseguida estuvimos completamente solos, en la ventosa Gran Bahía del Sur, con el sol caliente brillando sobre la superficie del agua hasta donde alcanzaba la vista. Yo tenía la vista perdida en esa lejanía que lanzaba destellos cuando mi padre se inclinó y me gritó:

—¿Adónde vamos?

-¡Qué más da! -respondí, también a gritos.

Entonces apuré la cerveza y tiré la lata aplastada a la cubierta.

El restaurante Kingston, de Sayville, se parecía mucho a la mayoría de los locales especializados en almejas de Long Island: un sitio carísimo y donde es fácil pillar una hepatitis, dirigido por gente gilipollas. Pero la vista era buena y tenían cerveza Blue Point de barril, y cuando aparecieron los platos de almejas, mi padre ya se había terminado la segunda y se había convertido en otro hombre. Se produjo una relajación total, una liberación del ruido de fondo de los últimos días que habíamos pasado juntos y de los últimos meses que habíamos pasado separados. Nos sentimos transportados, cambiados, todo se había perdonado. Dos cervezas, un cuenco de almejas al vapor y una lancha en la Gran Bahía del Sur. Tatatachán. *¡Hala!*, como diría mi madre. Magia.

No me atreví a decirle lo estupendo que era verlo así, lúcido y parlanchín, una persona cuya compañía no resultaba detestable del todo, porque no quería chafarlo todo ni tampoco, lo cual habría sido peor, que se oliese mi nueva teoría: que es mejor persona cuando está borracho. Había dejado completamente el alcohol seis meses después de la muerte de mi madre, estuvo sobrio e insoportable durante un año entero, hasta que encontró por casualidad en el congelador una bandeja de brownies de marihuana que yo había comprado para abrirle el apetito a mi madre, pero de los que después me había olvidado debido al dolor y el consumo incesante de pastillas. Él se comió dos enteros sin saber lo que eran,

se acercó al 7-Eleven a comprar galletas y se pasó toda la noche en el aparcamiento.

-¡Tío, pensé que me estaba muriendo! -me contó por teléfono-. ¡Fue una pasada!

Empecé a mandarle por correo cosas de comer que llevaban maría y a preparárselas en las vacaciones, porque le brindaban cierta vía de escape, otra perspectiva, le cambiaban la forma de ver la vida y esas cosas. Aunque no se enganchó, como en el caso del alcohol. La maría le gustaba, pero le hacía encerrarse en sí mismo y estarse callado. Con el alcohol se volvía extrovertido, sociable, su compañía resultaba más agradable. Y ahí lo tenía, medio borracho y contento por primera vez en mucho tiempo, y de pronto con ganas de ir a otro sitio, él, que llevaba dos años prácticamente sin ganas de hacer ni ver nada. Así que cuando volvió a marcharse a mear, pagué la cuenta y volví al barco, y él me siguió y también subió a cubierta cuando yo lo hice y encendí el motor. Ahora incluso se movía mejor, pisaba más firme, se tambaleaba menos. Como antes. Cuando subió a la embarcación, su peso hizo que la lancha se inclinara un poco hacia arriba; la proa restalló luego contra el agua cuando se sentó encima de la nevera, a mi lado, y lo mismo pasó cuando se levantó para soltar las sogas y dar un empujón contra la orilla.

-¿Adónde vamos? -preguntó.

-No sé -contesté-. ¿Has estado en el restaurante Fatfish?

-Creo que no. ¿Dónde está?

-En Bayshore.

-Vale. Pues vamos al Fatfish.

-Al Fatfish -repetí, porque sí.

Lo hice por el mismo motivo por el que les pregunté a

los dos chavales que pescaban al final del muelle, mientras pasábamos tranquilamente por delante de ellos, si habían pescado algo. El más pequeño de los dos era una niña diminuta que llevaba un chaleco salvavidas que le quedaba grande y una gorra de béisbol de color rosa; metió la mano en un cubo que era la mitad de alto que ella y sacó un pargo pequeño, cuyas escamas de plata reflejaban el sol como un espejo opaco. Yo llevaba muchísimo tiempo sin ver uno, quizá quince años, y no me lo esperaba. Para mí, aquello fue como si la niña hubiera estado sosteniendo un dragoncito.

Mi padre exclamó «¡hala!», y se puso a dar palmas, y yo también me puse a dar palmas, y seguimos haciéndolo hasta que ella se agachó, volvió a meterlo en el cubo y, sin incorporarse, nos dijo adiós con la mano mientras nos alejábamos en línea recta y después hacia el oeste, donde el puente de Causeway apenas resultaba visible en la lejanía azul y gris.

Fue idea suya, de mi padre, fue él quien lo dijo con una sonrisa llena de amarillos y grises, quien propuso «sálたelo», como si tal cosa, como si aquello no tuviera nada de especial, como si me estuviese pidiendo que le pasara la sal. Pero enseguida se puso en pie y se agarró al parabrisas cuando nos íbamos acercando a él, y los dos dijimos «joder, joder», pero no al mismo tiempo, nos tambaleamos, estuvimos soltando las mismas palabrotas por turnos y luego él estuvo repitiendo «joder» cuando lo teníamos justo delante de nosotros, en medio de unas estelas de transbordadores tan grandes que mis amigos y yo intentábamos hacer surf en ellas mientras nos colocá-

bamos en los bancos de arena de la playa Ocean, cuando el Atlántico estaba en calma, unos transbordadores que formaban una flota de barcos de dos pisos, de veinticinco o treinta metros y cuarenta toneladas, construidos para transportar personas y cargamento de un lado a otro del estrecho, dado que no se puede acceder en coche, y a los que siempre seguía una bandada de gaviotas, que se lanzaban de cabeza y se zambullían para coger los trozos de pan que les tiraban los que habían tenido la suerte de conseguir un sitio en la cubierta superior y en la popa. La estela solo nos llegaba hasta la rodilla, aquello era fácil, tenía entre treinta y sesenta centímetros, en cualquier caso una altura más que suficiente para que nos impulsara hacia arriba, para levantarnos del agua como si fuéramos en un cohete que al final no despegó del todo, con la proa inclinada hacia arriba, toda la lancha salió por los aires durante un par de segundos que dieron la impresión de ser tres o cuatro, al tiempo que el motor sonaba con mayor fuerza cuando la escora se elevó por encima de la superficie, y la lanchita se ladeó a la izquierda antes de volver a posarse con un impacto tan fuerte que el parabrisas se rajó por la mitad y el cubo y el destornillador y la coca-cola light salieron disparados y cayeron a la bahía junto a otros lastres que estábamos soltando, óxido espiritual, por decirlo de forma cursi. La sujeción de plástico de la nevera portátil se rompió al mismo tiempo que mi padre se caía encima de la cubierta entre carcajadas, y yo también iba soltando carcajadas mientras dirigía la embarcación hacia el toldo rojo y blanco de la otra orilla.

Cuando llegamos ofrecíamos un aspecto de lo más lamentable: dos imbéciles desaliñados y con la piel quemada por el sol que amarraban una lancha tirando afea

entre una Steiger-Craft preciosa y una Parker flamante, sin siquiera molestarse ya en poner los parachoques; mi padre se esforzó por parecer sobrio al subir la precaria escalera de pequeños tablones clavados en el mamparo, mientras yo estaba debajo y preparado por si acaso se caía de espaldas. No se cayó; lo que hizo fue colocar la pierna ortopédica sobre el muelle y luego hizo un movimiento de abdominales para ponerse en pie que le quedó muy femenino. Yo lo seguí, aunque luego tuve que volver a bajar cuando me dijo que se le habían olvidado las gafas, y cuando las encontré y llegué al bar él ya había pedido calamares fritos y una ronda de Blue Points. Le eché un vistacillo al menú y añadí un vaso de agua.

—Solo las nenzas beben agua —dijo mi padre demasiado alto.

La pareja elegantemente vestida que estaba en la mesa de la derecha y que bebía agua nos miró con mala cara. Yo les dediqué una sonrisa y una mirada muy prolongada hasta que apartaron la vista, luego entrechoqué mi pinta contra la de mi padre, le di un trago a la cerveza y parte del líquido me resbaló por la cara caliente. La sensación fue muy buena y, al ver la espuma que le caía a mi padre por la barba y oír el sonido agudo que soltó, advertí que él sentía lo mismo.

En ese momento la luz adquirió unos reflejos extraños. Los cumulonimbos se acercaban con tanta rapidez que daba la sensación de que el tiempo se había acelerado; por la parte inferior, se veía en ellos mil cien tonos de gris y, en la masa superior, un blanco brillante; proyectaban sobre el agua unas sombras en movimiento que parecían gigantescas criaturas marinas. Las gaviotas flotaban sostenidas por la brisa, y luego se peleaban por

coger las patatas fritas que se caían al suelo y dejaban los pilotes blancos de cagarrutas, mientras nosotros dos bebíamos y cada vez estábamos más bebidos y lo contemplábamos todo desde una mesa de la esquina en la que ya no nos quedaba gran cosa que decirnos, y empezamos a beber más deprisa para tratar de salvar algo que ambos notábamos que se estaba desvaneciendo, mientras mi padre repetía de tanto en tanto una anécdota que ya me había contado, hasta que llegaron los calamares y se los empezó a meter en la boca de tres en tres y de cuatro en cuatro. Supongo que, además, empezaba a sentirme cansado.

—Anda que... —dijo—. Hasta cuando bostezas pareces enfadado.

—No lo puedo evitar... es la cara que tengo. Es como se me queda la cara cuando bostezo.

—¿Tienes algo de que quejarte?

—Ninguna de mis novias es lo bastante guapa —contesté, intentando adoptar un tono despreocupado.

Esa frase la había leído en un relato de Leonard Michaels, es el motivo que aduce un aspirante a suicida para tener un accidente de tráfico intencionado. Pero mi padre no se rio, se limitó a darle tragos a la cerveza mientras esperaba una respuesta mejor, y yo le di tragos a la mía mientras trataba de que se me ocurriera.

—A veces me da la impresión de que todo el mundo está roto, tú y yo también. Eso me enmaraña tanto el cerebro que me enfado. Pero sé que no es verdad... Está el día de hoy, por ejemplo. Está Piernas Gordas. Ahora soy tío, y tú abuelo. Ya es algo.

—Pero no basta.

—Bueno, baste o no baste tienes que decidir qué quie-

res hacer con tu vida. Igual te convendría instalarte en Ohio para estar más cerca de...

—Lo que quiero es morirme —dijo.

Miré las gaviotas. Las gaviotas. Las gaviotas. Cuando era pequeño, mi padre las llamaba «palomas de bahía».

—Ya —dijo—, no paras de repetirlo.

Entonces me quedé callado, y él se quedó callado, y nos terminamos las cervezas mientras contemplábamos cómo las nubes cambiaban de color antes de pagar la cuenta.

Nos fijamos en cómo andaban el depósito de gasolina, el tiempo, el cielo. Ninguno de los tres tenía pintaba muy bien, pero nuestra casa pintaba peor, así que seguimos avanzando, atravesando a saltos la Gran Bahía del Sur, que de repente ya no era tan grande, en dirección a Fire Island, con la sensación de que allí faltaba una persona o sobraba una persona y ahora aguantándonos solamente por el pasado compartido. Yo lo iba mirando de refilón y me asombraba al pensar en la cosa misteriosa que lo impulsaba a sobrevivir, algo que me resultaba tan incomprendible como a él, o más, igual que le pasó a mi madre al final; había sido enfermera toda la vida, y cuando le comunicaron el segundo diagnóstico supo que todo había terminado, y entonces hizo todo lo posible por acelerar el proceso. Dejó de comer, se negó a ingerir sal y potasio, lo que fuera con tal de que se le parara el corazón. Pero no se le paraba, se resistía a hacerlo, y ella siguió viviendo más y sufriendo más de lo que el médico vaticinaba una y otra vez, durante semanas y meses, hasta que, en un momento de intimidad que tuve con ella, me pidió que le llevara el Rubifen de mi padre. «El bote entero», aclaró. Yo

no dije nada, no porque me hubiera quedado paralizado sino porque me estaba planteando seriamente la posibilidad de llevarlo a cabo. Tuve que pensármelo un minuto, además en esa época bebía y tomaba muchos analgésicos, así que estaba especialmente lento, y después de un silencio me quitó ese peso de los hombros. «Vale, no pasa nada», me dijo mientras me apretaba la mano. Encima fue ella quien me consoló a mí. «No quiero que tengas que vivir con esto.»

En ese instante sentí alivio.

¿Me creería alguien si dijera que me pareció un acto de bondad? ¿De compasión? ¿Me creería alguien si dijera que no fue algo que yo hubiese pensado previamente, que no fue producto de una emoción intensa, de la rabia, a diferencia de las infinitas ideas asesinas que había tenido anteriormente? Esta vez fue otra cosa. Redujimos la velocidad hasta parar, con el motor al ralentí, para que él meara en el agua. Lo contemplé cuando se colocó en la borda de la lancha, mientras las enormes nubes grises se acumulaban a su espalda, en el cielo, y la tristeza volvía a apoderarse de él. Mi hermana llevaba meses sin hablar con él, mi hermano estaba llegando al límite y lo evitaba todo lo que podía, y en más de una ocasión yo había acabado llorando al imaginarme el dolor tremendo que debía de sentir y, de forma más victimista, al pensar en mi futuro. Él mismo me había dicho, llevaba años diciéndonos que quería morirse. Supongo que allí, en el barco, en medio de la bahía, a más de dos kilómetros de cualquier orilla y con el mar ligeramente encabritado por el viento, acabé de convencerme. Tenía setenta y dos años. Me estaba dando la espalda. Le miré los hombros caídos y el cuello quemado por el sol, debajo del cual, donde empe-

zaba la camiseta, se veía un anillo blanco, los pelos que le salían por debajo. Contemplé, desde atrás, su carísimo peluquín. La lancha subía y bajaba, subía y bajaba, como si estuviéramos en un balancín, frente al cielo gris que olía a salitre, y también se mecía de lado llevada por las olas. Sonó a lo lejos una boyá de campana metálica. Pensé «es lo mejor. Es lo que él quiere. Debería ayudarlo». Al ver que no había más barcos en la zona, y con el ímpetu suficiente para dejar de darle vueltas al asunto, avancé dando un gran paso y le di un empujón.

Él intentó agarrarse pero no pudo, cayó de cabeza justo en el círculo de agua en el que estaba haciendo pis, como si estuviera señalando lo que se proponía, su objetivo, como si dijera «ésta es mi meta». Enseguida sacó la cabeza y empezó a flotar con dificultad; su gesto de confusión se hizo más intenso al oír que el motor se ponía en marcha, y comenzó a gritar «¡oye! ¡Eh, gilipollas! ¡Oye!». Intentó salpicarme. A los treinta metros ya costaba verlo, a los cuarenta ya casi era invisible, solo una cabeza y, a veces, un brazo. Al principio me pareció que se estaba despidiendo con la mano y, sin pensar, le devolví el saludo, solo una vez, levanté la mano como si le dijera «hasta luego. Que te vaya bien. Ha sido un placer conocerte». Cuando volví a descansar el brazo sobre el costado me di cuenta de que se había puesto a nadar.

Estamos hablando de un hombre que estampó una moto contra un autobús y se abrió la cabeza, a quien tuvieron que amputarle la pierna por debajo de la rodilla y a quien la sangre le salió tan a chorros que una persona tuvo que salir de su casa y taparlo con una sábana. Pasó seis semanas en coma y un año con todo el cuerpo escayolado, en cierto momento se tomó de golpe los analgésicos re-

cetados para tres semanas intentando suicidarse, aunque se despertó la mañana siguiente con la sensación de «haber descansado bien». De los veinte a los treinta años se dedicó a beber, pelearse y follar por todo Brooklyn, Nueva York, antes de que se hubiera convertido en Brooklyn, un sitio en el que se han instalado unos mamarrachos de Ohio o de donde sea, que viven gracias a sus padres, se dedican al arte y se han adueñado del lugar como si fueran un millón de Cristóbales Colón en versión hipster, que lo han transformado en algo que la gente quiere poner de nombre a sus hijos. Hablamos de un hombre que estuvo allí cuando era difícil estar allí, cuando llevaba a mi madre a los bares que a él le gustaban y ella se echaba a llorar. Trabajó toda la vida en el sector de las prótesis y de la ortopedia, un campo lleno de plásticos y resinas, catalizadores químicos y polvo; jamás se puso mascarilla, y se lavaba las manos con disolvente de pintura. Nunca lo vi beber agua, solo refrescos sin azúcar, café, cerveza y zumo de arándano. No hacía ejercicio, comía lo que le apetecía e inhalaba botes de espray antipulgas, pero un mes antes, con setenta y dos años, había dado un paseo en bici de treinta kilómetros con mi hermano. Hablamos de un hombre cuyo cuerpo se negaba a morir, y fue esa negativa rotunda, y también el pensar que pasara lo que pasara me vería obligado a dar explicaciones, lo que me hizo dar la vuelta para sacarlo del agua.

Cuando me acerqué le estaba costando mantenerse a flote, jadeaba, escupía agua de la bahía y se quejaba a gritos de que no llevaba la pierna sumergible y que le había estropeado la que llevaba, y también el móvil, y que era un gilipollas integral y también un gilipollas sin más y un idiota, y que se cagaba en todo, y que, ¡mierda!, ¿se

podía saber en qué estaba pensando? Contesté que en nada, asustado al ver a aquel ser que me miraba empapado y furioso. No pensaba en nada. Y entonces, desde algún pliegue cerebral cuya existencia había olvidado, me vino a la memoria un chiste que había contado él cuando yo era pequeño, una vez que estaba en la cocina, colgó el teléfono y le contó a mi madre lo que le había pasado a un amigo suyo, otro amputado, cuya mujer lo acababa de encontrar bocabajo en la piscina de su casa. «Solo tenía un brazo –le dijo–. Seguramente estuvo un montón de rato nadando en círculos.» Entonces a los dos les entró la risa.

–¿De qué coño te ríes? –me dijo, mientras se retorcía la parte inferior de la camisa y me tiraba agua–. No tiene gracia. Imbécil.

–Ya lo sé –dije–. Lo sé.

La mañana siguiente salimos para ir al aeropuerto dos horas antes de lo necesario, como siempre, e hicimos una parada en la cafetería de Idle Hour para tomar un último sándwich de huevo y un café. Antes de las nueve siempre te encuentras con una fila muy larga de jardineros y albañiles y obreros, currantes de botas manchadas de verde o llenas de gotas de pintura, todos poniendo a parir a los Mets de lo lindo menos nosotros. No sé muy bien en qué pensaba mi padre porque yo estaba mirando de mala leche una foto que había justo detrás del mostrador, en un marco barato. En ella se veía a un chaval con ropa de estampado militar, que sostenía una metralleta contra el pecho, no sonreía y llevaba un casco y unas gafas de sol de espejo de diseño envolvente. Era el artillero de armas ligeras de su unidad, y hacía dos semanas que había

cumplido veinte años cuando lo mataron en un combate en Bagdad, un año antes. Lo sabía porque había estado en su funeral. Se llamaba Matt Bachman. El hermano pequeño de Marc.

Aquello fue un gran acontecimiento en el pueblo; los camiones de bomberos y la policía fueron escoltando la larga hilera de coches a lo largo del trayecto entre la funeraria y el cementerio Calverton National, más al este. Llovía, lo recuerdo, y vinieron un montón de soldados para doblar la bandera y saludar con las armas; los demás nos apiñamos bajo un toldo tremadamente resacosos y nos dedicamos a observar todo aquello en medio del silencio, que solo rompió de vez en cuando algún que otro gemido, algún que otro resoplido. A cincuenta metros había una banda de moteros debajo de un grupo de árboles, por si acaso les daba por aparecer a esos gilipollas de la derecha religiosa de Westboro para enseñar esas pancartas suyas de demos gracias a Dios por la muerte de un soldado y el sida mata a los maricones. No vinieron, lo que para una pequeña parte de mí fue decepcionante. Mis emociones eran intensas (como suelen serlo), y a veces no estaría mal tener delante a una persona o varias personas con quienes poder dar rienda suelta a esas emociones y que se lo merezcan. En lugar de eso, lanzo el torrente contra personas que no se lo merecen, o solo a medias, y después acabo sintiéndome fatal. Me pregunto: ¿qué es lo que falla en mí?

Le cambiaron el nombre a la calle en la que se crio Matt y plantaron un árbol en su honor en la escuela primaria de Idle Hour. Un árbol. Luego he visto su imagen por todo el pueblo: detrás de la barra del Wharf, detrás del mostrador del 7-Eleven, encima de la caja registradora del Mr. Video... y ahora me la encontraba delante de

un taburete, en el lugar adonde iba la gente del pueblo a desayunar, con la siguiente frase: «Él nos protegía, y le encantaba nuestra cafetería». Aquello me pareció increíble. Miré a mi padre.

—¿No te parece increíble? —le pregunté—. ¿De qué coño van? No sé cómo interpretar esto.

—¿Interpretar el qué?

—Eso. La foto. También podrían haber puesto «fue un héroe y murió por nuestros héroes. Murió por la ensalada de pasta». Esto tiene que ir de coña. Es una puta salvajada.

—Solo intentan rendirle homenaje —dijo él.

—Rendirle homenaje a alguien está muy bien, pero no lo desvirtúes poniendo tu marca encima de su cadáver, coño. Está muerto.

Volví a mirar a mi padre, que hizo un gesto de indiferencia y se limpió las manos en los pantalones. Entonces me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Afuera —contesté—. Te espero fuera.

—¿Quieres que te pida algo?

—No, gracias —contesté.

Las campanillas tintinearon cuando salí y tintinearon otra vez cuando volví la cabeza, atravesé a buen paso el aparcamiento y abrí la puerta de la floristería Oakdale para saludar a la señora Patel, una india cuyos dientes parecían maíz indio. También era bizca de un ojo, y de pequeño me daba muchísimo miedo, pero luego he acabado considerándola la persona más buena de la zona. La afectó tanto enterarse del fallecimiento de mi madre que se le llenaron los ojos de lágrimas cuando nos vio entrar en su tienda a mi hermano, mi hermana y a mí. «Cuánto lo siento —nos dijo en esa ocasión—. Vuestra madre era

una mujer maravillosa. Os quería muchísimo. Recuerdo que en las reuniones de padres y profesores regañaba al señor Mauro por las actividades extraescolares...» Siguió hablando de ella sin soltar ni una sola vez el rollo ese de que había alcanzado la paz, de que estaba con Dios y en un lugar mejor... todas esas gilipolleces que dice la gente. Su actitud me pareció muy auténtica, más aún cuando nos acercó la corona de flores que estaba preparando (yo pensaba que para otra persona) por encima del mostrador mientras insistía en que no se la pagáramos. Igual la había visto seis veces en toda mi vida y había hablado con ella todavía en menos ocasiones, pero nos dijo unas pocas palabras amables y sinceras y nos dio las flores y nos abrazó.

Esta vez actuó igual, salió de detrás del mostrador para abrazarme y preguntarme muy emocionada qué hacía en Nueva York, cómo me iban las cosas en California. ¿Cómo sabía que me había ido a vivir a ese estado? Le hablé de Piernas Gordas y le conté que había venido a echarle un vistazo a mi padre. «Está bien», le dije, pero dio la impresión de que me entendía perfectamente y me apretó el hombro.

—Ah, cuéntame más cosas de la hija de tu hermano... Se llama Marie, ¿no?

—Eso es —le dije.

Al cabo de unos minutos salía por la puerta tintineante con un ramo de gerberas envueltas en un ruidoso plástico. También intentó regalármelas, pero dejé un billete de veinte en el mostrador y me largué a toda prisa; luego esperé en el aparcamiento a mi padre, que salió poco después de la cafetería y al verme con las flores puso cara de fastidio.

-No tenemos tiempo -dijo.

-Tenemos tiempo de sobra -contesté-, y vamos a ir, joder, me importa una mierda perder el vuelo. -Él se removió para manifestar su disconformidad-. Que vamos a ir, coño. Nos pilla de camino.

-Vale, vale -dijo alargando mucho la a-. Hay que ver...

Me levanté del capó y rodeé el coche para llegar al otro lado mientras él quitaba el seguro. Subimos los dos, cerramos las puertas, uno y dos, pam, pam, otra vez como un eco, mientras él empezaba a hurgar en la bolsa de papel marrón, que la grasa ya empezaba a manchar y oscurecer.

-Te he comprado uno -me dijo mientras sacaba un sándwich envuelto en papel blanco de carnicería-. Sin queso. Con sal y pimienta.

-Gracias.

-Y un café -añadió-. Cuidado, está muy caliente.

Cogí las dos cosas y volví a darle las gracias; luego lo contemplé mientras metía la mano en la bolsa por tercera vez y sacaba uno de esos minicartones de zumo de naranja que te dan con los sándwiches. Me pasó uno, luego el otro, y yo me los puse en el regazo y volví la cabeza a la ventana para que no viera que se me estaban llenando los ojos de lágrimas como a un puto niño pequeño.

El trayecto fue largo y silencioso; el verde de los veranos de Long Island iba pasando por las ventanas. Más verde aún estaba el cementerio, con un césped cuidadísimo que parecía el *green* de un campo de golf, la hierba de un tono intensísimo mientras dábamos vueltas y vueltas buscando la tumba; mi padre detuvo al fin el coche cuando la encontró.

-¿Vienes?

—No —me dijo, y cuando insistí un poco negó con la cabeza y miró por la ventanilla—. Me pone triste.

Salí y fui acercándome al roble debajo del cual está enterrada mi madre, encontré la tumba y me quedé en silencio delante de ella, con la mente casi en blanco durante un minuto o así, contemplando una ardilla que iba avanzando a trompicones hacia una fuente de hormigón de aspecto muy anodino y de la que salía un único chorro. Se subió de un salto al borde de la fuente y se puso a correr por él, bajó de otro salto y desapareció por detrás. Estuve fijándome un rato, pero no pude ver adónde había ido. Entonces me eché a llorar.

—Mamá, es la peor fuente que he visto en toda mi vida —dije—. La odio. La odio. Oh, mamá, es que la odio tanto... —Entonces me dio un ataque de histeria, como si fuera un bebé, como Piernas Gordas, me temblaba la barbilla, como si la tuviera de goma, y me costaba respirar, hasta que me acordé de contarle lo que había ido a contarle, que A. J. había tenido una hija y que no era retrasada—. Le ha puesto tu nombre —añadí—. La niña todavía no sabe sostener la cabeza, solo caga muy negro y llora, y se pasan el día que si Marie esto, que si Marie lo otro, Marie, Marie, Marie. No puedo con ello. Cada vez que lo dicen siento una punzada y tengo la sensación de estar masticando papel de plata dentro de la cabeza.

La ardilla volvió a aparecer dando brincos, luego salió una segunda, las dos soltaron unos chillidos y movieron la cola y luego embistieron la una contra la otra y estuvieron revolcándose un rato en la hierba, después subieron al árbol y se pusieron a dar saltos entre las ramas.

—Pero parecen muy felices, y Jackie está en Nueva Orleans dedicándose a sus rollos artísticos y con una pinta

total de bollera, esa que tienen las chicas cuando intentan ir de duras pero acaban pareciéndose a Fonzie, el de la serie *Días felices*. Ésa es la pinta que tiene. Pero estoy orgulloso de ella, y hace un tiempo me tiré a dos de sus amigas. Y papá sigue siendo papá. Cada vez que le pregunto cómo está, responde «por mí no te preocupes. Sé sufrir». Pero me preocupo igual. Y se lo perdono todo. Porque no puede evitar sufrir, del mismo modo que yo no puedo evitar preocuparme. –Volví a recorrer las ramas con la mirada–. Igual que esas putas ardillas no pueden evitar hacer lo que hacen.

Justo cuando lo dije las ardillas dejaron de pelearse, pero antes hicieron que saliera de su escondite una cosa de aspecto rarísimo y del color de un sorbete, una libélula que vino volando como vuelan las libélulas y se posó en las gerberas que yo sostenía. Se quedó conmigo un rato, parecía un pastelito de naranja y arándano con alas transparentes, y al cabo de unos instantes intenté que se me posara en el dedo, pero se marchó a la fuente, dio media vuelta por los aires en torno a ella y se fue a otro sitio.

–Ahora mismo está en el coche, a unos cien metros de aquí, seguramente tomándose unas pastillas de Rubifen y meando en una botella de Snapple. No ha venido porque no podía, porque cree que no sirve de nada, que te has muerto y ya está. Estoy seguro de que tiene razón. Pero por si acaso existe la menor posibilidad de que me estés escuchando, entonces a lo mejor también tienes poderes de muerta, y en ese caso deberías darme esos poderes porque los necesito. Sé que sería más justo repartir tus poderes de muerta entre todos nosotros, pero a Jackie y A. J. les va bien y papá no quiere que lo ayuden, él mismo lo ha dicho; además, te complicó la vida

más de lo necesario. Y unos pocos poderes no le van a servir de nada a nadie, pero si me los dieras todos a mí me cambiaría un montón la vida. Siento muchísimo todas las putadas que te hice. En esa época estaba muy enfadado, pero seguro que vosotros también atravesasteis una segunda pubertad entre los veintiocho y los treinta y dos y fuisteis unos imbéciles, así que ahora me toca a mí ser un imbécil. Me emociono al ver anuncios de joyas, es horrible. No sé cómo las tías podéis vivir así, cuesta hacer cosas cuando eres una persona reflexiva y tienes los sentimientos a flor de piel. La cosa es que necesito ayuda para conseguir cosas y pasar página y ser más feliz. También quiero acostarme con más chicas, mamá, muchísimas más..., chicas guapas que vayan en bicicleta con cesta y lleven vestidos con bolsillos, y chicas bármanes, y una chica negra, supernegra. Me encantaría follarme a una chica negra, mamá, y a una chica india, y a chicas mexicanas y chicas francesas, y quiero follarme a chicas japonesas y chicas iraníes y chicas morenas con carácter, y a rubias y pelirrojas, y quiero follar con desconocidas. Quiero follar con un montón de desconocidas, mamá, desconocidas que sean chicas, porque las chicas te mejoran la vida, hacen que merezca la pena, y quiero que las cosas mejoren y merezcan la pena. Así que si pudieras hacer que deje de quedarme calvo estaría muy bien, y protégeme de las enfermedades y salva a todos los animales de todo el mundo, también mata a mis enemigos y a los enemigos de mis amigos y ya está, amén, te echo de menos, toma, unas flores, se las he comprado a la señora Patel, que tiene un aspecto de mierda.

Luego me limpié la nariz con el dorso de la mano, dejé las gerberas, las volví a coger para quitarles aquel ruidoso

plástico, que me metí en el bolsillo de detrás, las volví a dejar, me despedí con la mano y volví al coche, junto a mi padre, un proceso que me resultó familiar por un motivo que hasta ese momento se me había escapado. Fue igual que cruzar un aparcamiento.

—¿Y bien?

No respondí y al final él hizo un gesto con la cabeza y nos quedamos en silencio, ambos reconociendo y comprendiendo lo complicada que era la situación, durante seis segundos enteros.

—No te preocupes —le dije—, no le he contado las cosas malas que haces.

—¿Cosas malas como qué?

—Tenerlo todo hecho un desastre y sellar la tostadora con cinta adhesiva. Sabes que no le habría hecho ninguna gracia.

—Tampoco es para tanto, joder —dijo, y luego musitó algo que no entendí mirando al volante; le pedí que lo repitiera—. Así no entra el espray. El espray que se les echa a las pulgas.

—Entonces, eres consciente de que es venenoso.

—No, lo hago porque no me gusta el sabor.

A continuación puso en marcha el coche, levantó el pie de mentira del freno y empezamos a avanzar lentamente a través de la extensión superverde en dirección a la carretera Southern State; después giramos al oeste, hacia el aeropuerto.

Evidentemente, en el JFK nos perdimos y tuvimos que bajar la radio para leer las señales de tráfico en voz alta y confundirnos mutuamente hasta que acabamos, no sé

muy bien cómo, en el aparcamiento de estancias cortas. Le pedí a mi padre que me dejara donde fuera, que ya me orientaría. Se detuvo en un paso de peatones, saqué la bolsa del asiento de atrás y me incliné delante de la ventanilla para darle un repaso visual a mi padre; a los bultos e irregularidades de la pierna ortopédica que se le marcaban en los pantalones, por encima de la rodilla; a su camisa demasiado grande, por debajo de los tirantes de pinza de piel de caimán y del cinturón; a su peluquín; al bote de Rubifen en el posavasos; a una botella de Snapple en el suelo, detrás de los pies, para hacer pis. A la bolsa de los sándwiches de bacon y huevos y al papel de carnicería arrugado. A los vasos de café y los cartones de zumo de naranja y las piedrecitas que había en la alfombrilla. Tenía el móvil estropeado pegado con velcro al salpicadero y fundas para el muñón por todo el asiento de detrás, junto a cuadernos de crucigramas y correo que no había abierto. Di un golpe en el techo.

—Vale, ya está —dije—. Gracias por traerme.

—De nada. Buen viaje.

—Gracias.

—Vale, chaval.

—Vale.

—Vale.

Di otro golpe en el techo y me volví para dirigirme a la terminal, porque podíamos haber estado diciendo «vale» toda la vida, pero yo no me lo habría creído, en el fondo no, porque había cosas que no valían.

Entonces me concentré en pensar adónde tenía que ir, que resultó ser la terminal de al lado. Recorrió el camino medio corriendo y llegué sudando y jadeando, con el hombro ardiendo por culpa de la correa de la bolsa, mien-

tras aceleraba y hacía una pausa y aceleraba y hacía una pausa, y llegué a la puerta diez minutos antes de la hora de salida del avión, pero el vuelo llevaba retraso. Volví a ponerme el cinturón y estuve esperando una hora para embarcar; el avión que iba a Filadelfia era como de juguete y estaba casi vacío, y la auxiliar de vuelo, una señora ya veterana a la que no podías ni rechistarle y cuya cara de cerca parecía un pimiento cuando se está poniendo malo, fue lo bastante amable para colocarme en la salida de emergencia, la fila que me correspondía. Luego estuvimos esperando, y empezó a hacer cada vez más calor, y mientras nos alejábamos de la puerta de embarque el piloto vino a decirnos que delante de nosotros había otros veintiséis o veintisiete aviones esperando para despegar como si eso fuera una buena noticia. A esas alturas yo ya estaba sudando a lo bestia, sin dejar de mirar por la ventanilla el desfile de aviones que hacían cola, los grandes y los pequeños, llenos de personas como yo, personas que trataban de llegar a un sitio y alejarse de otro.

Cerré los ojos y, en cuanto lo hice, las imágenes acudieron raudas y nítidas, como suele pasarme cuando me duermo y hace calor. Unas ardillas de neón lanzaron destellos en mi cerebro, y también la libélula aquella, y me desperté unos minutos después sudando y removiéndome y cambiando de postura en el asiento de respaldo recto, con el cuerpo incómodo hasta que me fijé en que había una grieta de luz de en torno a medio centímetro entre la puerta de emergencia y la ventana de delante. Alguien había echado en el hueco espuma aislante para taparlo, pero había hecho una chapuza y la luminosidad del verano de Nueva York se filtraba a pesar del apaño. Durante un instante me planteé llamar a la azafata pero,

después de pensármelo un poco y de rascarme el tobillo, llegué a la conclusión de que no me importaba si el avión entero acababa precipitándose en picado por los cielos como un cometa. Incluso me imaginé, por un instante, a los otros pasajeros chillando y yendo de un lado a otro mientras yo me quedaba impertérrito, con la mente en blanco, yendo al encuentro de la muerte con una sonrisita, como si tal cosa. En plan «pásame la sal».

Y además, pensé, seguramente no suceda nada. La ventana resistirá. La ventana sí vale.

Y de puro aburrimiento, empecé a juguetear con la grieta de luz, a mover un poco la cabeza hacia delante y hacia atrás, porque sí, mientras la grieta de luz aparecía y desaparecía con mis movimientos de derecha a izquierda y de derecha a izquierda, como si estuviera bailando, o fuera retrasado, o ambas cosas. Me quedé absorto, muy absorto, hasta que la azafata me dio dos golpecitos en los hombros para ofrecerme un vaso de plástico con hielo y una botella de agua para sobrellevar mejor el calor de la espera. Le di las gracias, me serví un poco y tomé unos sorbos, y me mecí con la luz, me mecí y me mecí, hasta que se me quedó la cabeza vacía y ya no pensaba en nada, ni un puñetero pensamiento, y entonces dejé de mecerme y cerré los ojos y me quedé muy quieto y me limité a respirar, y una calma enorme se apoderó de mí, una sensación de ser intocable que nunca había tenido hasta entonces, y me gustó. Era una buena sensación. Estaba bien.

## Bichos

Abrí los ojos, parpadeé y vi que los pies de mi hermano, desdibujados por el sueño que aún me invadía, bajaban tres travesaños de la escalera de la litera, saltaban los dos últimos y caían con un ruido seco en el suelo de madera. ¡Tachán! Luego se rascó la cabeza, se agachó para coger una toalla del suelo y, mientras se enderezaba, me hizo el gesto de enseñar el dedo corazón. Después salió corriendo a darse una ducha con la poca agua caliente que quedaba en casa. Se suponía que nos íbamos a turnar, pero él sostenía que yo había renunciado a mi turno al negarme a levantarme. ¿Por qué iba a tener que esperar él porque yo viera bichos imaginarios en el suelo?

No eran imaginarios. Me ponía bocabajo, me metía las manos dentro de la ropa interior, dejaba la cabeza colgando por un lado del colchón y me quedaba esperándolos. Al cabo de un minuto unos puntitos negros empezaban a corretear por todas partes, dando vueltas unos alrededor de los otros, unos encima de otros, unos sobre otros, docenas de ellos.

Finalmente A. J. salió envuelto en una toalla y me dijo:

-¡Qué bien me ha sentado la ducha! ¡Qué calentita!

-No pisés los bichos -le dije, sin apartar la mirada de ellos.

-Qué tonto eres.

-El tonto eres tú.

-Tú.

Después de un largo silencio dije:

-Y qué.

Se vistió a toda prisa y bajó corriendo las escaleras para decirle a mi madre que me había vuelto a dar por ahí. Oí que sus tacones resonaban en las baldosas de la cocina, en el suelo del comedor, dejaban de hacer ruido en la alfombra del pasillo, volvían a sonar una o quizás dos veces entre la alfombra del pasillo y la del salón (en la que el perro había dejado una mancha, casi en el centro) y a continuación subían las escaleras.

-Alby, tienes que levantarte.

-Hay bichos en el suelo.

-Ya sabes lo que ha dicho el doctor Grello.

Después de un largo silencio dije:

-No.

-Basta. Ya sabes lo que ha dicho el doctor Grello.

Después de un silencio aún más largo dije:

-Sí.

-Tienes que dejar de colgar así el cuello por un lado de la cama. Ves bichos únicamente porque se te baja la sangre a la cabeza. A ver si te acuerdas: ¿qué necesita la cabeza para que la sangre que hay en ella vuelva al corazón?

-No lo sé.

-Vamos, Alby, no puedes seguir así. ¿Qué ha dicho el doctor Grello? Repíteteme qué es lo que necesita la cabeza.

-La fuerza de la gravedad.

-Eso es. Por eso ves cosas raras. No son bichos, sino pequeñas grietas del suelo que parecen moverse.

Entonces se sentaba en la cama, a mi lado, y me sostenía con mimo la cabeza entre las manos. A lo mejor lo hacía por eso. Las manos frías de mi madre en mi cabeza caliente, de la que empezaba a retirarse la sangre.



## Agradecimientos

Mi mayor agradecimiento, y el más sincero, se lo dedico a mi profesora y amiga Michelle Latiolais, que ha estado a mi lado con sabios consejos y un frigorífico repleto de cerveza Fat Tire solo para mí; también le doy las gracias a Geoffrey Wolff por su gran sabiduría, por los ánimos que me ha infundido, y por compartir conmigo algunos de los conocimientos que ha adquirido con tanto esfuerzo; y a Mark Richard por su forma de orientarme y su generosidad desde el primer día, y también por haberse salido del seminario. (Lo hiciste dos veces, ¿verdad?). A Christine Schutt le gustó tanto una camiseta feísima que yo llevaba que accedió a leer uno de mis relatos, y después se lo mandó a su amigo Barry, y luego consiguió que lo publicaran, y le estoy inmensamente agradecido. También les doy las gracias a Ron Carlson, Aimee Bender, Brad Watson, a Jims Krusoe y a Shepard; todos ellos, cada uno a su manera, me han enseñado a seguir mis impulsos más raros.

Hablando de cosas raras: he contraído una deuda de por vida con Nicole Aragi y Duvall Osteen por haber aguantado todas mis rarezas particulares, y por haberlo hecho con paciencia, comprensión y buen humor. Y con sopas. No tenéis más que decirme a quién queréis que

le dé un puñetazo. También quiero expresar mi rotunda gratitud hacia mi gran editora, Sarah Bowlin, y a toda la gente estupenda de Holt por su inteligencia y empuje. Muchas gracias también a Andy Hunter y a Scott Lindenbaum, que me han apoyado desde el principio y que me han ayudado profesionalmente, y a Hugh Merwin, que lo hizo incluso antes que ellos. Quiero darle las gracias a Lorin Stein por buscar obras inéditas y correr riesgos, a Tyler Cabot por decir que mis ideas eran una mierda y, pese a ello, luchar por ellas, a Halimah Marcus, que se llevó una espantosa primera impresión de mí, pero que, por algún motivo, consideró oportuno perdonarme; a Ben Samuel, Oscar Villavon, Laura Cogan y Hannah Tinti.

Gracias a todos los miembros de la University of California, Irvine, sobre todo a los asistentes al taller, por haber soportado los primeros borradores. Y los posteriores también. También quiero expresar mi gratitud a todos los integrantes de dicha universidad que me expedieron algún cheque, es decir, la School of Humanities y el International Center for Writing and Translation. Un agradecimiento aún mayor, por unos cheques aún más cuantiosos, al Arlene Cheng Fellowship y al Glenn Schaeffer Award, y a Don Snyder por el apoyo prestado en latitudes más septentrionales.

Y una cosa: cuando eres un tipo soltero que va cumpliendo años y al que le cuesta abrirse a los demás, los amigos son muy importantes, muchísimo, y yo tengo algunos a los que me gustaría dar las gracias por lo que me han ayudado con el libro, pero también por ser mis amigos a pesar de mi comportamiento, que a veces no ha llegado a ser bueno del todo, y, cuando digo «a veces», estoy hablando de muchas veces. Marisa Matarazzo, Max

Winter, Aaron Miller, Sam Leader, Mike Andreasen, y Mona Ausubel: no habría podido terminar este proyecto tan jodido sin vuestra amistad y vuestros consejos, y no os hacéis una idea de lo importantes que sois para mí. Y os doy las gracias por adelantado por vuestro perdón cuando vuelva a cagarla. También se las doy a varios de mis vecinos de Oakdale: Marc Baylis, Gerard Lawther, Kelly Thomas, John Chapin, Elena Grasmann, y, sobre todo, a los dos mejores tipos que conozco, Chris Conroy y Matt Tricano; entre los dos me han pagado un sinfín de rondas en los bares, cenas, también desayunos y comidas, y han seguido aguantándome y dándome alojamiento cuando nadie más se prestaba a hacerlo. Siempre me sentiré agradecido por eso.

Y un agradecimiento especial a Andrea Harrison, que ha estado a mi lado en los momentos de subidón, en los de bajón y en los bajísimos, y a Beth Haener, que me ha cuidado en otros momentos, algo distintos, de subidón, bajón y súper bajón.

Quiero darle las gracias a mi padre, Albert Walter Sumell, que es un tío estupendo y un tipo duro, a quien quiero inspirarle orgullo, y a mi hermano A. J. y a mi hermana Jackie, de cuyo amor y apoyo saco fuerzas, y que además demuestran el buen humor necesario para tolerar mi amor y mi apoyo.

Por último, tengo que darle las gracias a mi madre, Mary Ann Sumell, a y mis perros Bacon y Chancho, a quienes tanto echo de menos; tantísimo que, cada vez que pienso en ellos, siento una punzada y me da la impresión de que mi corazón está masticando papel de aluminio.



# Índice

Puñetazos a Jackie	9
Cositas	23
Si P, entonces Q	33
La violación en el reino animal	35
Todo es muy importante	57
Cómete la leche	73
Una vuelta a la manzana, después otra	87
El guerrero americano 2	99
Hacer el bien	107
Supermercados	111
Cada uno, su turno	123
Área de servicio	131
Preguntas y respuestas	143
Tostada	159
Todo lateral	173
Soy el hombre que buscáis	205
Herencia	215
El frío trayecto de vuelta a casa	219
Vale	229
Bichos	269
Agradecimientos	273







-¿Me vas a pegar, grandullón? Pues, venga,  
joder, pégame. Pégame.

-Tengo muchas ganas -dijo-. Muchísimas.

Alby, el narrador de este libro, está a punto de pegar a su hermana. Y eso sería romper la promesa hecha a su madre. Su madre *in articulo mortis*.

Matt Sumell, el autor de este libro, no es Alby. Pero cómo se le parece. Y aquí, al igual que en la vida misma, el aburrimiento, la violencia, la humillación y el cariño tienden a confundirse.

Matt Sumell ha publicado unos cuantos relatos en *The Paris Review*, *Electric Literature* y otras revistas de alcurnia o más novedoso prestigio. Este es su primer libro. Un libro que trasciende la primera persona de moda para interpelar al lector con una difícil cuestión, esa que trae de cabeza a los narradores de familia pobre: ¿y sobre esta vida de porquería, qué queréis que os diga?

Desde luego, una consideración así solo anuncia lo mucho que el narrador va a decir. «He visto a la gente quedarse calva, quedarse majareta, quedarse sin carné de conducir. Mi padre se quedó sin vesícula biliar por hacer la dieta del Nutrisystem. ¿Qué podía hacer yo?»

Claramente, escribir un relato a golpes: *Hacer el bien*.

«Pensaba que no volvería a leer una voz nueva y auténtica con esa dureza. La temeridad y la ferocidad están casi extintas en la narrativa. Ojalá *Hacer el bien* recuerde a los lectores eso que las obras maestras proporcionan: humor y crueldad, horror y dolor. Una obra contemporánea hasta el final de los tiempos» CHRISTINE SCHUTT

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)



EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS

